

COLECCION  
DE  
LECTURAS RECREATIVAS

PUBLICADAS  
en el  
MENSAJERO DEL CORAZON DE JESUS  
POR  
EL P. LUIS COLOMA

DE LA COMPAÑIA DE JESUS

1884



ADMINISTRACION  
DEL MENSAJERO DEL CORAZON DE JESUS  
PLAZUELA DE SANTIAGO, NÚMERO 1  
BILBAO



COLECCION  
DE  
LECTURAS RECREATIVAS

---





BIBLIOTECA  
DE

IGNACIO HERRERO DE COLLANTES

COLECCION

OVIEDO

DE

# LECTURAS RECREATIVAS

23  
26880

PUBLICADAS

en el

MENSAJERO DEL CORAZON DE JESUS

por

## EL P. LUIS COLOMA

DE LA COMPAÑIA DE JESUS

1884

*Al mi buen amigo D. Carlos Collantes - Afectuosamente en nombre de mi padre en Cristo*



ADMINISTRACION

DEL MENSAJERO DEL CORAZON DE JESUS

PLAZUELA DE SANTIAGO, NÚMERO 1

BILBAO

*Luis Coloma*

*Oct 20 de Junio de 1885*

—  
ES PROPIEDAD  
—



## PRÓLOGO.

---

Á LOS SEÑORES SUSCRITORES

DEL

MENSAJERO DEL CORAZON DE JESUS.

---



OSA extraña es por cierto que, al dedicar á los suscritores del *Mensajero* el presente tomo de *LECTURAS RECREATIVAS*, coleccionadas por la Direccion de dicha Revista, comencemos por declarar con toda franqueza, que ninguna de estas *Relaciones* ha sido escrita expresamente para ellos.

Los suscritores del *Mensajero*, personas piadosas en su totalidad, y conocedoras en su mayor parte de los caminos y máximas de la vida espiritual, no necesitan que se les presente lo que nuestra Santa Religion manda, y áun lo que solamente aconseja, engalanado con los atavíos de la poesía y de la fábula, á la manera que se presentan al enfermo

las píldoras amargas, envueltas en una brillante capa dorada. No encuentran estas almas sanas en los suaves deberes de la Religión, ni en los sublimes consejos del Evangelio, píldoras amargas: encuentran, por el contrario, ricos veneros de gracia y salvación, que se apresuran á buscar y gustar en los limpios manantiales de escritores puramente morales y ascéticos. Para ellas es siempre interesante el P. Tomas de Kempis; ameno San Francisco de Sales; divertidos y prácticos Fray Luis de Granada y el P. Alonso Rodriguez.

Más no se limita la misión del *Mensajero* á hacer resonar las enseñanzas del Corazón divino en aquellos oídos que el amor aguza, y hace percibir sus más secretas voces, y adivinar y comprender sus más suaves latidos. Diríjese también á aquellas almas más tibias en el amor santo de Cristo, á quienes la oración y meditación se hacen pesadas; á aquellas más frívolas en su sentir y en su obrar, á quienes la seriedad de las lecturas piadosas asusta; diríjese también, y con más anhelo que á ninguna, á aquellas otras almas del todo mundanas, que rechazan con prevención injusta y anticipada todo lo que esparce desde léjos el suave perfume de la devoción y la piedad. Para estas almas tibias, para estas frívolas ó extraviadas, fueron escritas

las presentes *Relaciones*: para que ellas saboreen sin tedio, sin temor, sin prevencion, casi por sorpresa, las santas enseñanzas del Corazon divino, se han colocado sanos principios morales y religiosos en estas historietas, mejor ó peor hilvanadas, á la manera que colocan ciertas floristas en una vistosa rosa, hecha de viles trapos, el magnífico brillante que imita una gota de rocío.

No por eso es nuestro intento introducir á los suscritores del *Mensajero* por el peligroso campo de la novela, perjudicial á nuestro juicio en todas sus manifestaciones. Lo es, sin disputa alguna, y en un grado apénas concebible, la novela únicamente inmoral, descarada propaganda de doctrinas disolventes, envuelta unas veces en obras maestras de genios lastimosamente perdidos, contenida otras en partos monstruosos de ingenios vulgares, é instrumento siempre mortífero de que se sirven la maldad de las sectas y áun los cálculos de la política, con harta más frecuencia de lo que muchos sospechan.

Perjudicial es tambien por otro concepto la novela escrita de buena fe, por autores que desconocen ó parecen desconocer cuanta sea la flaqueza de esta envoltura de tierra en que gime el espíritu; que elevan á éste á las regiones de un idealismo

sentimental, y pretenden amoldar los severos principios de la moral cristiana á los *amables impulsos* de corazones sensibles y de pasiones no combatidas. Cuadros son estos en que se hace reflejar la purísima luz de nuestra Religion sacrosanta, para producir *efectos estéticos*, y no para inculcar santas enseñanzas; para despertar en el lector *agradables impresiones*, en vez de moverle á santos impulsos capaces de engendrar las buenas obras que preservan la inocencia y despiertan el arrepentimiento. ¿De qué creerá que están hechos los hombres, y de dónde deducirá los principios de su moral, el autor que autoriza y llama *castos besos* y *puros abrazos*, á los que se dan, á hurtadillas de sus padres, dos enamorados que, segun él asegura, se aman como se aman los *querubes* en el cielo? ¿Qué entenderá por vocacion divina, por votos religiosos, por vida espiritual, el autor de una novela, cuya *sublime heroína* se consagra á Jesucristo, reservando su *corazon todo entero* para el hombre á quien ama, y á quien tiende todavía los brazos y llama *esposo* de su alma, despues de pronunciados los tres votos solemnes?... Disparates son estos que, sobre ser soberanamente ridículos, son al mismo tiempo verdaderas profanaciones. Y sin embargo, esta novela que tenemos á la vista, forma parte de una

*Biblioteca moral*, que no vacilan las madres en poner en manos de sus hijas, con riesgo manifiesto de que aprendan en ella á perder el pudor, que despues del temor de Dios es el más bello, el más puro, el más necesario de todos los temores; con riesgo manifiesto de que aprendan á llevar hasta á lo más sublime de los consejos del Evangelio y de los beneficios del amor divino, ese espantoso maridaje de Dios y del mundo, esa mescolanza de placeres sensuales y de falsas devociones que enseña la mística de los periódicos de modas, al entretejer los versos del álbum con las oraciones del Devocionario, y al mezclar el agua *merveilleuse* que refresca y blanquea el cutis, con el agua que bendice la Santa Madre Iglesia Católica!...

Áun la novela verdaderamente moral, escrita con fin laudable y conocimiento profundo del corazon y de sus pasiones, fuera de que disgusta de otras lecturas más útiles, aunque no tan amenas, tiene á nuestro juicio otro grave inconveniente, en cuyos resultados, cómicos unos, trágicos otros, perjudiciales todos, pocos han parado mientes. La novela, como todo género de poesía, tiende por lo ménos al idealismo, y conserva como ningun otro los visos de la realidad; exalta por lo tanto la imaginacion del lector bisoño, sin que apénas

se dé cuenta de ello, y forja en su fantasía un bello mundo ideal, que no encuentra luégo en las ásperas realidades de la vida: de aquí nace el desengaño prematuro, el descontento de la vida práctica, la amarga misantropía propia del que, acostumbrado á mirar los hombres y las cosas como debieran de ser, no sabe tomarlas tales como son; y de aquí nacen tambien los trascendentales errores del que pretende calcar los eventos ordinarios de una vida rutinaria y vulgar, sobre las romancescas aventuras de héroes imaginados. «Yo habia estudiado el mundo en los poetas, pero no es como ellos lo pintan, dice Madame de Staël. Hay alguna cosa árida en la realidad, que en vano procuramos cambiar en los sucesos cotidianos.» Esta cosa árida es la prosa de la vida, que despoetiza todos los sueños, y recuerda al hombre que son más necesarios en los caminos del mundo los prosaicos *piés* del humilde buen sentido, que las bellas *alas* de la mas inspirada fantasía; prosa inesperada, prosa triste, que sorprende y mortifica y se hace insoportable al que, acostumbrado á vivir con la imaginacion en las regiones ideales de la novela, no sabe comprender aquel dicho profundamente práctico, que tantas veces escuchamos en nuestra primera juventud, de ciertos ilustres labios

autorizados como ninguno: «La poesía en la vida real, pega lo mismo que una rosa en el puchero.» Existe entre nuestros apuntes una desgraciada historia, que quizá publiquemos algun día, con el triste título de *Historia de un suicida*: prueba irrefragable al par que terrible, de la facilidad con que una imaginacion exaltada pega fuego á un corazon caliente, y forja una novela práctica con los imaginados delirios que le sirvieron de pasto.

No se crea, sin embargo, por lo que llevamos dicho, que anatematizamos á aquellos escritores cuyo genio peculiar, cuyo concienzudo estudio del corazon humano, y cuyo conocimiento de la ligereza y frivolidad de la época en que vivimos, les impulsa por la senda, más difícil de lo que á primera vista parece, del buen novelista, como la más adecuada hoy para contrarrestar las malas ideas, propagando las buenas.

Hoy todo es cátedra, todo es púlpito, desde donde puede y debe bajar la enseñanza de Jesucristo, porque la rabia del infierno lo ha convertido todo en cátedra, en púlpito desde donde, con odio sin igual y con furor siempre creciente, sin cesar se la ataca. Léjos pues de anatematizar á los buenos novelistas, les concedemos la gran mision, la

trascendental tarea que atañe al hábil confeccionador de eficaces *contravenenos*, que destruyan la mortal influencia que esparce por todas partes la ponzoña de las malas novelas; y si álguien duda de esta utilidad relativa, y quiere medir lo poderosa y eficaz que puede ser esta arma en manos del escritor católico, calcule, si puede, los estragos sin cuento que en manos del impío produce. Pero así como el contraveneno suele ser un tósigo para el que no está envenenado, así también la buena novela suele ser perjudicial, en el sentido que ántes indicamos, para los que nunca se sintieron inficionados por la general afición á esta clase de lecturas. Opónganse en buen hora buenas novelas á las malas, puesto que la frivolidad de nuestra época apenas si puede recorrer sin cansancio las cortas páginas de un folleto serio; pero no se despierte la afición, ni aún á las buenas novelas, en aquellos que por dicha suya se encuentran libres de prurito tan desdichado. Así lo entendieron en sustancia santos de tan colosal talla como San Jerónimo y San Gregorio; así lo entendieron y practicaron prelados como el Cardenal de Wiseman, sacerdotes como el canónigo Schmid, religiosos como los Padres Bresciani y Franco. Así lo entendió también un prelado insigne, á quien llorará siempre la

Iglesia de España, cuando al juzgar las obras de uno de estos tan escasos como privilegiados genios, escribía estas terminantes palabras: « Si me hallase dotado de los talentos del autor, me dedicaría decididamente á escribir en este género, del mismo modo y en la misma forma que él lo hace; y esto aunque fuese omitiendo algunos ejercicios de mi santo ministerio. ¡Tan persuadido estoy del incalculable fruto que pueden producir hoy, novelas como *El Ex-voto!* »

En este concepto, y única y exclusivamente en este concepto, es en el que la Direccion del *Mensajero del Corazon de Jesus* publica este modesto tomito de *Relaciones*, novelescas ciertamente en su forma, pero basadas todas en hechos históricos, que las hacen diferir esencialmente de la novela, cuyo argumento es siempre parto de la fantasía. Sólo una de estas *Relaciones*, *El primer baile*, es una narracion fingida de mil episodios verdaderos: es una voz de alerta á la inocencia, y un grito de reproche á la malicia, en peligro de sucumbir la una y dispuesta á triunfar la otra, en ciertos géneros de bailes que, si bien distamos mucho de creer *siempre* pecaminosos, creemos que por prudencia unas veces, y por necesidad otras, deben de evitarse *siempre*, por ser en más ó ménos grado peligrosos.

Ningun moralista ha expresado quizá con tanta energía la inconveniencia de estos bailes, como lo expresa Göethe, el poeta inmoral, cantor de *hé-roses* suicidas y de amores impuros, á quien impusieron tan poco los respetos sociales y los temores devotos. En su famoso libro *Werther*, escribe éste á Guillermo, despues de haber valsado con Carlotta: « Te lo diré ingénuamente, Guillermo: entónces me hice el juramento de que mujer que yo amase y sobre la cual tuviera algun derecho, no valsaria jamas con otro que conmigo; jamas, aunque me costase la vida. ¿ Me comprendes?... »

Acepten pues los suscritores del *Mensajero* la dedicatoria de estas LECTURAS RECREATIVAS, como un arma que el amor del Corazon divino pone en sus manos, para atraer suavemente á las buenas lecturas á todas aquellas almas cuya frivolidad, cuya tibieza ó cuyas prevenciones, les impide ir á buscar en lecturas más serias las enseñanzas y caminos del amor de Jesucristo. « El primer paso para elevarse á la perfeccion, dice San Basilio, es alejarse del mal; á la manera que el primer paso para subir á una escala, es levantar el pié de la tierra. »

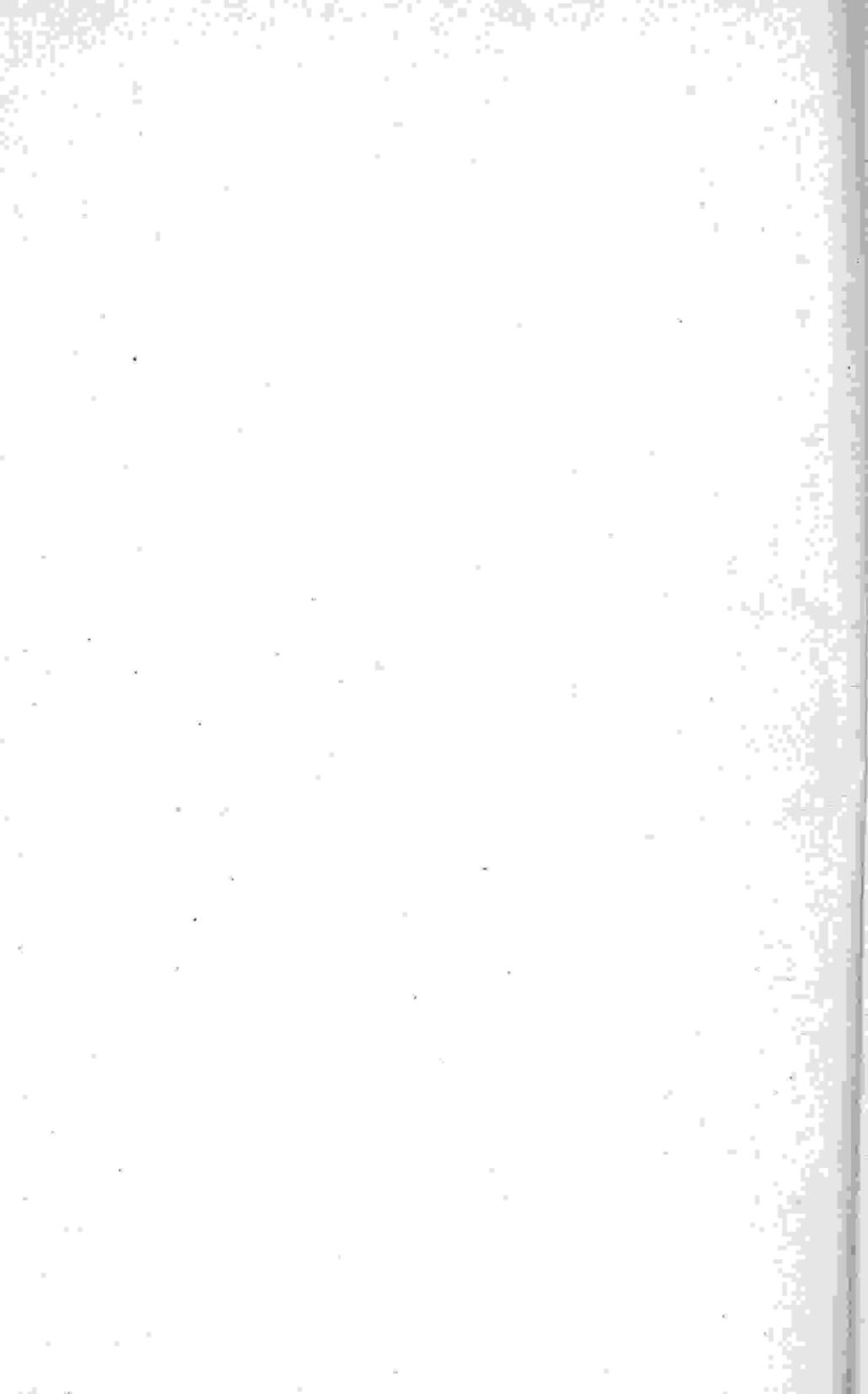
Sean pues estas LECTURAS RECREATIVAS el primer paso que aleje de las malas novelas á tantas

almas que pudieran y debieran encontrar solaz y provecho en obras como la *Guía de pecadores* y la *Imitacion de Cristo*.

LUIS COLOMA, S. J.

*Bilbao, 24 de Setiembre de 1884.*





---

## EL PRIMER BAILE.

---

### FANTASMAS VERDADEROS.

---

Qui potest capere, capiat.  
El que pueda comprender, comprenda.  
(*San Mateo, cap. 19, v. 12.*)

**L**A Señora Marquesa estaba de un humor insoportable: habíase levantado media hora ántes, y envuelta en un rico peinador guarnecido de encajes de *valenciennes*, tomaba chocolate con bizcochos que iba cogiendo de una salvilla de plata. En este breve tiempo habia reñido á la doncella francesa porque hacia frio, y al *valet de chambre* porque la chimenea daba calor: habia despedido con cajas destempladas á sus cuatro hijos menores, que con el aya inglesa al frente entraban en corporacion á darle los buenos dias; y habia tambien, y esto era grave, negado una sopita de chocolate á *Fly*, la galguita inglesa: ofendida ésta de tan desacostumbrado desaire, volvió el rabo á la ilustre dama, y se tendió en su cojin de terciopelo, aplicando al favor de los poderosos, que personificaba en su dueña, aquella sentencia de su paisano Shakespeare: « ¡Inconstancia! tu nombre es mujer. »

Indudablemente aquellos primeros truenos anunciaban una tormenta deshecha ; y allí á dos pasos, sin ningun para-aguas que la resguardase del aguacero , sin ningun para-rayos que la pusiese á cubierto de las chispas eléctricas , se hallaba la pobre Lulú , la hija mayor de la Marquesa , colegiala quince dias ántes en el colegio del Sagrado Corazon. La pobre niña , no pudiendo esconderse en ninguna parte , escondia al ménos las manos en los bolsillos de su bata , y clavaba los ojos en la alfombra como si estudiase sus dibujos , por no atreverse á fijarlos en el encapotado rostro de su madre.

— Quiero que me digas , decia ésta con ese tono breve y convulso propio de la cólera contenida, por qué no quieres venir al baile de la Embajada.

Y para dar tiempo á la respuesta , la señora Marquesa se tomó una sopa de chocolate. Lulú no contestó : hizo dos ó tres pucheritos , y escondió aún más hondamente las manos en los bolsillos de la bata. De buena gana hubiera escondido también la cabeza ; pero eran los bolsillos demasiado pequeños.

— ¡ Contesta y no me desesperes ! exclamó la Marquesa , llegando ya á los límites de la exasperacion. ¿ Por qué no quieres venir al baile ?

Lulú se echó á llorar.

— ¡ Dios nos asista ! exclamó la dama. Baile más llorado , y más rabiado jamas se ha visto en la vida... Contesta , niña , contesta ; que es tu madre quien te pregunta.

Lulú levantó al fin aquellos hermosos ojos azules, que respiraban candor y pureza, y dijo con voz ahogada:

— Porque no quiero ponerme escotada...

— ¿Acaso temes constiparte? dijo la Marquesa, que no alcanzaba otra causa de aquella repugnancia.

— No, señora; no es por eso... Es que decia la madre Catalina...

— ¡Ah! exclamó la Marquesa, irguiéndose en su butaca, cual Juno en su carro tirado por pavos reales. ¡Decia la madre Catalina! ¿Y qué decia la madre Catalina?...

— Que ese traje no era... vamos, que no era decente... y que las señoras que ponen la moda, eran las que debian de desterrarlo.

La Marquesa se puso pálida de rabia, y si la madre Catalina llega á caer en aquel instante en sus manos, cierto es, que vuelve al convento sin ojos y sin toca.

— ¿Con que eso decia la madre Catalina? exclamó con cierta calma rabiosa.

— Sí, señora; y el P. Jacinto me dijo...

— ¿Tambien el P. Jacinto?

— Sí, señora; el P. Jacinto me dijo que procurase no vestir nunca de ese modo.

— ¿Porque sin duda era pecado?...

— No me dijo que fuese pecado... Sólo me aconsejó que no lo usara.

— ¿Y qué más te dijo el P. Jacinto?...

— Que no valsase.

— ¿Porque era tambien pecado?...

— Tampoco me dijo que fuese pecado ; pero me aconsejó tambien que no lo hiciera.

— ¿ Y qué razon tenia para eso el P. Jacinto ?

— Eso no me lo dijo.

— ¿ Y la madre Catalina ?

— Tampoco me dijo nada.

La Marquesa estalló al fin : apuró de un sorbo el resto del chocolate , como para tomar fuerzas , y volvió á colocar con tal violencia la jícara en el platillo , que lo rompió en dos pedazos. El agua sufrió los flujos y reflujos del mar en su copa de cristal de Bohemia ; los bizcochos se dispersaron por el suelo , anunciando el final del desayuno ; Lulú se encomendó á todos los santos del cielo ; la impasibilidad británica de Fly se contentó con levantar la cabeza.

— Pues mira , dijo la Marquesa , dando con el puño cerrado en el brazo de la butaca. ¡ El P. Jacinto manda en su sotana , y la madre Catalina en sus enaguas , y yo mando en mi casa y en mi hija ! ¿ te enteras ?...

Lulú no se enteraba : asustada la pobre niña habia cruzado sus manitas , y rezaba mentalmente , sin darse cuenta de ello , aquella oracion del Trisagio : *Aplaca , Señor , tu ira , tu justicia y tu rigor : ¡ misericordia , Señor !* La Marquesa continuó elevando progresivamente la voz , hasta las últimas notas de un furioso *crescendo*.

— ¡ Vendrás esta noche al baile de la Embajada ,

por encima del sombrero de teja del Padre , y por encima de la toca de la Madre !... ¡ Irás con el traje escotado que va á traer la modista !... ¡ Valsarás con el Duquesito , porque así se lo he prometido yo , y porque es menester que aprendas lo que el P. Jacinto y la madre Catalina debieron de haberte enseñado !... ¡ Es menester que aprendas á obedecer á tu madre !

— Pero , mamá , exclamó Lulú llorando á lágrima viva ; si me dijo el P. Jacinto...

— ¿ Qué más dijo el P. Jacinto ?

— Que si V. me lo mandaba , y yo no podia convencerla , que en las dos cosas obedeciese.

— ¡ Pues como no me has convencido , vendrás al baile de pié ó de cabeza !

— Sí , señora : iré de pié , y como V. mande.

La Marquesa bajó dos puntos el diapason de su cólera , y añadió en tono dogmático :

— El tercer mandamiento de la ley de Dios , manda honrar padre y madre.

— No es el tercero , mamá ; es el cuarto. El tercero es santificar las fiestas.

— El tercero ó el cuarto , ó el veinte mil quinientos ! exclamó la Marquesa , que estaba más fuerte en el reparto de la última ópera , que en el órden riguroso de los preceptos del Decálogo. ¡ Lo que importa es que lo tengas presente !

— Sí , señora ; haré lo que V. mande.

— ¡ Pues no faltaba más , sino que pretendiese el P. Jacinto turbar la paz de mi casa !...

— No, señora, no ; le interrumpió Lulú. El Padre Jacinto es un santo.

— ¡ Pues que le pongan en un altar , y le enciendan dos velas ! replicó violentamente la Marquesa. Pero de ninguna manera tolero que por causa de sus chocheos , me seas desobediente.

— Pero mamá , si...

— ¡ Calla !... Y mira que no le vayas á hablar al Duquesito , del P. Jacinto , ni de la madre Catalina , ni de novenas , ni monjíos , ni de las bobadas del colegio... Ya ese tiempo pasó , hija mia : ahora es menester que pienses en que eres ya una señorita que va á entrar en el mundo... Por eso quiero presentarte esta noche en la Embajada... El Duquesito es un pollo de lo más agradable que darse puede... te quiere muchísimo... No queda día que no pregunte por la bella Lulú...

— ¿ Por mí ? dijo Lulú , abriendo los ojos asombrada. ¡ Pues si sólo una vez le he visto en la vida !

— ¿ Y qué te pareció ?

— Me pareció muy tonto.

— ¿ Tonto ?... ¿ Tonto el chico más á la moda de Madrid ?... ¿ Tonto el mejor partido de la corte ?

— ¡ Pues si no me dijo más que tonterías !... que si el Real estaba lleno y el Español vacío... que su caballo Pitt habia ganado una copa en el hipódromo... que iba á introducir la moda del frac encarnado... Yo le dije que pareceria un cangrejo...

— ¿ Eso le dijiste ? exclamó otra vez sulfurada la Marquesa.

— Se me escapó sin pensar, y creo que no le gustó, porque se puso muy serio.

— ¡Pues claro está!... ¿Cómo había de gustarle?... Vamos, si esta hija mia parece que viene de las Batuecas... ¡Decirle que parecería un cangrejo!... ¿Á quién sino á ti se le ocurre semejante sandez?... ¿Sabes lo serio que ha sido el asunto de los frac colorados?... Periódicos muy formales han discutido si debía ó no de admitirse, y justamente el Duquesito era el defensor más acérrimo... ¡Y decirle que parecería un cangrejo!... Vamos, si eso no se le ocurre más que... al P. Jacinto ó á la madre Catalina...

— ¿Pero yo, qué entiendo de eso, mamá? dijo Lulú apurada.

— Pues aprende, ó á lo ménos calla, que ni siquiera á callar has aprendido en el colegio... Este es el fruto de la decantada educacion de monjas que tu abuela me obligó á darte, prosiguió la dama en tono patético. ¡Para esto me impuso el inmenso sacrificio de tenerte en el colegio, separada de mí, hasta los diez y siete años!...

La señora Marquesa mentia al decir esto, con un descaro digno de su lavandera: la pobre Lulú había permanecido en el colegio hasta los diez y siete años, porque estorbaba á su madre para la vida, no licenciosa, pero sí frívola y disipada que llevaba: porque la edad de la niña ponía de manifiesto que la de la señora Marquesa había pasado mucho tiempo ántes los límites de la juventud:

porque le era preciso á su vanidad ocultar todo el tiempo posible, aquellos años que todos los ardidés de la infeliz no lograban borrar de su inexorable fe de bautismo; aquellos años que sonriendo irónicamente iba contando la muerte; aquellos años en que los pasatiempos y frívolos devaneos de la mujer, habian ahogado los sencillos, los puros, los santos goces de la madre... ¡Aquellos años que habian de ser juzgados dia por dia, hora por hora, momento por momento, en el terrible tribunal en que sentencia Jesucristo las almas de los muertos !...

## II

Las lamentaciones de la dama fueron interrumpidas por Nanette, la doncella francesa, que anunció la llegada del traje de la señorita.

La Marquesa lanzó una exclamacion de alegría, y se levantó para recibirlo: Lulú no se movió de su sitio. Un criado entró cargado con una inmensa excusabaraja de finísimos mimbres, y la depositó sobre la alfombra. Nanette levantó la tapa, y apareció el confuso remolino de gasas, crespónes, flores y cintas, que constituian el traje de baile. La misma Marquesa, ayudada por Nanette, colocó artísticamente el vestido sobre un diván de raso azul celeste: era de gasas blancas, y no tenia más adornos que algunas guirnaldas de jazmines.

— ¡ Lindísimo! exclamaba la Marquesa, buscando para contemplarlo el verdadero punto de vista. Qué sencillez, y al mismo tiempo qué novedad y qué elegancia!... ¡ Ah! si Madame Tête-vidé es la encarnacion del gusto parisiense... Mira, Lulú, mira... ¡ Vas á tener un *succès* asombroso!...

La señora Marquesa participaba en alto grado de la elegante manía, criticada ya por el P. Isla en aquella célebre aleluya:

*Yo conocí en Madrid una Marquesa*

*Que aprendió á estornudar á la francesa.*

Lulú no se movió de su sitio, y miraba con tristes ojos el lindísimo traje: su primera mirada habia sido para el escote, que en honor de la verdad era todo lo alto y decente que esta moda permite á las señoritas jóvenes: á las señoras casadas, sin que nosotros alcancemos el motivo, se les permite en este caprichoso código ofender con toda libertad el pudor y la modestia.

— Pero hija, ven acá, gritó la Marquesa; que no parece sino que te llamo para enseñarte la mortaja.

— Así quiero que me hagan la mia, dijo Lulú levantándose. Blanca como este traje; pero ha de ser cerrada hasta arriba, y en vez de jazmines tendrá azucenas, que significan pureza.

— ¡ Vamos! exclamó la Marquesa, dispuesta á encolerizarse por tercera vez. No falta más sino que nos prediques ahora un sermoncito sobre la muerte y las vanidades humanas... ¡ Mira, Luisa, no me seas necia!... Entra en mi alcoba y ponte el

traje al momento... ; quiero ver cómo te sienta y quiero enseñarte á llevar la cola. De seguro que no sabes dar un paso con ella.

Lulú apareció al fin vestida de baile ; y al ver retratada su imágen en el inmenso espejo que reflejaba al día las tres ó cuatro *toilettes* de su madre, no pudo ménos de sonreirse. Se habia encontrado tan bonita , que se olvidó por un momento de la mortaja cerrada hasta arriba , y de las azucenas que significaban pureza. La Marquesa se sonrió tambien : la mujer habia comprendido á la mujer, y por eso concibió esperanzas de derrotar al Padre Jacinto.

— ¡ Delicioso ! exclamaba , arreglando los largos pliegues de la cola del traje. Anda un poquito para allá , Lulú... Baja un poco la segunda falda , Nannette... ¡ Mira , mira este *puff* sostenido con dos lazos ! ¡ es lo más elegante y atrevido que he visto ! ¡ Ah ! ¡ este *puff mariposa* es un *tour de force* admirable !... ¡ Madame Tête-vide es un genio !...

Un golpecito sonó en aquel momento en la puerta del tocador , y una voz varonil gritó desde fuera :

— ¿ Le es permitido á un simple mortal , entrar en el santuario de la diosa ?

— ¡ Adelante , adelante ! exclamó alegremente la Marquesa.

Lulú quiso huir , pero la detuvo su madre diciendo :

— ¿ Pero adónde vas , hija ?... Si es el tío Conde. El tío conde era un anciano de franca y noble

fisonomía , marcial aspecto , cabellos blancos como la nieve , y en cuyo pecho se destacaba la ilustre cruz roja de la órden de Calatrava.

— ¡ Magnífico ! exclamó deteniéndose á la puerta ! ¡ Qué grupo tan delicioso !... No os movais , por Dios ; que pareceis así unidas la mañana y la tarde de un hermoso dia.

— ¡ Qué galante ha amanecido hoy el señor Conde ! dijo riendo la Marquesa : apuesto á que pára todo esto en pedirme de almorzar...

— ¡ Hermosa como la luz , discreta como la sombra ! dijo el Conde , sentándose en el divan celeste. Acertaste , sobrina : vengo á que me des de almorzar , y á que me prestes un coche para ir luego á palacio. El mio me lo tiene embargado hoy un entierro.

— Admito lo de la mañana y la tarde , en pago del almuerzo , y exijo en pago del coche que me diga V. lo que le parece mi Lulú con su traje de baile.

— Trato hecho , contestó el Conde ; y arrellanándose en el divan , se caló sus quevedos de oro.

— ¡ Admirable , admirable , admirable ! decia examinando á la niña de pies á cabeza. De seguro que cuando llegue á hablar de Lulú el cronista del baile , moja la pluma en bandolina en vez de mojarla en tinta... Hebe sirviendo la copa á los dioses será ménos hermosa... Ofelia apareciéndose á Hamlet , ménos ideal... Psiquis elevándose al Olimpo , ménos vaporosa... Pero ¿ quieres que te diga mi opinion , Lulú , hija mia ?... ¡ Pues oye el consejo de

un viejo. Luce ahora el traje delante de tu madre; lúcelo también delante de este viejo, que se ofrece á bailar contigo entre estas cuatro paredes, desde un rigodon hasta una polka... Es más: que se ofrece á traerte aquí dos ó tres parejas de su confianza, aunque tenga que buscarlas á la luz de una linterna, como Diógenes buscaba un hombre sensato por el foro de Atenas; porque, aunque no abundan, es cierto que se encuentran. Pero créeme, hija mia: cuando llegue la hora de ir á la Embajada, cena un huevecito pasado por agua, ponte tu gorrito de dormir, y vete á la cama despues de rezar el rosario...

— Eso decia yo ahora mismo, exclamó Lulú vívamente.

— Y hablabas como un libro, añadió su tio.

— ¡Vamos! dijo impaciente la Marquesa. Si tendremos aquí otro P. Jacinto sin manteo ni sotana?

— ¿Quién es ese P. Jacinto?

— Un exclaustro del año 34, que se cree que estamos todavia en los tiempos de las golas de lechuguilla, y de los *minuets* cantados.

— ¿Dónde vive? preguntó gravemente el Conde.

— ¿Va V. á confesarse? replicó con ironía la Marquesa.

— No; porque me confesé ayer: voy á consultarle una duda teológica.

— ¿Y cuál es ella?

— Que me parece que la mujer no fué formada de la costilla del hombre.

— Pues téngalo V. por cierto , respondió la Marquesa , sin sospechar adonde iba á parar la broma. No la formaron de la costilla , sino del corazon : por eso la mujer se lo llevó todo , y el hombre se quedó sin ninguno.

— Cuando las veo á la cabecera de sus hijos , enseñándoles á rezar el *Bendito* , como á mí me lo enseñó mi madre , que era tu abuela , creo lo que dices , sobrina ; respondió el Conde con aquel tono serio-burlon de que se servia , para hacer á la Marquesa los más tremendos cargos. Pero te confieso que me vuelve á asaltar mi duda , cuando satisfechas con esas baratijas de tocador , las veo dar más importancia á los bullones de un *puff* , que... al gobierno de su casa.

El Conde iba á decir que á la educacion de sus hijos , pero la presencia de Lulú le contuvo.

— Pero ¿ cuál es esa duda ? preguntó la Marquesa , sin darse por entendida.

— Pues ya lo he dicho : que la mujer no fué formada de la costilla del hombre.

— ¿ Pues de qué lo fué entónces ?

— Del rabo de una mona , (1) dijo gravemente el Conde.

Lulú se echó á reir á carcajadas. La Marquesa se mordió los labios : acostumbrada sin embargo á las indirectas del Conde , que habia sido para ella un

---

(1) Alusion á un gracioso cuento popular en Andalucía.

segundo padre, y cuya rica herencia esperaba, contestó chanceándose:

— ¡Vaya con el señor Conde! en cuanto vió seguro el almuerzo, ha dado ya al traste con todas sus galanterías.

— Y no creas que esto me lo ha dicho la falsa ciencia de algun darvinista, prosiguió el anciano. Me lo dijo el buen sentido de un pobre patan que conocí en mis posesiones de Andalucía.

— ¡Bien decia yo que la tal sentencia me olia á ajos!

— La verdad nunca huele á ambar en las narices que escuece, sobrina... Explicame, si no, de otro modo, estos dos hechos en que mi filósofo de los campos fundaba su sistema. Primero, que las monas no tengan rabo: segundo, que tengais algunas de vosotras esas tendencias *darvinísticas*...

— Ya no me extraña que si tal concepto le merecian las mujeres, jamas haya V. querido volverse á casar despues de viudo.

— No, hija mia; porque habrás notado que no he dicho *todas*, sino *algunas*... Si todas fueran así, no me hubiera casado nunca.

— ¿Sabe V. lo que estoy pensando, tio? dijo la Marquesa, picada hasta lo sumo: que podria V. irse con mi hija á dar por ahí una mision contra los bailes y las modas. Lulú personificaria la inocencia: V. tio, añadió recalcando la frase, podria personificar el arrepentimiento.

— Con lo cual nadie podria argüirme de que hablaba de lo que no entendia.

— Pero sí de que el diablo, harto de comer carne, se habia metido á fraile.

— ¿Y crees tú que si ese señor Mefistófeles pusiera al servicio de Dios su experiencia de diablo y su ciencia de ángel, no haria mucho fruto?... Si Lulú quiere, esta misma noche empezaremos la mision á la puerta de la Embajada.

— Sí, tiito, respondió Lulú alegremente: más fácil me será aprender el sermon que bailar con esta cola.

— Pues queda convenido, asintió el Conde. Predicaré por una ventanilla del coche y diré á las madres de familia: «Ciegas fuisteis para vosotras: ciegas sois para vuestras hijas... Vuestra ceguedad os disculpa... en parte. Cuidad de que no sea tambien vuestra ceguedad la que os condene...» Y asomándome por la otra ventanilla, porque dividiré el auditorio por sexos, como hacen en las sinagogas, diré á los padres de familia: «¡Perdisteis la memoria, señores míos!... ¡Acordaos de que ya no sois vosotros los galanes!... ¡Acordaos de que las damas son ahora vuestras hijas!...»

— Pues si todos entienden el sermon como yo, dijo Lulú moviendo la cabeza, no serán muchos los convertidos.

— No importa que tú no lo entiendas... Mira como tu madre me entiende.

— Entiendo, tio mio, que me está V. haciendo una mala obra, dijo sentida la Marquesa.

— La del padre que corrige , replicó el Conde, inclinándose á su oído : la del amigo que salva...

— ¿ Pero acaso soy yo una samaritana ?

— No por cierto !... eres una mariposa , y tu hija necesita un ángel de la guarda.

La Marquesa se echó á llorar. Lulú , que nada habia advertido , dijo muy seria :

— Pues si V. predica desde la ventanilla , yo predicaré desde el pescante , y diré á todo el auditorio : « Señores : las doce han dado ya : tengo mucho sueño , y no puedo dar un paso sin tropezar con esta cola... Con que muy buenas noches , que me voy á cenar con mi tío un huevo pasado por agua , y á acostarme despues de rezar el rosario ! »...

Y haciendo una graciosa cortesía , echó á correr hácia la alcoba de su madre , para despojarse de su traje de baile. Detúvose , sin embargo , en la puerta , y preguntó sonriendo :

— Mamá... ¿ le encargo al tío que prepare el huevo pasado por agua ?

La Marquesa estuvo á punto de decir que sí : el Conde la interrogaba con la vista.

— ¡ Imposible ! dijo al fin , contestando á éste : he dado mi palabra al Duque.

— ¿ Y qué importa ? instó el anciano en voz baja.

— Se disgustaria , y no quiero que por mí pierda Lulú la mejor boda de la corte.

## III

Á las tres de la madrugada arrancaba de la Embajada el magnífico landó de la Marquesa, conduciendo á ésta y á su hija de vuelta del baile.

Envuelta Lulú en su albornoz forrado de pieles, se habia recostado en un rincon del coche sin decir palabra: hallábase cansada, nerviosa y sentia un fuerte dolor de cabeza.

—¿Tienes sueño, Lulú? le preguntó su madre.

—Mucho, contestó la pobre niña. ¡Si viera V. cómo me duele la cabeza!

—Eso es la falta de costumbre: mañana podrás desquitar el sueño.

Lulú no contestó, y la Marquesa calló tambien, preocupada, no con la insignificante dolencia de su hija, sino con aquellas últimas palabras del Conde, que acudian en aquel momento á su memoria, con esa pertinacia, con esa fuerza convincente, con esa claridad avasalladora con que el remordimiento presenta al hombre, despues de cometida la falta, aquellas mismas razones que ántes de cometerla encontraba la pasion tan débiles é ilusorias. Las conveniencias sociales; el porvenir de su hija, la boda del Duquesito, pretextos todos con que habia querido engañar á ese necio que se llama *uno mismo*, tan fácil de persuadir cuando se halaga su deseo, desaparecieron en aquel momento cual desaparecen en la oscuridad los falsos colores de

un prisma, para hacerle ver en toda su desnudez aquella amarga verdad que entre bromas y veras le habia dicho el anciano: — «Tu frivolidad, tu loco afan de gozar y divertirte, es lo que disfrazas con las exigencias de tu rango y del porvenir de tu hija.»

— ¡Es cierto! ¡es cierto! se dijo amargamente la Marquesa. Lulú necesita un ángel que guarde y no que exponga su inocencia!... Yo no soy una samaritana ¡es verdad!... pero soy una mariposa, frívola madre de... orugas!

Una tos seca y nerviosa se escapó en aquel momento del pecho de Lulú, y un ¡ay! doloroso acudió á sus labios.

— ¿Qué es eso, hija mia? exclamó asustada la Marquesa.

— No sé, mamá, respondió Lulú: me duele aquí en el costado derecho... Será el corsé que me aprieta un poco.

Lulú despidió á su doncella despues de vestirse una bata de noche: dejóse caer entónces en una pequeña butaca forrada de raso de color de rosa, y permaneció largo tiempo inmóvil, mirando sin ver, con los ojos fijos en el suelo. Quería darse cuenta de sus impresiones; pero las ideas se agolpaban con tal rapidez á su mente, que la aturdian, sin que pudiese analizarlas y ni áun siquiera definir las. Sentíase por otra parte sumamente fatigada: agudas punzadas taladraban sus sienes, y aquel dolor del costado derecho le hacia toser de cuando

en cuando seca y dolorosamente. La pobre niña se levantó para acostarse : un pensamiento la detuvo sin embargo. Grave como un aviso del cielo , distinto como una luz de Dios , habia acudido á su memoria el último consejo del P. Jacinto , la súplica diaria de la madre Catalina : *No te acuestes un solo dia sin hacer ántes exámen de conciencia.*

Lulú se dirigió á un precioso reclinatorio gótico, colocado á la cabecera de su cama. Habia en él una pequeña estatua del Sagrado Corazon , que habia traído del colegio , igual en todo á la grande que allí tenian en el altar mayor de la capilla. Lulú se arrodilló ante aquel antiguo amigo , que desde su infancia le mostraba el corazon abierto , y apoyando la frente en ambas manos , comenzó á abrirle de par en par el suyo. Así pasó un cuarto de hora : levantó al fin la niña la cabeza , y sus ojos fueron á encontrarse con los ojos de la imágen : los de Cristo reflejaban amor inmenso : los de Lulú inocencia perfecta.

Rezó entónces el acto de contricion , y dió al Señor humildes gracias por haberla preservado de toda culpa. El mal espíritu tocó entónces con su inmundo dedo aquella pura frente , para despertar en ella este pensamiento :

— ¿ Ves como tu madre tenia razon ?... El P. Jacinto exageraba... ¡ En nada has ofendido al Sagrado Corazon de Cristo !

Á poco dormia Lulú fatigosamente , y pareciale

hallarse en los salones de la Embajada valsando con el Duquesito. La orquesta tocaba un vals de Straus, y Lulú se divertía mucho, atravesando á la carrera, como en otros tiempos el patio del colegio, aquel salon inmenso que crecía, crecía siempre como si la pared del fondo huyese ante Lulú para dejarle más ancho campo. Los caballeros le decían al pasar que era bonita; pero Lulú no hacía caso, porque una calavera se asomó por el marco de un espejo y le dijo con la misma voz del P. Jacinto: *¡ Lo que eres fuí; lo que soy serás !*

El Duquesito valsaba muy bien: llevaba el frac colorado, y Lulú se reía porque le parecía un cangrejo que valsaba tan de prisa, tan de prisa, que la niña sintió al fin un vahido y quiso detener á su pareja; pero el Duque soltó una carcajada, y siguió valsando al compas de la orquesta, tan rápido ya que era vertiginoso. Lulú se echó á llorar, porque el Duque la agarraba con dos manos fuertes como tenazas de hierro, que le hacían un mal horrible en el costado derecho. Llamó á gritos á su madre; pero su madre la miraba riéndose, y se echaba fresco con el abanico. Llamó entónces al tío Conde; pero el tío Conde no estaba allí; por eso no contestaba, y la pobre Lulú seguía valsando, valsando al compas de aquella música más rápida que la bajada del infierno.

De repente le faltó la luz y le faltó el suelo, y los zapatitos de raso de Lulú se hundían en

una tierra húmeda y pegajosa que le daba escalofríos ; pero seguia valsando al compas de la orquesta , que ya no era de violines y flautas , sino de chirimias y gritos de buhos , porque el Duquesito le clavaba cual una garra la mano derecha en el costado , causándole aquel dolor atroz que la hacia toser cruelmente. Vió entónces en la oscuridad que la linda persona del Duque despedia un fulgor asqueroso que á ella no le tocaba , pero que sin saber cómo , ella misma encendia : vió que clavaba los ojos cual dos saetas envenenadas en su rostro y en su cuello desnudo , arrojando unas llamas impuras que aterraron á la pobre Lulú , porque amenazaban manchar la blancura de su alma , como mancha la baba de un caracol los pétalos de una rosa... ¡ Y á pesar de todo Lulú seguia valsando , valsando , porque su madre se lo mandaba !... ¡ porque ningun auxilio humano la socorria !...

De repente vió á lo léjos , sin saber cómo , un grupo de árboles , y un hombre postrado en tierra , como pintan á Jesucristo en el huerto de los olivos. Lulú gritó ¡ Jesus mio ! y Jesus se puso en pié á aquel grito , hermoso , fuerte , imponente , con el corazon llagado en las manos , como le habia visto tantas veces en el altar del colegio ; como le acababa de ver en la imágen del reclinatorio ; pero el Duque seguia valsando sin soltar su presa , y lanzaba á veces feroces rugidos. Jesus levantó la mano con imperio y le mandó detenerse ; pero el Duque

levantó la suya sin soltar á Lulú, y descargó un bofeton en la mejilla de Cristo.

— ¡ Perdon, Jesus mio, que yo soy la causa ! gritó Lulú retorciéndose las manos.

Jesus retrocedió dos pasos y arrojó al suelo para detener al Duque, un puñado de su propia sangre; pero el Duque no soltó á Lulú, y siguió valsando sobre la sangre de Cristo.

— ¡ Perdon, Jesus mio, que yo tengo la culpa ! gimió Lulú mesándose el cabello.

Y Jesus por salvar á la niña, arrojó al suelo, á los piés del Duque, su Corazon henchido de angustia.

Pero el Duque siguió valsando sin soltar á Lulú, y levantó el pié para pisar el Corazon Sagrado de Cristo.

Lulú dió un grito espantoso, y se encontró al despertar, sentada en su lecho. Allí estaba sobre un sillón el blanco traje de baile : allí estaba en el reclinatorio la imágen de Cristo : en el costado derecho sintió la pobre niña el horrible dolor que le causaba en sueños la férrea mano del Duque. La luz del sol traspasaba ya las cortinas de color de rosa, prestando á toda la alcoba un tinte risueño...

Al grito de Lulú acudió desalada su doncella : detras llegó la Marquesa anhelante. Lulú pálida, desencajada, con los ojos fuera de las órbitas, tosiendo de un modo que helaba la sangre, tendió los brazos á su madre : ésta se arrojó en ellos llorando.

— ¡Mamá! ¡mamá! decía Lulú en voz tan profunda y queda, que aterraba el oírlo. ¡Allí! ¡allí!... en el baile... en el huerto... el Duque pisaba la sangre... ¡Yo no!... ¡Yo no pequé!... no, no, Dios mio!... pero por mi culpa... ¡por mi culpa pisaba aquel hombre la sangre de Cristo!

Y una convulsion horrible retorció el cuerpo de la infeliz niña, como los anillos de una culebra.

— ¡Lulú!... ¡hija mia! ¡Luisa!... ¡hija de mi alma! exclamaba la Marquesa. ¡Serénate, por Dios!... eso es una pesadilla!...

— ¡No! ¡no! ¡no! gritó Lulú con una energía horrible. ¡En el baile fué donde soñé... en el sueño fué donde estuve despierta!...

Aterrada la Marquesa envió á buscar al médico, y éste declaró sumamente grave el estado de la niña. Tenia á su juicio una pulmonía fulminante, cogida sin duda al salir de la Embajada, y aumentaba el peligro una horrible excitacion nerviosa, cuya causa no comprendia.

#### IV

Tres dias despues el gran salon de la Marquesa se hallaba de arriba á bajo colgado de raso blanco: en medio se levantaba un catafalco de terciopelo tambien blanco. Sobre él yacia el cadáver de Lulú: su mortaja era blanca como su traje de baile; pero estaba cerrada hasta arriba,

y en vez de jazmines tenía azucenas, símbolo de la pureza...

Las manos de la niña sostenían la pequeña imagen del Sagrado Corazon, que había traído del colegio.

Ella misma lo había así dispuesto.





## UN MILAGRO.

---

Yo bendeciré los lugares en que sea colocada la imagen de mi Corazon.

(Palabras de Jesucristo á la B. Margarita.)

**H**ACE varios años que un diplomático italiano nos contó este caso curioso. Cierta extranjero incrédulo, y por más de un concepto célebre, visitaba la ciudad eterna. Hablando un dia con un Cardenal romano, le manifestó sus dudas acerca de la canonizacion de los santos, y de la extraña y á su juicio culpable ligereza con que aprobaba la Iglesia católica los infinitos milagros que á éstos se atribuyen.

— ¿Habeis leído algun proceso de canonizacion? le preguntó el Cardenal.

— Jamas he visto ninguno.

— Pues leed el que voy á enviaros, le replicó el Cardenal sonriendo.

Á las pocas horas recibia el extranjero un voluminoso in-folio, que leyó ávidamente. Al devolverlo al Cardenal, escribió al márgen: « Si todos los procesos de canonizacion se han hecho como éste, no tengo inconveniente en creer en las virtudes de los santos y en la verdad de sus milagros. »

El Cardenal le contestó por escrito: « El proceso de canonización que tanto os satisface, no ha satisfecho igualmente á la Iglesia católica. Hace varios años que fué desechado. »

Esta es la historia de la mayoría de los incrédulos: el orgullo y la ignorancia. Humíllese aquél, vézase ésta, y los resplandores de la fe brillarán en el alma del incrédulo, si no es la malicia quien dicta en ella sus negaciones. Desgraciadamente, la mala fe es el rasgo característico de todos los incrédulos peligrosos. Unos lo son de profesion; es decir, incrédulos que blasonan de serlo, desde que oyeron pregonar á la filosofía moderna que la credulidad es sinónima de cortedad de alcances, y no de sanidad de corazón, como nosotros creemos. Á estos pertenece el gran número de necios que creen aumentar el exiguo nivel de su estatura intelectual empinándose sobre el excepticismo, y el no menor de libertinos descarados, que niegan todo dogma, toda moral, todo milagro, que estorba á sus vicios ó pone trabas á su ambición. Entre los primeros, el *no lo creo* es sinónimo de *no lo entiendo*: entre los segundos, el *no lo creo* equivale á *me incomoda* ó *lo temo*. Unos y otros forman el estado llano, ó por decirlo así, la plebe vocinglera del ejército impío.

No son éstos, sin embargo, los más temibles: hay otros incrédulos que forman la aristocracia de la impiedad, el foco de *hombres serios* de su numerosa falange. Estos no toman parte en las ruidosas

alharacas de la canalla que encuentra ya á Dios demasiado viejo. Ellos , por el contrario , le han tomado bajo su proteccion : ellos han restablecido su trono de gloria , que añejas supersticiones iban desmoronando ; y con una munificencia verdaderamente... humana , le han concedido Ángeles que le entretengan al son de arpas de oro , y hasta rayos y truenos que le diviertan , como por acá nos divierten los fuegos artificiales. Han hecho más : celosos de la dignidad de ese Dios que se humillaba hasta dar de comer á los pajaritos y vestir de colores á los lirios del campo , le han establecido una Constitucion , que echa por tierra el antiguo y modesto régimen que llamaban *Providencia*. Ya Dios no interviene para nada en las cosas de aquí abajo : recostado ahora en las alas de un serafin , cuenta las estrellas de la via láctea , miéntras los restauradores de su honor aclaman en cátedras y ateneos al *Dios Constitucional* de los hombres sensatos , enemigos de supersticiones , y ¡ oh cielo de la casa de Dios que les devora ! *para bien de la fe y de las creencias razonables , entregan á la befa pública ( risée publique ) los absurdos milagros que por ignorancia ó debilidad autoriza la Iglesia Católica, madre por otra parte amantísima y digna de todo respeto.*

Tal dice cierto académico extranjero , en un discurso que viene á echar por tierra aquella aguda observacion de un autor festivo : « Los necios se diferencian de los hombres de talento , en que los

primeros *dicen* las tonteras, y los segundos las *hacen*.» Hé aquí un hombre de talento, — ¿quién no ha de suponerlo en un académico? — que las deja escapar hasta en letras de molde. Porque esa *risée publique*, á que este tierno y sumiso hijo de la Iglesia quiere entregar los milagros que aprueba su Santa Madre, es una maldad pensada y una necedad dicha: es una especie de *enfant terrible* que pone de manifiesto lo recto, lo pio, lo santo de las intenciones de este protector de la fe y de las *creencias razonables*. Su mucha sabiduría le ha hecho encontrar ignorancia ó debilidad en la conducta de la Iglesia. Difícil es suponer buena fe en esta calumnia; pero supongámosla. Su mucho amor hácia esta Madre santa é infalible, le hace atraer sobre ella el escarnio público; tan sólo ¡qué bondad! para bien de la fe, de quien ella es la única depositaria...

¿Qué hemos de suponer ahora? Lo que hemos de suponer es, que sus profundos estudios orientalistas no enseñaron al académico, aquel hermoso proverbio árabe: « Cuando cae una mancha en la rica alfombra de Estamboul, el sabio la oculta con el manto; el necio la muestra con el dedo. » Lo que hemos de suponer es, que al *escudriñar* las Escrituras, no notó que los dos hijos buenos de Noé cubrieron su vergüenza: sólo hizo burla de ella *Cham* el maldito!

Bastaba con esto; y para revelar sus fines no le era necesario á este tierno hijo de la Iglesia, que

calumnia y escarnece á su madre , añadir á renglon seguido : « Jamas me han presentado los taumaturgos modernos un muerto resucitado : el día en que me lo presenten , creeré en sus milagros. »

¡ Ah señor académico ! Si un muerto resucitado fuese á llamar á vuestras puertas , quizá os agradaran poco las noticias que pudiera daros de las mansiones eternas !...

## II

Y sin embargo , los muertos resucitan á la luz de los mecheros de gas del siglo XIX , lo mismo que resucitaban á la luz de las lámparas romanas de la Iglesia de las Catacumbas. Nosotros hemos visto levantarse á uno de su ataúd al impulso de una voz misteriosa : el primer destello de su inteligencia , fué reconocer á su padre ; el primer latido de su corazón fué arrojarle á sus brazos... Si no hubiéramos creído de ántes , hubiéramos creído entónces !

Esta es la historia que vamos á narrar , no á los protectores del Dios Constitucional de los hombres sensatos , sino á los partidarios del antiguo régimen , que permitía á Dios llevar peso y medida de las acciones del hombre ; á los humildes , á quienes la fe alimenta ; á los sencillos , tan fáciles en creer porque no saben mentir ; á los devotos del Sagrado Corazón , que sentirán ensancharse sus almas al ver cuán fielmente cumple el Señor la promesa que sirve de epígrafe á estas líneas.

Felipe era á primera vista un tipo ordinario: estudiado á fondo, era un tipo original, que en la juventud rara vez se encuentra. Amante del *sport*, bailarín infatigable en las reuniones de la *high-life*, conocedor de todas las intrigas de salón y de todos los chismes de bastidores, parecía uno de tantos jóvenes frívolos, á quienes el placer encadena con lazos de flores. No eran, sin embargo, las pasiones de la juventud las únicas que esclavizaban aquella alma de extraño temple: sobre todas y ántes que todas tenia allí su asiento esa otra pasión que llama la Sagrada Escritura *putredo ossium*: podredumbre de los huesos. La insaciable ambición propia de la edad madura!

A los veintidos años, fecha en que le conocimos, Felipe se habia propuesto ya un objeto; y friamente calculador, profundamente reservado, subordinándolo todo á su egoismo, caminaba derecho hácia él con esa lenta actividad del prudente que marcha tras un deseo; con esa tenaz constancia, propia de los caracteres de hierro, que no consiste en hacer siempre lo mismo, sino en dirigirse siempre al mismo fin. Su talento natural, su exquisito trato, y sobre todo el precoz conocimiento de los hombres, que un don de observación, rarísimo en su edad, le habia proporcionado, le allanaban todos los caminos. Para él eran todas las cosas y personas, distintas piezas de ajedrez que movia de cerca ó de lejos para adelantar su jugada: una simple visita, una vuelta de wals, una invitación

hecha ó aceptada , eran siempre en Felipe cosas previstas y reflexionadas.

Sólo en una cosa no habia reflexionado nunca : en que tenia un alma.

En setiembre de 187... llegó á Madrid la viuda de Z\*\*, señora principal, amiga de Felipe : éste se apresuró á visitarla. Volvia esta señora de Inglaterra , y traia una comision de las religiosas del Sagrado Corazon residentes en York , para la Superiora del colegio que estas mismas religiosas tienen establecido en Chamartin de la Rosa. Suplicó la señora á Felipe la acompañase al colegio , y éste aceptó gustoso. Educábase allí la hija de un Grande , de quien Felipe esperaba mucho , y halló en esta visita ocasion oportuna de congraciarse con el padre , haciendo algunos festejos á la hija.

Felipe jamas habia visto de cerca á una monja : así fué que al aparecer la Superiora en el gran salon de visitas , fijó en ella una mirada curiosa. (1) Aquel porte majestuoso al par que modesto , aquel saludo en que se traslucia cierto *chic* del gran mundo , imposible de ocultar á un observador tan consumado como Felipe , le hicieron pensar áun ántes de que la religiosa hablase... Es una señora.

No era , sin embargo , hombre á quien deslumbraban apariencias ; y aunque la religiosa hablaba

---

(1) Esta digna religiosa vive todavía y ocupa en la actualidad un importante cargo en su órden. Tan sólo por no ofender su modestia , dejamos de consignar aquí su nombre.

frances como una parisiense del *faubourg*, y saludaba con el señorío de una infanta de España, Felipe exigía y esperaba más de aquel hábito negro, y lo encontró en efecto. Encontró una serena gravedad que jamas habia visto sino en las imágenes sagradas; una afabilidad ingénua que le atraía imponiéndole respeto; un *no sé qué*, que no sabia definir, no obstante su sagacidad, y que no era otra cosa sino el aroma de las virtudes que florecían en aquella alma.

Sin duda es una santa, pensó entónces Felipe; y encontrándose tímido por primera vez en su vida, no se atrevió á preguntar por la hija de su amigo.

La Superiora les invitó á ver el colegio, y les refirió la historia de su fundacion. Pertenecía este edificio á la casa de Pastrana: desearon las religiosas adquirirlo, y por una tercera persona solicitaron del Duque la venta. Negóse éste á ella; pero enterado á poco de quiénes eran las solicitadoras, y para qué objeto destinaban la finca, contestó que persistía en no venderla, porque quería hacerles donacion de ella, como lo hizo en efecto. (1) En este edificio se hospedó Napoleon I

---

(1) Frente á esta quinta poseía el mismo duque de Pastrana otra, llamada la *Quinta del Recuerdo*; la cual, con una generosidad no extraña en el ilustre Duque, cedió hace tres años á la Compañía de Jesus, para que estableciese en ella uno de sus colegios. Sirva aquí la conmemoracion de este generoso hecho, como una leve prueba de la gratitud que le deben y le profesan los hijos de San Ignacio.

cuando la indomable energía de los madrileños de 1808 le hizo detenerse en Chamartin, y emprender desde allí aquella famosa retirada, que tuvo á los ojos de algunos visos de fuga. Aun se enseñaba no hace mucho tiempo la alcoba, teatro entónces de las vacilaciones del César que, despues del cólera morbo, ha barridó la humanidad con más gloria.

Al despedirles en la portería ofreció la religiosa á la señora algunas medallas y varias estampas. Sacando luégo un pequeño escapulario del Sagrado Corazon, preguntó á Felipe si seria indiscreto el ofrecerle aquel recuerdo. Felipe lo aceptó con entusiasmo no fingido, y lo llevó á sus labios: luégo lo guardó en su elegante cartera de piel de Rusia, junto á las tarjetas de visita y algunas cartas de letra menuda, que despedian un suave olor de finísimo *pachouli*.

La religiosa se sonrió tristemente.

### III

Pasaron dos años sin que operasen en Felipe variacion alguna: el presente le halagaba, el porvenir le sonreia, y aquella vida de placeres y de intrigas absorbia todo su ser, porque era en él genuina, le era natural como su espuma al torrente.

Crecia en él la ambicion con el logro de sus primeras esperanzas; y semejante á la planta viciosa, que arrebatá á cuantas la rodean los jugos de

la tierra, sólo ella tenía frescura, sólo ella tenía savia que le diese vida y lozanía. Un título de Conde que había llevado en otro tiempo su familia, era el blanco á que, como medio de llegar más lejos, se dirigia entónces Felipe; mas era necesario para recobrarlo pagar las lanzas atrasadas, y no permitian este considerable dispendio las ya mermaidas rentas del ambicioso. Para obviar este inconveniente habíase captado Felipe la confianza de cierto hombre político, conde de nuevo cuño, y con el fin de activar su negocio determinó pasar la primavera en la populosa X\*\*, donde á la sazón se hallaba el personaje. Era éste uno de esos hombres vulgares, á quienes la prevision de otros más sagaces eleva á altos puestos, para que en ellos sirvan de pantalla á sus torpes manejos. Felipe, que encontraba siempre en las flaquezas de los demas, poderosos auxiliares para su propio provecho, había estudiado el flaco del señor Conde, y al poco tiempo poseía ya su confianza.

Partió pues para X\*\* llevando consigo un objeto harto extraño en un hombre de su especie: el escapulario del Sagrado Corazon que la Superiora de Chamartin le había dado. Desde entónces la moda había sustituido en el bolsillo de Felipe una larga serie de carteras, distintas en corte y en materia; mas en todas ellas encontraba albergue el pequeño escapulario. Porque aquel hombre que jamas murmuraba una oracion; aquel hombre que jamas elevaba al cielo el pensamiento, y no comprendía

por qué llaman á la tierra valle de lágrimas, no acertaba á separar de su pecho al Corazon de su Redentor, brotando llamas que no le encendian, y sangre que él despreciaba. Cuál fuese la causa de esto, él mismo la ignoraba: tan sólo Dios hubiera podido explicarlo!

Una noche se dirigió Felipe al teatro: cantábase *Fausto*, la famosa partitura de Gounod. *La diva* hacia prodigios; nadie habia interpretado hasta entónces con *floritures* más dulces y gorgoritos más intrincados, la inocente desvergüenza de la heroína de Goethe.

Millares de almas, redimidas con la sangre de Cristo, arrojaban flores y joyas á los piés de aquella ruin mujer, cuyo mérito consistia en hacer al vicio amable y á la inmoralidad deleitosa...

Felipe no era inteligente ni aficionado; pero era de buen tono serlo, y rotos los guantes de tanto aplaudir, ronca la voz á fuerza de gritar ¡bravo!, subió al final del tercer acto al palco de su amigo el flamante Conde. El entusiasmo era allí indescriptible: la Condesita habia puesto una sortija de brillantes en su *bouquet* de violetas tempranas, y lo habia arrojado á los piés de la *diva*. La Condesa, pacífica señora, que se dormia en todos los andantes y despertaba en todos los *allegros*, sólo habia dado alguna que otra cabezada; y hasta el grave Conde, desarrugando aquel pliegue del entrecejo, que encerraba como el de Napoleon los destinos del orbe entero, y evocando añejas reminiscencias

de fusas y semifusas, corcheas y semicorcheas, habia dicho en el colmo del entusiasmo :

— ¡ Es una voz pastosa que...

Y nada más dijo su Excelencia , porque nada más le inspiró Euterpe , la musa de las armonías, inventora tambien , segun dicen , de la flauta.

— ¡ Felipe! gritó la Condesita , no bien apareció éste en el palco. ¿ Ha oido V. alguna vez cosa semejante?... ¡ Qué voz! ¡ qué arte! ¡ qué frescura! ¡ qué modo de vocalizar!... Y al mismo tiempo es una actriz consumada! ¡ Qué manera de expresar la pasion!... Y qué elegancia en el traje!... Ese escote bajo , y al mismo tiempo cuadrado , es *une gracieuse création* que ha de ponerse de moda... Lástima que en España no se sepa premiar al mérito!...

— Perdone V. , Mariquita , le interrumpió respetuosamente Felipe. Ovacion como la de esta noche en pocas partes la habrá alcanzado.

— ¡ Eso no basta! — gritó sulfurada la entusiasta *dilettante*. — Es necesario hacerle un regalo regio, si no queremos dar que reir al mundo entero!... Cincuenta mil francos costó el aderezo que regalaron en Paris á la Bribonini la noche de su beneficio!... Es necesario abrir una suscripcion... Papá, tú la encabezarás con diez mil reales: mamá , tú otros diez mil...

El pliegue del señor Conde tomó tintes tan sombríos como si viese destruirse el equilibrio europeo, y la Condesa se quedó tan despierta , que

espantó para toda la noche el sueño de sus ojos.

— ¿Á que van á decir que no? prosiguió la Condesita con un mohin de niña mimada. — ¿Qué importan diez mil reales?... ¿Acaso no vas á ser pronto ministro?...

El Conde sonrió con la serena majestad de Júpiter Olímpico, y animada la señorita continuó:

— Esa garganta vale todo el oro del mundo; y si en todo se gasta, por qué no se ha de gastar en esto?... Sólo para una novena dió mamá ayer cincuenta reales, y yo di veinte... No hay remedio; vamos á hacer la lista... Papá diez mil reales; mamá otros diez mil; yo, doy los dos mil que me dió papá el dia de mi santo... Felipe, V. otros dos mil por lo ménos... Vamos, deme V. la cartera, que quiero hacer yo misma la lista...

Aturdido Felipe con aquella charla, sacó maquinalmente la cartera, y la presentó á la Condesita. Mas acordóse de repente de que iba en ella el escapulario del Sagrado Corazon, y rápido como el pensamiento lo sacó con la ligereza de un prestidigitador, ántes de entregársela. Luégo lo dejó caer con disimulo al suelo, y empujándolo con el pié lo arrojó debajo de una banqueta.

Temia las burlas de aquella niña casquivana y nada devota, si veia el santo escapulario en la cartera de un elegante; temia sobre todo que la necia ignorancia y perversas ideas del Conde se alarmasen, si encontraba en su poder aquel piadoso emblema de que hacian gala los reaccionarios. Un

movimiento de disgusto y de vergüenza se apoderó sin embargo de Felipe, no bien arrojó el escapulario: parecíale como si hubiese hecho traición á su más excelente amigo.

— Luégo lo recogeré, pensó entónces. Pero aunque varias veces intentó hacerlo, impedíanle los dibujos de la alfombra distinguir aquel pedazo de tela, y al terminar la ópera vióse precisado á ofrecer el brazo á la Condesa, para acompañarla hasta el coche. No bien arrancó éste, volvió Felipe al teatro: oscuro ya y desierto, presentaba éste el aspecto del alma cuando desvanecidos los brillantes fantasmas de la tentación, queda solitaria y á oscuras en las amargas tinieblas del pecado. Á la luz de varios fósforos que encendia, buscó Felipe el escapulario por todos los rincones del palco; pero ya no parecia. Sin duda las largas colas de aquellas mujeres mundanas, habian arrastrado fuera la sagrada imágen del Corazon de Cristo!

Felipe, triste y mal humorado, se dirigió entónces al hotel en que se hospedaba.

#### IV

No duró mucho en Felipe aquella impresion saludable; porque si bien distaba mucho su carácter de ser frívolo, habia demasiadas malezas en aquel corazon, para que pudiese florecer allí el lirio santo de un buen pensamiento. Varias veces acudió sin embargo á su memoria el recuerdo del

escapulario perdido. — ¿Quién me dará otro? se decía entónces con cierta tristeza.

Aquella tarde bajó Felipe como de costumbre á comer en la mesa redonda. Para un carácter observador como el suyo, era cosa digna de estudio ese continuo movimiento que se nota en las grandes fondas: aquella multitud de tipos diferentes en sexo, en edad, en clase y en idioma, ofrecia ancho campo á sus observaciones. Mas nunca se le ocurrió comparar aquel tráfago incesante, con el tráfago tambien incesante de la vida humana. Á ella llega el hombre de paso como á la fonda: descansa, paga y marcha para no volver nunca!... En esto jamas pensaba Felipe.

Frente por frente de éste sentábase diariamente á la mesa, una opulenta señora norte-americana, que viajaba por Europa. Era Mistress W\*\* una anciana católica y piadosa en alto grado, que llevaba sus cabellos blancos con la misma dignidad que una corona en que Dios hubiese grabado la palabra *experiencia*, para que los hombres contestasen con la de *respeto*. Felipe habia entablado con ella esas relaciones que con tanta facilidad se estrechan en la vida de fonda, como medio de evitar el aislamiento que le es anejo. Mistress W\*\* debia de partir al dia siguiente, é invitó á Felipe á tomar una taza de té en sus habitaciones. Este no pudo excusarse sin pasar por grosero; pero despidióse de la anciana no bien le fué posible, para correr al teatro, donde el Conde le habia citado.

Mistress W\*\* le acompañó hasta la puerta de su gabinete, y entregándole un sobre cerrado, le dijo:

— Dejo á V. este recuerdo mio: estoy cierta de que sabrá V. conservarlo.

Felipe, á quien consumia la impaciencia, subió de dos en dos los escalones de la escalera que conducia á su aposento, renegando de las atenciones de la buena Mistress W\*\*. Arrojó sobre una mesa el sobre sin mirarlo, y cambiando á toda prisa de traje corrió al teatro. El Conde le esperaba tambien ansioso: habia recibido aquella mañana una carta del ministro, encargándole una mision har-to difícil para sus cortos alcances, y esperaba encontrar ayuda y secreto en el talento de Felipe. El ministro añadió tambien como postdata, que el negocio de éste le era sumamente fácil, y que bastaba una pequeña ilegalidad para ponerle en posesion de su antiguo é ilustre título sin necesidad de ningun desembolso.

El Conde empezó, como era natural, por leer á Felipe la postdata del ministro, y acabó por proponerle el negocio que á él interesaba. Felipe no se apresuró á aceptar: frio y sagaz como siempre, conoció á primera vista lo ventajoso de su posicion, y resolvió sacar de ella todo el partido posible. Sorprendido el político improvisado, vióse en la necesidad de acceder á cuanto Felipe deseaba, y cerróse al fin el contrato, no sin grandes protestas de amistad paternal por parte del Conde viejo, y de generoso desinteres por parte del Conde joven.

Á las doce volvía éste á la fonda , feliz y satisfecho como nunca : con las manos metidas en su *par-dessus* forrado de seda , caminaba tarareando el aria de Desdémóna *assisa al pie d' un salice* , que acababa de oír en el teatro , llevando sobre la cabeza ese inmortal cántaro de la lechera , que jamas acaban de romper los hombres.

Al entrar en su aposento encendió una bujía que halló sobre una mesa : á su pié vió entónces el sobre que tres horas ántes le habia dado Mistress W\*\*. Un movimiento de curiosidad le impulsó á abrirlo ; rasgó el sobre , y un escapulario en todo igual al perdido , se presentó á su vista. Rojo como una mancha de sangre fresca se destacaba el corazon sobre la franela blanca : por debajo se leia el mismo letrero : *Detente : el Corazon de Jesus está conmigo.*

Felipe quedó por un instante sin voz y sin movimiento : poco á poco se levantó su pecho , y un tremendo sollozo semejante al rugido de un leon herido , se escapó de sus labios : cayó luégo de rodillas , apretando el escapulario entre sus dedos crispados , y ocultó la cabeza en una butaca. Un dolor agudo le traspasaba el corazon como con un cuchillo , y una angustia horrible le subia á la garganta como si fuese á ahogarle. Felipe creyó que iba á morir , y gimió entre sus dientes apretados...

— Ahora no , Dios mio ; ahora no !... Una hora tan sólo !...

Pasó una hora y otra hora , y aquel inmenso dolor se revolvía en el pecho de Felipe buscando

salida, como una fiera en su jaula, dejando escapar tan sólo sollozos entrecortados, roncacos, sin lágrimas, secos como truenos sin nubes y sin lluvia. Un torrente de lágrimas brotó al fin de sus ojos, y desahogado su pecho, respiró libremente. Fuéronse entónces apagando poco á poco aquellas inmensas olas de amargura, para dejar lugar á un dolor sosegado, tranquilo, pero amargo y profundo como son tambien las olas de la mar en calma. La memoria vino entónces á poner ante su vista lo innumerable de sus pecados; la reflexion le hizo comprender su enormidad inmensa; y la voluntad, la cobarde voluntad, reina del hombre, tan osada para el mal, tan flaca para el bien, se sintió desfallecida.

—No puedo! no puedo! gimió el desgraciado. Para mí no hay perdon posible!...

Y el gusano del remordimiento, tomando en su conciencia las proporciones de una vívora, mataba en aquella alma la santa y dulce esperanza. Vió entónces el infeliz representarse distintamente en su imaginacion un Corazon resplandeciente ceñido por una corona de espinas: tenia una herida por la parte superior y no por la inferior como se suele pintar: de ella salia una llama. Una mariposa de brillantes alas revoloteaba en torno y desapareció al fin dentro de la herida, atraida y devorada por aquel fuego divino. Al mismo tiempo una luz vivísima alumbraba el entendimiento de Felipe, para hacerle comprender que el pecador es el gusano

inmundo: la penitencia el capullo en que él mismo se encierra, y el perdón aquellas hermosas alas que elevan el alma hasta el mismo Corazón de Cristo. Allá en lo profundo de su ser, parecióle escuchar entonces aquellas palabras del hijo pródigo, que jamás había oído ni leído: *Surgam et ibo ad patrem meum.* (Me levantaré é iré en busca de mi padre.)

Y Felipe se levantó en efecto. Ya la claridad del alba iluminaba el horizonte: aún tenía puestos sus finísimos guantes de piel de Suecia; aún estaban en el ojal de su levita dos violetas místicas, regalo de la hija del Conde. Desnudóse entonces aquel traje para ponerse uno sencillo de mañana, y se dirigió á la Catedral. Hallábase desierto el inmenso templo, y la luz del crepúsculo que penetraba por las rasgadas ventanas de oriente, prestaba á las majestuosas bóvedas ese tinte de divina sublimidad, que dobla involuntariamente las rodillas, y pone en los labios espontáneas alabanzas de Dios. Felipe se arrodilló ante un confesonario vacío: una imagen de la Virgen con un puñal clavado en el pecho, se hallaba en frente.

— ¡Yo te herí! exclamó Felipe con profunda amargura. ¿Cómo he de llamarte *madre*?... Y sin embargo, madre! madre! á ti te imploro!...

Lágrimas más dulces corrieron entonces de sus ojos; y al invocar á la Madre de Dios, parecióle que aún antes de darle el perdón, allá en el fondo del alma se lo prometían.

Un sacerdote asomó al fin por una de las naves: Felipe se levantó al punto, y le pidió que le confesase. El sacerdote pareció titubear un momento; pero al fijarse en aquel rostro pálido y desencajado, al ver aquellos ojos rojos é hinchados por las lágrimas, que le miraban con indecible angustia, inclinó la cabeza en silencio y entró en el confesionario. Felipe se arrodilló á sus piés, é hizo confesion general de toda su vida.

Asombrado el confesor de tanto dolor, sorprendido de tan eficaz propósito, le preguntó con dulzura:

— ¿Qué le ha movido á V. á confesarse?...

— La vista de este escapulario, respondió Felipe, mostrándoselo empapado en lágrimas.

— ¿Le tenia V. alguna devocion?... ¿Hacia en honor suyo alguna práctica piadosa?

— Ninguna!... Tan sólo lo llevaba siempre conmigo... Lo arrojé ayer y él vino hoy á buscarme!...

— El Señor cumplió su promesa, añadió el sacerdote, levantando las manos al cielo: *Yo bendeciré los lugares en que sea colocada la imágen de mi Corazon!...*

Dos años despues murió Felipe en tierra extranjera como mueren los justos: mirando cara á cara á la muerte, umbral para ellos de la vida eterna. En sus largas y frecuentes conversaciones con el religioso que le asistia, le refirió esta historia, que podemos comprobar con fechas exactas y nombres harto conocidos.

## V

¿Y es esto la resurreccion de un muerto? Sí! Es la resurreccion de un alma muerta, milagro más estupendo que el devolver la vida á un cadáver: porque si para esto se necesita todo el poder de Dios, para aquello se necesita, sobre todo su poder, toda su misericordia.

Este fenómeno no lo explica el fisiólogo, ni lo alcanza el psicólogo, ni lo acierta á comprender el más profundo conocedor del corazon humano. Á veces la lectura de un buen libro, la palabra de Dios predicada en el templo, la muerte que avisa al hombre con su terrible *memento*, el dolor al recordarle que su patria no es la tierra, el desengaño, eterno envenenador de todo goce, pueden aparecer á los ojos de los que sin profundizar, tan sólo observan, como causas naturales de esos trueques del corazon que hacen de un Saulo un Pablo, y una María la penitente de una María la pecadora. Pero que un hombre olvidado del todo de Dios, aprisionado por todas las pasiones de la juventud, al mismo tiempo que por la ambicion, quizá la más peligrosa, de la edad madura; que un hombre á quien el presente halaga y el porvenir sonrie, deje de repente todos los placeres, y abrace todas las penitencias; ahogue en sí todos los vicios y haga espontáneas todas las virtudes, tan sólo porque encuentre bajo un sobre un escapulario, es prodigio más que humano: es que, aquella voz que gritó á

Lázaro ¡ *Exi foras!* , para hacerle salir del sepulcro , ha gritado tambien en los oídos de aquella alma muerta y cuatrídiana : ¡ Cree , porque soy yo quien te habla ! ¡ Espera , porque yo soy tu esperanza ! ¡ Ama , porque yo te amé primero ! ¡ Vive , porque yo quiero que para mi vivas !

Así tan sólo se comprende que este Lázaro invisible se levante de una tumba de vicios , para ir á arrojarse limpio y purificado á los piés de Jesucristo.



## HOMBRES DE ANTAÑO.

---

... y eran en sus hazañas largos para facellas, cortos para contallas.

(P. Juan de Mariana.)



EL 8 de abril de 1579 notábase una extraordinaria animacion en el real de las tropas acampadas al pié de los muros de Mastricht, á una y otra ribera del Mosa. Alemanes, borgoñones, irlandeses, italianos y españoles se agitaban por todas partes en sus respectivos cuarteles, con esa ordenada actividad que revela siempre la unidad en la direccion y la fidelidad en la ejecucion. La caballería ligera de herreruelos traia ramas y malezas de las riberas del rio: unos preparaban con ellas fagina para rellenar los fosos; otros cestones de tierra para proteger el manejo de la artillería, y sacas de lana y de hoblon, especie de simiente de que hacian en Flándes la cerveza, para reparar las trincheras. Algunos conducian en sus cureñas, tiradas por bueyes, los cañones que se habian de colocar para batir las murallas, en los fuertes bastiones levantados á igual altura de las defensas: todos en fin se aprestaban para el asalto, que despues de un sitio de tres meses, habia de darse al rayar el alba del siguiente dia. Dirigia

y animaba á todos un caballero, que seguido de otros varios, visitaba al trote de un caballo bayo los diversos cuarteles, sin armas de ningun género, vistiendo tan sólo un balandran azul con pieles de marta, y un bonetillo de lo mismo, en la cabeza. Era Alejandro Farnesio, Duque de Parma y de Plasencia, Gobernador general de los Países-Bajos en nombre de Su Majestad Católica el rey D. Felipe II, el Prudente.

Destacábanse en el fondo los negros muros de Mastricht, la triste Ciudad afligida entónces por el triple azote de la guerra, el hambre y la herejía. La soldadesca hereje habia saqueado los templos católicos, destrozado las imágenes, y puesto algunas de ellas en las baterías y murallas á donde era más de temer la arcabucería y artillería de los españoles. Una de gran tamaño y hermosura que representaba á la Virgen María sosteniendo en brazos á su divino Hijo, habíanla descolgado sobre la batería más próxima á las trincheras católicas; y revestidos los soldados con los ornamentos sacerdotales, parodiaban en torno las ceremonias del culto, llevando su atrevimiento hasta pasearse por el mismo rebellin del foso, adornados con tan sagrados atavíos. Sacrilega provocacion, que despertó en el campo católico esa santa ira, madre siempre de grandes acciones; esa santa ira, que no comprende la cobarde indiferencia de nuestra época, y llama por eso intolerancia y fanatismo; esa santa ira que el mismo espíritu de verdad aconseja y

justifica en aquellas palabras : *Irascimini et nolite peccare. Airaos y no querais pecar.*

Habia sonado ya el toque de cajas , que indicaba á los soldados católicos la hora de retirarse á sus respectivos cuarteles : al oscurecer entraban en sus barracas á un segundo toque , y ya no era permitido transitar por el campamento , sin dar á los centinelas el santo y seña del dia.

Tenia lugar en este intervalo en uno de los cuarteles en que los famosos tercios españoles se acampaban , un espectáculo ordinario entónces , extraño hoy , que hubiera hecho sonreir á más de un soldado bisoño de nuestros dias , de motines y pronunciamientos. En una especie de plaza que dejaban libre las hileras de tiendas , hallábase una apiñada multitud de soldados , sentados unos , de pié otros , formando un gran corro. Veíase en medio á un hombre de pequeña estatura y débil aspecto , subido sobre un tambor que sostenia una tabla : vestia la sotana de la Compañía de Jesus , y enarbolando un crucifijo predicaba á los temibles tercios la palabra divina , preparándolos á morir para enseñarles á vencer.

Y aquella turba de hombres aguerridos , feroces muchos , procaces no pocos , émulos de los macabeos , en el valor todos , en la virtud rarísimos , escuchaban con la cabeza baja aquellas tremendas verdades , miéntras más de una lágrima surcaba atezadas mejillas , y se escondia en bigotes grises , y más de una manopla de hierro golpeaba un

coselete de acero, bajo del cual se ocultaba un corazón contrito. Porque el rasgo característico de aquella época, tan ensalzada de unos, tan calumniada de otros, lo que la aleja de la nuestra tanto cuanto se ha nublado su gloria y se ha disminuido su poder, era que la fe vivía en todos los pechos; era que el respeto al sacerdocio daba una fuerza irresistible á la corrección cristiana; era que una moral acomodaticia no había tergiversado los nombres de lo bueno y lo malo. Por eso los muchos que obraban mal, sabían que mal obraban, y temían la censura pública; y esta convicción y este temor dejaban abierta la puerta á la vergüenza, que engendra al purificarse la humildad de espíritu, y al arrepentimiento, que pide y alcanza el perdón y asegura la enmienda.

Muchos soldados y oficiales se apartaban del corro, y se alejaban lentamente, dirigiéndose á varias barracas, que se distinguían de las otras en una cruz que las coronaba: iban á confesarse con los misioneros de la Compañía de Jesús, llamados por el Duque de Parma al real, y que con aquel fin se hallaban allí prevenidos.

Un caballero joven y de gentil presencia volvía de dar la guardia en uno de los dos puentes de barcas, que mantenían la comunicación entre el ejército de uno y otro lado del río. Traía el vistoso uniforme rojo y amarillo de la infantería de los tercios, y la falta de coselete revelaba su graduación de alférez. Joven, petulante y de costumbres

demasiado alegres, habia sufrido varias amonestaciones de los misioneros Jesuitas que habian irritado su ánimo contra ellos: detúvose sin embargo en un grupo de caballeros que sentados en unos haces de forraje, escuchaban la palabra de Dios á dos pasos del que la predicaba.

Habíase ya puesto aquel sol que para muchos no volveria á lucir, y los muros de Mastricht iban tomando el aspecto de una enorme silueta negra, que se destacaba sobre las tintas pálidas y rojas del horizonte. Habian encendido los herejes dos hogueras sobre la muralla, una á un lado y otra á otro de la imágen de María colocada sobre el baluarte: distinguíase á su resplandor rojizo la sagrada imágen, vuelta la espalda hácia la Ciudad apóstata, y presentando á los españoles su divino Hijo, como si les pidiese el amparo de la fe que él cimentó en el Calvario.

Volvióse el Jesuita hácia los muros, é indicó la imágen con el dedo.

— ¿Quién no tiene ánimo para rescatarla? dijo con sencillez. Hacedlo, y á sus piés daremos gracias por la toma de Mastricht.

Arrojó al oír esto al suelo sus manoplas el alferez que escuchaba, y exclamó con una arrogancia hija más bien de su antiguo despecho, que de la insolencia:

— Jamas pise yo tierra de Castilla, si ese Juan Fernandez no tiene por más fácil escalar un baluarte que echar una absolucion!...

Estas palabras llegaron á oídos del Jesuita : bajó entónces del tambor con el crucifijo en alto , y se dirigió al grupo de caballeros. Su ruin estatura parecia haberse agrandado : su humilde aspecto habia desaparecido , dejando lugar á una imponente majestad , que tenia algo de sobrehumana.

— ¿ Conoceisme ? exclamó agarrando por un brazo al arrogante alférez.

— ¡ Sí! respondió éste entre turbado y sorprendido.

— ¿ Sabeis que soy sacerdote ?

— Sí...

— Pues ¡ arrodillaos á mis piés, y besad esta mano que absuelve y bendice en nombre de Cristo!...

Y al decir esto el llamado Juan Fernandez , era su voz tan poderosa , era tan avasallador su acento , que subyugado el caballero descubrió lentamente la cabeza , hincó la rodilla en tierra y besó la mano que el Jesuita le tendia.

Todos guardaban silencio : el caballero se habia vuelto á levantar. Arrojóse entónces á sus piés el P. Juan Fernandez , y hundió la frente en el polvo.

— ¡ Satisfecho heis al ministro de Dios, señor caballero ! decia. El hombre... el ruin, el villano Juan Fernandez, no es digno de besar el polvo de vuestras huellas... Pisadle, señor Alvar de Mirabal; pisadle, que tan sólo pisareis envoltura de miserias!...

El caballero rompió á sollozar. El toque de cajas dió en aquel momento la segunda señal , y el corro se deshizo lentamente , entrando los soldados en sus barracas.

Dos horas despues reinaba en el campamento un profundo silencio, interrumpido tan sólo por los gritos de alerta de los centinelas. Un hombre, envuelto en un largo ferreruelo negro, salió entón-ces de la tienda del P. Juan Fernandez: era el alférez Alvar de Mirabal, que despues de confesarse con el Jesuita, habia jurado á sus piés morir en el asalto ó rescatar la imágen de María que los herejes profanaban.

## II

Madrugó más la artillería enemiga que la de los católicos; y apénas rayaba el alba, un cañonazo disparado desde la puerta de San Pedro hirió ma-lamente á cinco soldados que se hallaban en las trin-cheras, y echó por tierra sin vida al sargento Tello Paez: penetróle la metralla por entre la falda del morrion y la rodela, y le vino á salir por el ojo izquierdo. Fué la primera víctima que cayó aquel dia, en que tantas otras habian de seguirle.

Tocóse entónces al arma en los reales del Duque, y la gente acudió á sus puestos en el órden que ya tenia designado. Habíanse construido, siguiendo la misma linea de las trincheras, seis fuertes bastio-nes á la misma altura de las defensas, y repartido en ellos cuarenta y ocho cañones gruesos de batir, que habian de abrir brecha en la cortina de la mu-ralla que unia la puerta de San Anton con la de San Pedro. Una mina arrancaba de las mismas

trincheras hasta el rebellin del foso, y pasando por debajo de éste escondia un enorme depósito de pólvora en los mismos cimientos de la puerta de San Servasio. Esta mina debia de volar cuando las baterías hubiesen cuarteado el lienzo de muralla que batian, para dividir así la atencion de los sitiados entre ambas brechas: su detonacion sería tambien la señal para atacar por las puertas de San Anton y de San Pedro tres banderas walonas y cuatro de tercios españoles, y por la de San Servasio la infantería tudesca y la de herreruelos, con cuatro banderas de los tercios. El resto de banderas habia de esperar de refresco la fatiga de los sitiados, para atacar á una segunda señal la parte llamada del Burgo, que por ser más baja y tener secos los fosos, podia más fácilmente asaltarse con escalas.

En esta parte era donde habian descolgado los herejes la imagen de María, colocándola sobre el estrecho reborde que por debajo de las troneras guarnecia la batería, á no escasa altura de las trincheras católicas. En ellas estaba el alférez Alvar de Mirabal, silencioso, quieto, un poco pálido, esperando con disimulada impaciencia la señal del asalto. Habia dejado su rodela y desceñídose la espada, y llevaba tan sólo dos pistolas al cinto y en la mano una de aquellas largas picas flamencas, llamadas salta-fosos (springatock), que tenian en el regaton una gran pieza de madera que les impedia hundirse demasiado en el cieno, cuando las usaban

los naturales, al mismo tiempo que para combatir, para saltar atrevidamente fosos y pantanos.

Tardóse largo tiempo en batir la muralla, porque los sitiados acudían con gran presteza para hacer reparos, dirigidos por un ingeniero francés, Sebastian Tapin, y por el traidor español Manzano, desertor de los tercios, que había de pagar más tarde su alevosía, muriendo en la carrera de baquetas á que le sentenció el de Parma, cuando Alonso de Solís le hizo su prisionero.

Hallábase Alejandro Farnesio en una pequeña eminencia de lo interior del campamento, sobre un caballo frison, que caracoleaba impaciente presagiando la batalla: vestía unas armas doradas con banda roja, y rodeábanle D. Pedro de Toledo, Cárlos de Manzfelt, Lope de Figueroa y varios maestros de campo que trasmitían y ejecutaban sus órdenes. Resonaban los cañones de las baterías, roncós cual los truenos que preceden á una tormenta: á eso del mediodía se divisó entre el humo de la pólvora cuarteada la muralla, y vióse claramente bambolearse un torreón é inclinarse del lado del foso. Alejandro hizo una señal, y cien cajas y cien clarines hicieron resonar á un tiempo, las unas su redoble, los otros su voz metálica. Reinó entónces un silencio solemne: enmudecieron los cañones, las espadas se inclinaron, las picas vinieron á tierra, la bandera que cobijaba dos mundos besó humilde el polvo, y aquellos hombres cubiertos de hierro, ménos fuerte que el temple de

sus almas, aquellos tigres feroces que esperaban ansiosos lanzarse sobre la presa, hincaron la rodilla por espacio de varios minutos, para implorar el auxilio del Dios de las batallas: que tal era la costumbre, dice D. Bernardino de Mendoza, guardada siempre por los cristianos, y sobre todo por los españoles, ántes de comenzar la pelea.

Alejandro hizo otra señal, y una descarga horrible y una detonacion espantosa sonaron juntamente, al mismo tiempo que el lienzo de muralla y la puerta de San Servasio desaparecieron á la vez, con la misma rapidez con que se muda la decoracion en una comedia de magia. La mina habia volado y el asalto comenzaba.

Vióse entónces ántes que nada á un hombre que pareció cruzar los aires desde las trincheras católicas á la batería del Burgo: viósele vacilar un momento en el borde del repecho que sostenia la imágen de la Vírgen; afirmarse por una vigorosa sacudida, y dejar caer el salta-fosos de que se habia servido para dar aquel prodigioso salto. Encontróse entónces solo, desarmado, sin más apoyo que una estrecha cornisa, teniendo bajo los piés una altura considerable, y sobre la cabeza un gran número de enemigos que repuestos de su primera sorpresa, disparaban sobre él sus arcabuces. El guerrero no vaciló: agarróse á la imágen, que era grande y de peso; dejóse caer con ella desde lo alto de la batería, y rodando sin soltarla, llegó á las trincheras del campamento. Púsose entónces de

pié, chorreando sangre de varias heridas, y abrazando una adarga y blandiendo una partesana que allí encontró abandonadas, se unió gritando — ¡Santiago!... ¡Virgen María! — á los tercios, que cual terrible avalancha en aquel momento se lanzaban sobre los muros de Mastricht.

Era el alférez Alvar de Mirabal, que habia cumplido su juramento.

### III

Peleaban miéntras tanto sitiados y sitiadores en ambas brechas, con igual coraje y encarnizamiento. Habia detenido en la de la muralla el terrible ímpetu de los walones que iban en la vanguardia, un reparo fortísimo de cadenas y puntas de vigas, levantado como por ensalmo, y un contrafoso lleno de clavos y pedazos de hierro: ganáronlos al fin con gran carnicería de ambas partes, ayudados por las cuatro banderas de los tercios que detras atacaron, y peleóse entónces pica á pica sobre el mismo adarve de la muralla. En la brecha de San Servasio se habia trabado una atroz pelea: acudian los defensores con gran presteza á hacer reparos, ayudados de tres mil mujeres, que repartidas en tres compañías, traian tierra y maderas, y arrojaban sobre los tudescos y herreruelos, fuegos artificiales, piedras y agua hirviendo. Estos por su parte rellenaron el foso con fagina, tierra y cascotes que habian caido de la ruina de la puerta, y se abrieron

un camino para acometer. Morian por ambas partes, y ninguna cejaba, aumentando los montones de cadáveres atravesados en la brecha, para los católicos la dificultad de la entrada, para los herejes la facilidad de la defensa.

El de Parma mandó entónces atacar al resto del ejército por la puerta del Burgo: arremetieron furiosamente mil y quinientos de la vanguardia, y llegaron á salvar el foso sin que los sitiados disparasen un solo tiro. Ya los católicos arrimaban las escalas, trepaban muchos á la muralla, y un capitán de herreruelos llegó á clavar en ella un estandarte azul, con una imágen de Cristo, en todo semejante al que envió Pio V á D. Juan de Austria cuando la batalla de Lepanto. Al mismo tiempo vinieron á animar á los que en las dos brechas peleaban, los gritos de ¡ victoria! ¡ Santiago! ¡ ganada es la puerta del Burgo!...

Sonó entónces una detonacion horrible, más fuerte que el estampido de cien truenos, y viéronse volar por los aires hombres, piedras, armas, escalas, tierra, miembros humanos, todo en confuso remolino, y caer luégo pesadamente en los fosos, entre una nube de pólvora y humo que prestaba á tan terrible espectáculo todo el horror de las tinieblas. Los herejes habian volado una mina abierta sigilosamente por debajo de la puerta del Burgo, sin otra ayuda que la de las tres compañías de mujeres, y destruído así aquella lucida vanguardia que encerraba la flor del ejército: allí

murió Fabio Farnesio, primo del de Parma; el conde de San Jorge, el marques de Malaspina, el conde de Mondoglio, con otros cuarenta y cinco capitanes de cuenta, y más de dos mil soldados de todas las naciones.

La victoria se había hecho imposible, y Alejandro Farnesio mandó por aquel día retirar el asalto.

Aquella misma tarde visitaba Alejandro los cuarteles, animando á los soldados, consolando á los heridos, y repartiendo entre ellos cuantiosos socorros, con aquella liberalidad y gracia que parecia haber heredado de su antecesor, tío y amigo queridísimo, el Sr. D. Juan de Austria. En un ángulo del cuartel de los tercios españoles, habían colocado los soldados la imagen de María rescata-da por Mirabal, sobre una cureña cubierta con una bandera ganada aquel mismo día á los herejes. Alejandro preguntó lo que aquello significaba, y refirieronle entónces la hazaña del alférez, que allí se hallaba presente, y la escena que con el P. Juan Fernandez había tenido lugar la víspera.

— Traed acá esa jineta, dijo el Duque á un page que caminaba tras un caballero, llevando una lanza corta, cuyo hierro dorado salia de una borla de seda, y era en aquel tiempo insignia de los capitanes de la infantería española. Y entregándola él mismo al alférez, añadió:

— Tomadla vos allá, señor Alvar de Mirabal; que bien merece el mando de una bandera, quien tales empresas acomete.

Preguntó entonces Alejandro por el P. Juan Fernandez; mas éste no parecía. Todos le habían visto durante el asalto acudir á los sitios de más peligro, en compañía de los otros misioneros, para retirar á los heridos y auxiliar á los moribundos: viéronle más tarde en la gran tienda levantada en el centro del campamento para socorro de los heridos, ocupado en las mismas tareas: despues nadie le habia visto. Tan sólo un soldado viejo dijo que media hora ántes le habia interrogado el Jesuita minuciosamente, acerca de la posicion del foso, de la puerta del Burgo, en donde habian quedado abandonados tantos heridos, sin auxilio de ningun género: luégo le vió entrar en su tienda lanzando exclamaciones de dolor y de lástima.

— ¡ Vedle ! ¡ vedle !... ¡ allá va ! gritaron entonces varias voces.

Y los que estaban en lugar más elevado pudieron ver al P. Juan Fernandez, que traspasando las trincheras del campamento, se dirigia solo, sin prisa, sin temor, sin más arma que un Crucifijo pendiente del cuello, hácia el foso de la puerta del Burgo. Los herejes le vieron venir desde el muro, y dispararon contra él un falconete; mas el Jesuita siguió adelantando impávido, sin apresurar el paso y sin retenerlo tampoco. Los herejes lanzaban gritos de furor, y los católicos le veian marchar reteniendo hasta el aliento, porque adivinaban su heróico designio. Al llegar al foso sonó una descarga de mosquetería, y el Jesuita cayó exánime

al borde y rodó despues al fondo , quedando inmóvil sobre un monton de muertos.

Las sombras de la noche extendieron poco á poco sus tinieblas sobre aquel campo de desolacion , y entónces pudo verse que no habia desamparado el ruin cuerpo del Jesuita el alma heróica que le animaba : levantó con precaucion la cabeza de la almohada de muertos en que se apoyaba , y escuchó ávidamente si se oia en el rebellin del foso algun rumor de herejes. Nada se escuchaba : sentóse entónces con presteza y estiró sus miembros entumecidos por aquella hora larga de inmovilidad absoluta , en que se habia fingido muerto para escapar del fuego de los herejes. Comenzó entónces á remover á tientas aquellos frios cadáveres , diciendó en voz queda :

— Hermano , vivis ?... Soy el P. Juan Fernandez , que viene á confesaros , para que salveis vuestra alma...

Á veces nadie respondia ; á veces un quejido revelaba la presencia de un cuerpo que sufría aún los rigores de la vida ; de un alma á quien todavía era tiempo de enviar al cielo. Entónces se arrastraba el Jesuita en aquella direccion , y repetía su temerosa pregunta : un segundo quejido contestaba , y al punto removía en la oscuridad los cadáveres que oprimian al herido , colocaba su oido junto aquellos labios moribundos , oía sus pecados , y dándole la absolucion , le abría las puertas del cielo.

Así recorrió de un cabo á otro cabo toda aquella parte del foso , confesando á cuarenta y dos moribundos. Acabada aquella tarea , á la vez sublime y espantosa , trepó con gran trabajo al borde del foso ántes de que clarease el alba , y ensangrentado , cubierto de lodo , exánime , sin fuerzas para sostener el Crucifijo que llevaba , volvió á los reales.

Las avanzadas de las trincheras le recibieron con gritos de alegría y entusiasmo , que llegaron á oídos del Duque de Parma , que en aquel momento montaba á caballo para dirigir la mudanza de las baterías que habian de proteger el segundo asalto. Dirigióse en persona á recibir al P. Juan Fernandez , y se apeó de su hacanea blanca al divisarlo entre un grupo de oficiales y soldados que le conducian victoreándole. Tomó Alejandro Farnesio con su mano cansada de pelear aquella otra mano cansada de bendecir , y la llevó respetuosamente á sus labios : condújole luégo hasta su propia hacanea , y le dijo :

— Subid , P. Juan Fernandez , y encaminaos á mi tienda , que allí encontrareis apercebimiento.

Y volviéndose al nuevo capitan Mirabal , que entre otros muchos allí habia acudido , añadió :

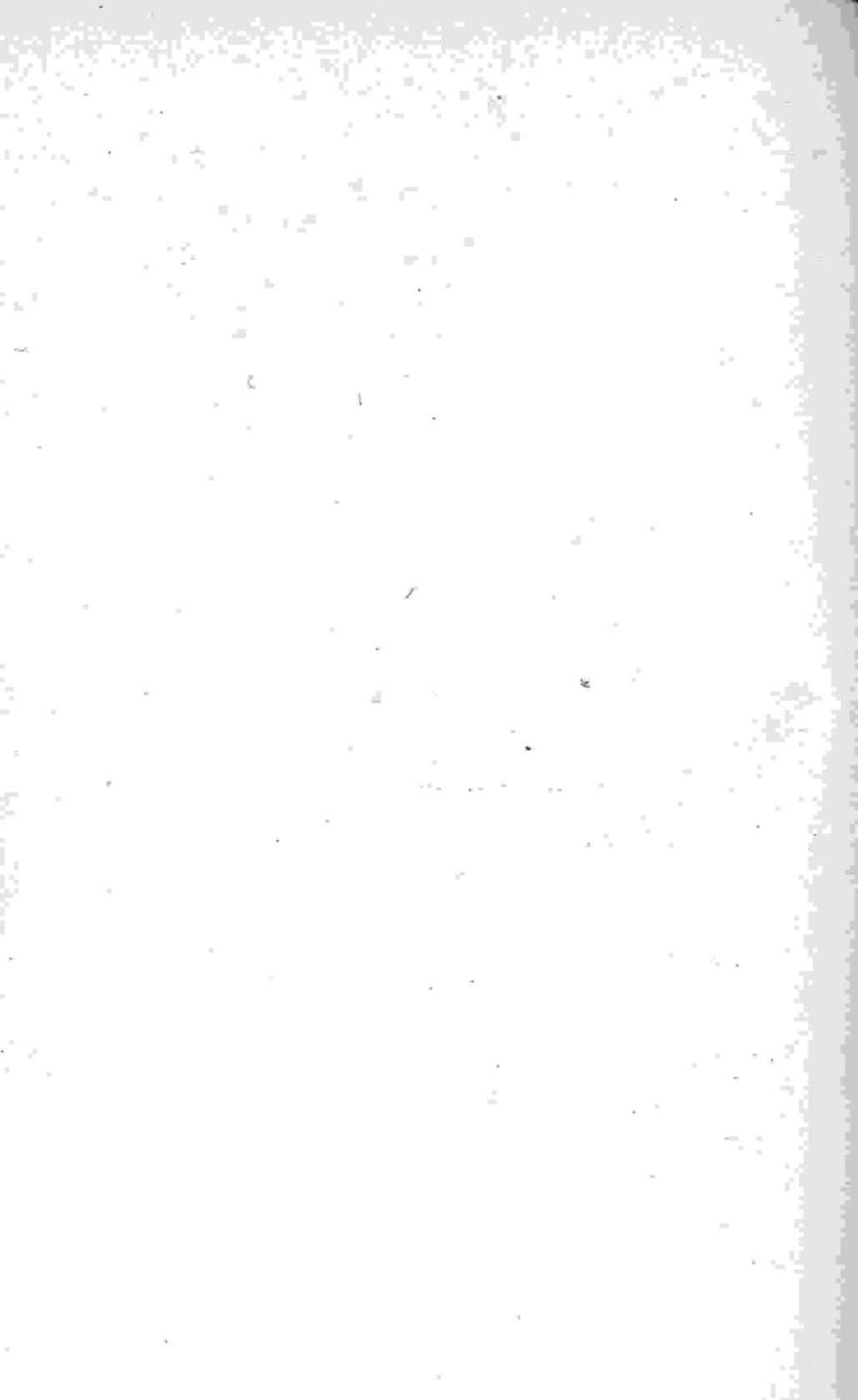
— Tenedle vos el estribo , Alvar de Mirabal , y confesad que esta vez fué mayor hazaña echar una absolucion , que escalar un baluarte. ( 1 )

---

( 1 ) Los autores y obras de que se han tomado los pormenores de esta histórica relacion , son los siguientes :

P. ALCAZAR, S. J. *Crono-Historia de la Compañía de Jesus, en la provincia de Toledo.*—P. NIEREMBERG, S. J. *Vida del P. Juan Fernandez.*—P. FAMIANO ESTRADA, S. J. *De Bello Belgico.*—LUIS CABRERA DE CÓRDOBA. *Historia de Felipe II.*—EL COMENDADOR DE ALANGE, D. Bernardino de Mendoza. *Comentarios de las guerras de los Países-Bajos.*—EL MARQUES DE LA ESPINA, D. CÁRLOS COLOMA. *Guerras de los Estados-bajos.*

---





## MIGUEL.

---

... No hay inconveniente por mi parte en que publiques ese hecho de mi vida, si así te parece de provecho: sólo te pido que no hermoseees mi retrato con los delicados tintes de tu paleta. Preséntame tal cual yo era y gracias á Dios ya no soy, para que así resalte más á los ojos de todos lo que me dijiste un día paseando en Ch<sup>h</sup>: *Nihil longe est a Deo*. Nada hay léjos de Dios.  
(Carta de Miguel al Autor de estas líneas.)



LAMABA la atención de todos cuantos entraban en la salita de confianza de la rica viuda de H\*\*, un objeto extraño, colocado á los piés de un magnífico crucifijo de marfil, que se destacaba en el fondo de la pieza, bajo un dosel de terciopelo negro. Era una especie de relicario de plata, primorosamente cincelado, y guarnecido de riquísimas esmeraldas, que esparcían sus agradables reflejos, ora á los velados resplandores del sol que penetraba por las cortinas de muselina bordada, ora á la suave luz de los dos reverberos de bronce que ardan en los ángulos de la chimenea, bajo sus bombas de cristal nevado.

Cualquiera hubiera creído encontrar bajo el cristal redondo que formaba el centro de aquella

rica alhaja, alguna reliquia venerada ó alguna imagen piadosa; mas sólo se veía una moneda ordinaria de veinte reales, con el busto de D.<sup>a</sup> Isabel II, arañada y horadada violentamente en el centro.

La primera vez que vi este extraño objeto, me preguntaba sorprendido cuál sería su significado, y absorto en estos pensamientos mientras esperaba á la señora de la casa, no sentí sus ligeros pasos que habia ahogado la alfombra.

— ¡ Hermosas esmeraldas ! ¿ no es cierto ? — me dijo sonriendo de un modo que probaba hasta la evidencia que mi curiosidad habia sido sorprendida.

— ¡ Magníficas ! — contesté un poco turbado, al verme cogido *in fraganti*. — Bien merecen guarnecer una reliquia.

La señora se echó á reir.

— Para mí lo es esa moneda — replicó al fin gravemente : — ella salvó la vida de mi hijo, y cambió su corazon por completo... Por eso la he colocado á los piés del Señor como un ex voto.

Mi rostro debió de retratar entónces un signo de interrogacion tan marcado, que sonriendo la señora bondadosamente, me dijo :

— Cuando vea V. á Miguel, dígale de mi parte que le cuente esta historia.

Busqué á Miguel y no pude sacarle una palabra : era entónces mi amigo muy filósofo, y contestaba á mis preguntas con aquella sentencia del Koran : « La palabra vale plata, pero el silencio vale oro », y añadía, que segun Rabi Efendi, ilustre poeta

turco, la naturaleza ha dado al hombre dos oídos y una sola lengua, para enseñarle que más debe de oír que de hablar. Instéle á que diese gusto á mis dos oídos con su única lengua; pero todo fué en vano. Por lo visto, sus estudios orientales le habian hecho desconfiar de las amistades de levita.

Fióse al fin de amistades de sotana, y algunos años despues nos refirió él mismo la siguiente historia, sin sospechar que el amigo que gastaba ésta iba á serle más traidor que el que habia gastado aquélla, lanzando al público sus confianzas. Y á fe que el pobre Miguel no merece traicion semejante; es un excelente muchacho, padre ya de cinco chicos, que ha sido capaz de escribirnos hace poco las palabras que sirven de epígrafe á estas líneas.

Por lo visto, no saca ya sus citas del Koran, ni de Rabi Efendi, el poeta turco.

## II

Era Miguel en toda la extension de la palabra un calavera; pero no un calavera que hubiese llegado á serlo guiado por instintos perversos ó depravadas ideas; era una de las muchas víctimas que hace en la juventud la hipocresía del vicio. Arrastrado por las malas compañías habia comenzado por fingirse libertino para amoldarse á las costumbres de sus compañeros, y habia concluido por serlo realmente, tanto como ellos lo eran.

Su padre, rico mayorazgo de un pueblo de campo de Andalucía, para nada se habia ocupado de la educacion de su hijo. Complaciase tan sólo en verle á los quince años correr liebres al galope de una yegua, con la seguridad del más diestro gine-te; derribar vacas en los *tentaderos* de sus cortijos con el pulso de un picador de plaza, y pasear en la feria del pueblo un magnífico potro jerezano, clavado en su silla vaquera, con su fina manta murciana en el arzon delantero, su sombrero *calañes* un poco ladeado, y su rico marselles verdoso con botonadura hecha de centines de oro.

No habia dejado en el mismo abandono la buena madre de Miguel el corazon de aquel hijo único tan amado: habia con sumo tacto dirigido hácia el bien esos primeros impulsos, que como las flores reciben la vida de su tallo, reciben ellos su ser entre los besos de una madre, y de los cuales puede decirse algo de lo que del alma ha dicho un Padre de la Iglesia: que tan elevada es ella, que podrá el pecado oscurecerla y afearla, mas jamas borrarla y destruirla. Supo, pues, aquella buena madre infundir en el corazon de su hijo la fe como un deber, la esperanza como un consuelo y la caridad como un goce; y supo ademas fomentar con tal destreza sus sentimientos naturalmente compasivos, que bien pronto vió florecer en el niño hermosas obras, que en la limitada esfera de sus cortos años, bien podian llamarse heróicas.

Era, pues, Miguel en lo moral, á los diez y ocho

años, un excelente jóven, que amaba á su madre con delirio, y conservaba en toda su frescura y lozanía las santas ideas y puros sentimientos que ella le habia inculcado. Tenia en lo físico una hermosa figura, que hubiera quizá parecido poco fina entre los figurines de modas cortadas en patronos extranjeros, que forman la flor y nata de nuestra juventud elegante; pero que era en realidad la de ese varonil tipo, español genuino, que reúne al natural señorío del caballero, algo del airoso garbo, de la espontánea gracia que, llevada á un extremo ya chabacano, se observaba en otros tiempos en el antiguo jaque de Andalucía.

Decidió al fin el padre de Miguel que cursase éste en Sevilla la carrera de leyes; y provisto el jóven de cartas de recomendacion para su parentela, perteneciente toda á la más alta nobleza, partió, con gran sentimiento de su madre, para esa hermosa reina de Andalucía que enarbola sobre su Giralda la enseña de la fe, como si quisiese advertir al que llega, que á todos sus blasones antepone el de católica.

Tenia Miguel en medio de sus buenas cualidades un grave defecto, que fué el principio de su perdicion: era su carácter dominante, y exagerado su amor propio. Acostumbrado á tratar tan sólo con inferiores, á quienes dominaba y de quienes era adulado, no podia avenirse á ser en la nueva sociedad que le abria sus puertas una figura de segundo orden, que tropezaba á cada paso con iguales, y muy á menudo con superiores. Habíale, por otra parte,

la falta de roce con gentes de alta clase, engendrado cierta timidez, cierta cortedad de genio, que le ponía á veces en circunstancias embarazosas cuando se hallaba en esta esfera, y que no tuvo fuerza de voluntad para vencer con el aprendizaje porque todos los jóvenes pasan, cuando comienzan á frecuentar el delicado trato de señoras.

Uno de esos pequeños ridículos, que tan honda mella dejan en los caracteres impresionables, y que bastan á veces para torcer el rumbo de un joven, acabó de precipitarle. Á poco de su llegada á Sevilla, fué á visitar por vez primera á cierta anciana Duquesa á quien no conocía, algo parienta de su padre. Recibióle la señora con el agrado y la finura propia de las gentes del gran mundo: poco á poco vió Miguel que la sala se iba llenando de señoras y caballeros, que acudían á felicitar á la Duquesa, por celebrarse en aquel día la fiesta de su santo; y luchando el pobre joven entre sus deseos de retirarse y el temor que le causaba despedirse solo ante aquella brillante concurrencia, dejaba pasar las horas y las horas. Llegó al fin la de comer, y la Duquesa, sonriendo entonces amablemente á su tímido pariente, le dijo:

— Por supuesto, Miguel, que V. comerá con nosotros.

Miguel se puso colorado como un tomate, y sin atreverse á aceptar ni á negarse tampoco, se inclinó en silencio, tomando con los demás convidados el camino del comedor.

Acabada la comida volvió á llenarse el salon de gente, como si se hubiese dado allí cita todo cuanto ilustre y elegante encerraba Sevilla. Desesperábase Miguel porque ninguna ocasion le parecia bastante oportuna para despedirse, no obstante los vivos deseos que de ello tenia, y fluctuando en estas dudas oyó sonar las once de la noche, y vió que dos criados entraban con el servicio del té dispuesto. La Duquesa, mujer de mundo, que comprendia todos los apuros del pobre jóven, se acercó á él sonriendo bondadosamente, y le dijo:

— Vamos, Miguel; hágame V. el obsequio de tomar una taza de té.

Miguel hubiera deseado hundirse en el suelo por escotillon, como sucede á los personajes de las comedias de magia; pero en la imposibilidad de desaparecer de este modo bajo la alfombra, optó por aceptar la taza de té que le ofrecian.

Habia miéntras tanto comenzado á diluviar: los tertulianos se retiraron poco á poco en sus coches, y no habiendo encontrado Miguel la ocasion oportuna de despedirse, que desde las tres de la tarde andaba buscando, se encontró al fin solo, frente á frente de la Duquesa, que á duras penas contenia la risa que el aire mustio y avergonzado del pobre muchacho le causaba. Tartamudeó éste algunas excusas; pero la anciana, soltando al fin la risa, que no pudo contener por más tiempo, le interrumpió diciendo:

— De ninguna manera permito que se vaya V. á

estas horas, Miguel... Son más de las doce y está diluviando... V. no conoce bien á Sevilla : su casa está léjos , y yo no puedo proporcionarle ahora un coche... Con que preciso es que se resigne á pasar la noche en mi casa , si no quiere darme un grave disgusto.

Miguel estuvo á pique de echarse á llorar , ya que la tierra se negaba á tragárselo , y de que le era imposible tirarse por la ventana.

Pero la buena señora , con la autoridad que le daban sus canas , los diez y ocho años del mancebo , y el parentesco que con su padre tenia , se apoyó cariñosamente en su brazo , y le condujo ella misma á las habitaciones de su hijo único , que viajaba á la sazón por Italia. Miguel arrojó el sombrero por un lado y la levita por el otro , y se precipitó de cabeza en la cama en mangas de camisa , tirándose de los pelos , como un chico á quien castigan con una noche de encierro.

A la mañana siguiente entró un criado á anunciarle que la señora Duquesa le esperaba para oír Misa en el oratorio y para desayunar luégo. El pobre Miguel oyó Misa con bastante poca devoción , almorzó con ménos apetito , y lanzóse al fin , como alma que lleva el diablo , por la alfombrada escalera de aquella casa , en que habia entrado para una visita de veinte minutos , y donde su cortedad de genio le habia hecho permanecer cerca de veinticuatro horas. Á la puerta le esperaba el último golpe : la buena Duquesa habia hecho enganchar su

berlina, y el pobre Miguel no tuvo más remedio que dejarse conducir en ella hasta la puerta de su casa.

Este incidente, que á otro cualquiera hubiese hecho reir despues de pasado, exasperó terriblemente el amor propio de Miguel: creyóse puesto en ridículo á los ojos de toda Sevilla, por ser tan comun en los jóvenes que empiezan á alternar en el mundo, creerse blanco de todas las miradas; y de tal manera se grabó esta idea en su mente, que huyó para siempre de aquella sociedad culta, que era la suya, y en la que podrá fácilmente perderse un joven, mas rara vez encanallarse, para buscar la compañía de amigos de baja estofa, entre los que dominaba por sus riquezas y su rumbo, y por los cuales fué arrastrado poco á poco á toda clase de vicios y excesos.

Durante el primer curso, fué Miguel, gracias á estas amistades, un estudiante tronera de café: al terminar el segundo, era ya un perdido de taberna.

### III

Trabajo hubiera costado á la buena madre de Miguel reconocer á su cándido y sensible hijo, en aquel muchacho desgarrado, que con el sombrero echado atras, el chicote en la boca, y la obscenidad en los labios, sacudia el freno de la educacion, y despreciaba el *qué dirán* del respeto, para llevar en la frente el *qué se me da á mí* de la insolencia. Aquel muchacho, que escandalizaba en su lenguaje,

y repugnaba en sus costumbres; que de los cafes habia descendido á las tabernas, y que huyendo de toda especie de amistades cultas, iba á buscar el trato de toreros y chalanes, que llamaba franco y campechano... Mas no en balde habia su pobre madre impulsado hácia el cielo los primeros latidos de aquel corazon que tanto amaba; y aunque podrido en la superficie, hallábase sano en el fondo, donde dormian, cual en el fango diamantes, sus primeros y puros sentimientos. Cuando arrastrado primero por sus amigos, y capitaneándolos despues, corria Miguel á encenagarse en los vicios, solia detenerse de repente, cual si su corazon recordase ecos lejanos: parecia entónces entrar en sí, y volviendo atras sus pasos, buscaba la soledad, donde derramaba sin conocerlas, esas amargas lágrimas que llora el espíritu cuando quiere y piensa no tener fuerzas para zafarse de los torpes lazos con que la materia le ata.

Y era que su buena madre iba en aquella misma hora á buscar el lecho vacio de su hijo ausente; era que levantaba al cielo sus *manos puras*, como recomienda el Apóstol, y pedia al Ángel de la guarda de aquel hijo tan amado, un freno que le detuviese, un ejemplo que le enseñase, un consejo que le sirviera de guia... ¡ Ah! ¡ cuántos hijos extraviados no vuelven á la buena senda, porque sus madres no oran por ellos! ¡ cuántos de esos hijos pecadores serian quizá otros tantos Agustines, si sus madres supiesen llorar las lágrimas de Mónica!

¡cuántos de esos infelices tullidos del alma, descenderían al fin á la piscina de la gracia, si no pudiesen decir como el paralítico de Bethsaida: *¡ Domine, hominem non habeo !* ¡ Señor, no tengo quien me ayude !...

En cuanto á su padre, encogíase de hombros al saber las calaveradas de Miguel: reíase de lo que él llamaba *sus ocurrencias*, y tan sólo le escribía para encargarle que tratase con el empresario de la plaza de los toros el ajuste del ganado de alguna corrida, ó para enviarle buenas letras de cambio que le impidiesen pedir dinero prestado.

—Con tal que no tenga deudas— decía —dejarle que corra su caballo; que carrera que no da el potrero, en el cuerpo se le queda... Ciencia no le hace falta, porque dinero le sobra... Con un palmito como el que tiene, un nombre como el que lleva, y quince mil duros de renta, se casará con una Princesa en cuanto los cascos se le asienten...

Mientras tanto, mayo tocaba á su fin, los exámenes se aproximaban, y Miguel no sabía una palabra: las raras veces que asistía á clase, dormitaba durante las explicaciones, descansando de la jarana de la noche pasada, ó entreteníase en dibujar en traje de torero la caricatura del anciano profesor, cuando no leía novelas inmorales ó libros obscenos. Recordaba vagamente que Justiniano había recopilado la Instituta, y en un raptó de entusiasmo por aquel Derecho Romano, que llaman antiguos y modernos *la razon escrita*, hábale puesto

á su podenco favorito el nombre de Triboniano, sin que recordase á punto fijo si este ilustre personaje habia sido emperador ó general, jurisconsulto ó alcalde de barrio. Aconsejóle el catedrático, anciano respetable, amigo de algunas personas de su familia, que no se presentase á exámen; pero Miguel, con aquella insolente audacia que habia sustituido á su antigua timidez, pasó dos ó tres noches en claro, desvelándose á fuerza de café, para repasar ligeramente la asignatura: satisfecho con esto, presentóse cuando le llegó su turno, dispuesto á burlarse del tribunal ó á armar alguna camorra, si no le ayudaban su despejo natural, su buena estrella y la media docena de copas de aguardiente que á prevencion habia tomado, esperando encontrar en ellas una elocuencia, sino muy espiritual, á lo ménos muy espirituosa.

Preguntáronle la organizacion de la familia romana; y Miguel, con intrincados razonamientos y algunas flores retóricas, contestó, que se componia, sobre poco más ó ménos, de marido y mujer, hijos é hijas y alguno que otro criado. El catedrático, que le oyó desbarrar de aquel modo, le concretó más la pregunta, deseando sacarle de alguna manera.

— ¿Qué sucedia en la familia romana cuando moria el padre de ella? — le dijo.

— ¿Pues qué habia de suceder? — contestó entonces Miguel en tono compungido. — Que todos tenian un disgusto atroz!...

Uno de los catedráticos se echó á reir, porque le creyó un necio; otro dió muestras de indignacion, porque le juzgó un pillo; y el más anciano, que le tuvo por ambas cosas, le dijo secamente:

— Bien... ¿Qué tiene V. que decirme de la ley Furia Caninia?

Miróle Miguel de hito en hito con el mayor descaro, y contestó al fin con todo el desparpajo de su desvergüenza:

— Que es la primera vez que la oigo nombrar.

Y tomando su sombrero, se salió del tribunal, haciendo ántes á los atónitos examinadores una profunda cortesía.

Esperábanle en la puerta los de su pandilla, celebrando con carcajadas y groseros chistes la insolencia del estudiante: éste rompió de un puñetazo, ántes de salir de la Universidad, el cuadro en que constaba, entre las calificaciones de los demas examinados, la suya de *suspense*; arrojó en la gran fuente del patio la gorra de un bedel que quiso reprenderle, y para celebrar el éxito de sus exámenes convidó á toda aquella canalla, cuyo anfitrión era siempre, á *correr una juega* en la venta de Eritaña, famosa taberna, que se oculta tras los jardines de las Delicias, como un nido de sabandijas tras de una madre-selva, y que suele ser punto de reunion para la *gente del bronce* de Sevilla.

Al pasar por la plaza de abastos, próxima á la Universidad, vió un monton de enormes calabazas de Rota: compró una que pesaba tres arrobas,

y haciéndola empaquetar entre tablas, se la envió á su padre facturada por el tren y franca de porte, con un letrero que decia : *Fruto de un año de estudio.*

El padre se rió de la gracia : la madre la lloró en silencio.

#### IV

Á poco de estos sucesos, salia una noche Miguel de una casa de juego en que habia perdido todo su dinero, quedándole tan sólo una moneda de oro de dos duros : con las manos metidas en los bolsillos, y alta aquella cabeza que no reflexionaba ni se abatia, siguió una calle larga y estrecha que conducia al garito de un gitano llamado *el Serio*, que daba lecciones de *canto flamenco*. De repente sus piés se pararon, su cabeza se extendió con la atencion del que escucha, y su corazon, que jamas sintió miedo, saltó en el pecho sobresaltado : triste, tristísimo, y aún más triste en el silencio, habia llegado á sus oidos el rumor de un llanto ; un llanto que desgarró su alma, llenándola de indignacion hácia el que lo provocaba ; un llanto á que la soledad prestaba su desamparo, y la inocencia privaba de defensa. ¡ Era el llanto de un niño !

Miguel corrió hácia aquel sitio, con el ansia y la ligereza con que corre la caridad tras el dolor, llevándole el remedio. Acurrucado en un portal, y pegando su carita contra el suelo, dormia un niño de pocos meses, empuñando un mendruguito de

pan que rechazaban sus encías aún sin dientes. ¡Y aquella boca de ángel sonreía, sin embargo, entre sueños!... Otro niño de ocho años, hermano del primero, lloraba desconsoladamente, sentado en el mismo umbral de la puerta: tenía en una mano unos billetes de la lotería, imagen de la fortuna para él tan adversa, y en la otra una moneda falsa de veinte reales, que para probar su sonido chocaba contra las piedras. ¡Ángeles de Dios, de los cuales el uno sonreía, pero sonreía dormido, y el otro lloraba, y lloraba despierto!...

—¿Qué tienes?— preguntó Miguel con tan compasivo interés, que su voz temblaba.

Y sin contestar el niño, seguía llorando; llorando, como si su pena no tuviese consuelo, como si su desgracia no tuviese alivio, como si sus labios, por no tenerla, no pudiesen decir ¡madre!

—¡Tan inocente, y ya llora!— pensaba Miguel. —¡Y yo culpable, gasto y triunfo!... ¡Y hay quien no tiene pan, y á mí no se me amarga el que me llevo á los labios!... ¿Dónde está tu justicia, Dios mio?...

Tal discurría el calavera, achacando á Dios los extravíos de los hombres; pero allá en lo profundo de su corazón le gritaba una voz grave: — ¡Calla, calla; que no es Dios el injusto, sino el hombre el perverso: si todo el que *puede* enjugase las lágrimas que *debe*, no correrían tantas en el mundo... Dios no *hizo* al rico para gozar, ni al pobre para sufrir; sino que encomendó al uno la tutela del

otro, señalando al primero la *caridad* como incentivo, y al segundo la *resignacion* como escudo... La riqueza es una deuda contraida con la indigencia, y por eso es ladrón, ladrón vil que roba un depósito, el rico que siempre cierra al indigente su puerta !...

Casi convulso Miguel, tornaba á preguntar al muchacho el motivo de su llanto: acudió entonces el sereno, y cediendo el niño á las instancias de ambos, dijo que un hombre le habia comprado un billete de la lotería, pagándole con aquella moneda falsa; y temiendo el inocente los golpes de su padre, no se atrevia á volver á su casa.

Respiró Miguel, porque podia enjugar aquellas lágrimas: hizo cambiar al sereno en una taberna próxima la moneda de dos duros, restó de su mesada, en otras dos de plata, y dando una al niño, guardó la sobrante en el bolsillo del chaleco. Alegremente sorprendido el muchacho, corria detras de Miguel dando gritos de agradecimiento; mas intentando el calavera recobrar su papel de espíritu fuerte, siguió su camino fingiendo un desden que no sentia, y una indiferencia que se hallaba muy léjos de experimentar. En su cabeza aturdida aún por la pesada atmósfera de la sala de juego, confundíanse una porcion de ideas á cual más encontradas, que le costaba trabajo definir: veia los montones de oro que cubrian la mesa de la ruleta, y veia tambien la afligida carita del niño que le

sonreía entre sus lágrimas, como sonríe una estrella al asomar entre nubes: veía la fatal paleta que una á una había arrastrado sus monedas, y veía también la sucia manita del muchacho, que oprimía con ansia el duro salvador: resonaban en sus oídos cual una tormenta las voces de los jugadores que maldecían, y dulce como una música oía la voz del niño que le gritaba: ¡Dios se lo pague!

Quería indignarse y no podía; quería llorar y no le era posible.

En esta disposición de ánimo llegó Miguel al garito del gitano: la voz aguardientosa de éste le pareció más desagradable que nunca, y los gritos y chistes de aquella soez concurrencia, se le hicieron insoportables. Aburrido se salió al fin á la calle y tomó el camino de su casa, sintiendo un ansia, un vacío, una angustia que le martirizaba cruelmente, sin que pudiese acertar de dónde provenía.

— ¿Qué tengo, Dios mío, qué tengo? — se preguntaba.

Y ofuscada su razón no supo contestarle que eran sus nobles sentimientos que despertaban ante las lágrimas de un niño, y luchando por romper la mortaja de fango que los envolvía, gemían como gime lo delicado entre lo grosero, lo elevado entre lo bajo, lo bueno entre lo malo, lo que es del cielo entre lo que sólo pertenece al asqueroso cieno de la tierra.

Era más de la media noche, y nadie transitaba por las calles, oscuras y silenciosas: al volver Miguel una esquina, frente ya de su casa, arrojáronse sobre él dos rateros, y mientras uno le amenazaba con su enorme navaja, procuraba el otro despojarle del reloj y el dinero. Miguel era valiente y forzado: dió una fuerte sacudida, despidiendo lejos de sí á los ladrones, y disparó contra ellos su rewólver: huyó uno á la detonacion; mas furioso el otro arremetió contra el estudiante, tirándole una atroz puñalada. Crugió el acero como si se rompiese, y Miguel sintió un fuerte golpe en la cintura, de que por entónces no se dió cuenta.

Acudieron los serenos á la detonacion, y registráronle por ver si tenia lesion alguna. La punta de la navaja del ratero habíase quedado clavada en el duro que Miguel cambió para socorrer al niño, oponiendo una fuerte resistencia, que le salvó de quedar allí sin vida.

— ¡Qué casualidad! — decian los serenos, examinando á la luz de sus faroles el duro agujereado.

Y Miguel, que vió el dedo de Dios que le tocaba; Miguel, cuyo corazon despertó de repente, llorando lágrimas de arrepentimiento, aurora de una eficaz conversion, que no le llevó á la Trapa ni á un desierto, sino á ser lo que Dios queria de él, un buen cristiano y un excelente padre de familia, exclamó con el alma:

— ¡Bendita, bendita mil veces la Providencia!

## V

Esta fué la historia que la buena madre de Miguel quiso que él mismo nos narrase ; y al oirla nosotros de sus propios labios, no pudimos ménos de exclamar :

— ¡ Feliz el hijo por quien ora su madre !



the *Journal of the American Medical Association* (JAMA) in 1968, and the *Journal of the American Psychiatric Association* (JAP) in 1970.

These journals were the first to publish articles on the use of the term "borderline personality organization" (BPO) and "borderline personality disorder" (BPD).

The term "borderline personality organization" was first used by Otto Kernberg in his 1975 book, *Borderline Conditions and Pathologies of the Self*.

The term "borderline personality disorder" was first used in the *Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders* (DSM) in 1987.

The term "borderline personality disorder" was first used in the *Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders* (DSM) in 1987.

The term "borderline personality disorder" was first used in the *Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders* (DSM) in 1987.

The term "borderline personality disorder" was first used in the *Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders* (DSM) in 1987.

The term "borderline personality disorder" was first used in the *Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders* (DSM) in 1987.

The term "borderline personality disorder" was first used in the *Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders* (DSM) in 1987.

The term "borderline personality disorder" was first used in the *Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders* (DSM) in 1987.

The term "borderline personality disorder" was first used in the *Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders* (DSM) in 1987.

The term "borderline personality disorder" was first used in the *Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders* (DSM) in 1987.

The term "borderline personality disorder" was first used in the *Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders* (DSM) in 1987.

The term "borderline personality disorder" was first used in the *Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders* (DSM) in 1987.

The term "borderline personality disorder" was first used in the *Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders* (DSM) in 1987.

The term "borderline personality disorder" was first used in the *Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders* (DSM) in 1987.

The term "borderline personality disorder" was first used in the *Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders* (DSM) in 1987.

The term "borderline personality disorder" was first used in the *Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders* (DSM) in 1987.

The term "borderline personality disorder" was first used in the *Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders* (DSM) in 1987.



## LA RESIGNACION PERFECTA.

---

**L**o que vamos á referir no es invencion nuestra : es una de esas verdaderas *fábulas ascéticas*, que brotan del corazon de ese eminente poeta que se llama *pueblo*, cuando el sentimiento religioso le inspira ; exacto regulador que marca al hombre de observacion , los grados de arraigo y de pureza de las creencias religiosas de quien así sabe sentir las y expresarlas. En todas las naciones cultas de Europa se estudian y se coleccionan hoy las tradiciones y cantos populares, como medio de conocer la índole de cada pueblo: este mismo estudio, apénas cultivado en España, ha probado sin embargo que era el nuestro un gran poeta religioso, á quien inspiraba su robusta fe bellísimas al par que profundas creaciones, que adornan sus creencias sin deslustrar en nada su pureza dogmática.

He aquí como nos fué referida esta fábula, por uno de esos poetas campesinos que no se llaman Títiros ni Melibeos, ni apacientan rebaños de blanquísimos corderos. Llamábase el tío Pellejo, y era de oficio *mochilero*, es decir, contrabandista al por menor, en toda aquella parte que se extiende desde Gibraltar hasta la serranía de Ronda.

## II

Hace muchos años que atravesamos esa parte de la pintoresca Andalucía baja, que no es la Andalucía que recorre el viajero arrastrado vertiginosamente por una locomotora, sin divisar otra cosa que peñascos primero, olivares despues, viñedos más tarde, salinas al fin, y el mar por último, que va á besar mansamente la roca en que cual una blanca gaviota se posa Cádiz. Esta parte de Andalucía que arranca de la sierra de Ronda y se extiende hasta las peñas de Gibraltar, es la Andalucía de las quebradas sierras cubiertas de verdes lentiscos; de las ricas tierras de labor; de los sombríos bosques de encinas festoneadas de yedra; de las dehesas sin término en que se crían las toradas salvajes; de los castillos morunos, que se arruinan cual obras perecederas del hombre, sobre peñascos inaccesibles que como inmutables obras de Dios á todo resisten. Accidentado conjunto en que alternan las bellezas de la naturaleza cultivada con la bravía majestad de las rocas, los bosques y los torrentes; y de cuya hermosura sólo puede formar idea el que la haya contemplado, como nosotros, repetidas veces, al paso de un caballo que sólo nuestra voluntad apresuraba ó detenía.

En una de estas excursiones á que nuestras aficiones de jóven nos llevaban, nos sirvió de guia el tío Pellejo. Caminábamos una noche de noviembre

con direccion á Algar, pueblo de la sierra, abrigándome yo cuanto podia entre los pliegues de una manta murciana dispuesta á la usanza de los campesinos andaluces, y sin otro abrigo el tio Pellejo que su *marselles* remendado, y el peso de sus setenta años.

— ¿Qué hora es, tio Pellejo? pregunté yo de repente, en la imposibilidad de consultar el reloj que llevaba.

El tio Pellejo miró detenidamente á las estrellas, y contestó sin vacilar:

— La una y cuarto.

— Me parece que el reloj de V. se ha parado, dije yo chanceándome.

— Pues no se duerme el Señor que le da cuerda, replicó gravemente el tio Pellejo.

— ¿Pero no ve V. que á las doce salimos de la venta del Mimbral, y que por lo ménos llevamos ya tres horas de camino?

— Cuarenta y ocho horas tiene el dia en que no se come, replicó el tio Pellejo. — Á las doce salimos, y ahora es la una y cuarto, sin que haya más dares ni tomares... ¿Ve V. allí las tres hermanas? prosiguió, señalando las tres estrellas del cinto de Orion; pues cuando se ponen en este tiempo encima de la peña de Tempul, apunta el reloj la una, ni minuto más ni minuto ménos. Media hora despues, caen la mitad de las lágrimas de la Virgen hácia la sierra de San Cristóbal... Véalas su mercé cómo ya van cayendo.

Y al decir esto, me mostraba con el dedo la vía láctea, que empezaba efectivamente á ocultarse tras de la sierra indicada.

— ¿Y por qué llama V. á esas estrellas, lágrimas de la Virgen? pregunté yo deseando saber el significado de esto.

— Pues por lo que al pan se le llama pan, y al vino, vino; contestó sencillamente el tío Pellejo. — Ese monton de estrellas está hecho de las lágrimas que derramó María Santísima cuando andaba por el mundo: los ángeles las recogian, y Dios las iba colocando en el cielo... Por eso son tantas y son tan hermosas!

Al oír explicar al tío Pellejo con más aplomo que Laplace la formacion de la famosa nebulosa, vinósenos á la memoria la fábula de la mitología griega, que inmortalizó el pincel de Rubens y ensalzan críticos y poetas.

¡Cuánto más hermosa y más poética nos pareció la version del tío Pellejo, que si bien no ha encontrado ningun Rubens que la pinte, ni ningun crítico que la ensalce, habrá conmovido sin duda más de un corazon, que se complace en ver en María, la madre de los pecadores y el consuelo de los afligidos!

Porque así nos sucedió á nosotros, preguntamos al viejo mochilero:

— ¿Quién le ha contado á V. eso, tío Pellejo?

— Pues si eso lo saben hasta los no nacidos... Es como el llorar, que todos lo saben y nadie lo

aprende... Á mí no me lo ha contado *naide*; pero mire V., Señorito, una vez me lo recordó mi mujer, que esté en gloria, casi en este mismo sitio; un poco más hácia la izquierda, allá, camino de Algeciras... ¡Jesucristo!... Doce años han pasado ya, y todavía tengo aquella voz en los oídos!... Yo tenía tres hijos: á los tres les tocó la suerte, y los tres fueron á la guerra del moro!... Chana (1) no tenía ya lágrimas que llorar, y ni le iba quedando cara en que *presinarse*... Yo disimulaba; pero tenía un *illo illo* en el cuerpo que no me dejaba sosegar, y me quedé con más sombra que una *jiguera negra*... ¡*Misté* yo, que cuando entraba en mi casa hasta el candil se alegraba!

Una tarde vi llegar al aperador del Cortijo de la Horca: me vió desde léjos con Chana, y por eso me dió un silbido... ¡Más triste me sonó que las trompetas de Semana Santa!... Fuí allá volando, y el corazón no me había engañado: su hijo había vuelto licenciado de África, y por él se supo que de los tres míos, había muerto el mayor en la toma de Sierra-Bullones; al segundo lo mató á traición un moro en una trinchera; y el tercero, Sebastian, un mozo tan gallardo que en la sombra se miraba, estaba en el hospital de Algeciras con el cólera morbo... Volví en busca de Chana, y le di la noticia... La mujer se encogió como si se viera venir encima el torreón de Tempul: los ojos

---

(1) Diminutivo de Sebastiana, popular en Andalucía.

se le desencajaron y se puso más blanca que un papel.

— Vamos á Algeciras , Cristóbal , me dijo.

Aparejé la burra , y tomamos el camino de San Roque , para coger luégo el atajo de Algeciras. La noche se nos vino encima poco más allá de Martelilla : Chana caminaba en la burra , *arrebujiáa* en un pañolon , rezando credos y salves. Yo iba detrás , echando sapos y culebras , y renegando de cuanto bicho viviente se menea... Yo no era malo : creia en Dios y en la Virgen Santísima , y en cuanto hay que creer en el mundo ; pero aquella pena me habia derramado toda la *jié* (hiel) por el cuerpo , y hasta la saliva de la boca me sabia amarga !... De repente tropezó la burra y tiró las alforjas... Me cegué !... me cegué como el toro cuando le pica la cuca , y sucedió lo que sucede cuando el rio se sale de madre ; que va creciendo , creciendo , y una lloviznilla es la que al fin le hace rebosar... Me cegué y eché una blasfemia.

Chana saltó de la burra como si hubiese oido la trompeta del juicio : se me puso delante más tiesa que un muerto en la sepultura , y me dijo :

— ¡ Calla esa lengua , Cristóbal !... ¡ Calla esa lengua ; que bien merece que Dios mate á tu último hijo !

— ¿ Y por qué hace Dios con nosotros esas tropeías ? grité yo más furioso.

— ¡ Porque somos pecadores ! contestó con una voz , que parecia un juez sentenciando á muerte...

Mira, añadió levantando la mano á esos puñados de estrellas; mira las lágrimas que costamos á María Santísima!... Cuéntalas, si puedes!... Ella las derramó, y nosotros pecamos!...

Yo no sé lo que me pasó entónces; pero el corazón se me salía por la boca, y me fuí quedando atrás, atrás por verme solo. Miraba yo esas benditas estrellas del cielo, y se me salían por los ojos lágrimas como garbanzos.

— ¡Virgen Santísima, que por mí lloraste, decía yo á voces; si no supe lo que dije!... Madre de pecadores, ampara á esta oveja perdida!... Madre de misericordia, cúbreme con tu manto!... Madre que perdiste un hijo, ten piedad de quien pierde tres de un golpe!...

Llegamos á Algeciras por la mañana, y nos fuimos derechos al hospital: preguntamos á un cabo por Sebastian Perez, y nos hizo entrar en la oficina del registro. Había allí un sargento, que buscó el nombre en un libro.

— Sebastian Perez, dijo; entró el 25 de mayo... Salió el 1.º de junio...

— ¿Y para dónde ha salido? preguntó Chana.

— Para el Campo-santo, con los piés por delante, respondió el sargento.

Sentí que Chana me clavaba las uñas en el brazo, y que temblaba como si tuviese frío de cuartanas.

— Vamos al Campo-santo, dijo.

Y fuimos al Campo-santo; pero lo habían ya

cerrado, y el conserje no nos quiso abrir. Chana se sentó en el umbral, y por una rendijilla de la puerta miraba allá dentro, dentro, por ver desde lejos la tierra que se comía á su hijo.

Teníamos diez reales, y Chana mandó decir una Misa á la Virgen de los Dolores. Yo me escurrí á la sacristía en busca de un Padre Cura, y me confesé miéntras tanto, llorando hilo á hilo. Á la vuelta caminamos siete horas, sin decir palabra.

Al oscurecer me faltó ya hasta el aliento, y me dejé caer junto á un pozo de abrevar ganado. Chana se apeó de la burra y se sentó á mi vera.

— ¿Qué haremos ahora, Chana? pregunté yo hablando el primero.

Chana levantó la cabeza.

— ¿Qué haremos? dijo. Lo que dice el Padre nuestro, Cristóbal... *Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo...*

Yo me eché á llorar como una criatura; porque aunque era hombre que con una mano paraba una yunta de bueyes, no tenia en el corazon el aguante de aquella santa mujer, que no era mujer de carne y hueso, sino un ángel del cielo.

— Cristóbal, me dijo con una voz que parecia cosa del otro mundo; habia un hombre, pobre como nosotros, que se llamaba Juan. Tenia mujer é hija, y labraba un hacecillo de tierra para mantenerlas. La langosta devastaba entónces la campiña, y el infeliz Juan vió con terror que aquella plaga amenazaba su sembrado. Fuése derecho al Cristo

del Mimbral, y postrado ante la imágen, pidió auxilio al Señor, que hace madurar los trigos del campo.

— ¡ Señor! decia alzando sus cruzadas manos. Conserva mi cosecha, y la miseria huirá de mi hogar! Preserva mis mieses, y el pan no faltará en la casa de tu siervo!

El Señor no escuchó sin embargo las súplicas de Juan, y tras de la cosecha perdida, llamó á su puerta la miseria.

— ¡ Cómo ha de ser! dijo entónces á su esposa. El Señor nos ha conservado salud y brazos... Él bendecirá nuestro trabajo.

Pero de allí á poco cayó su mujer enferma, y vióse en breve á las puertas de la muerte. Juan corrió de nuevo á pedir al Señor, que da y quita la vida, salud para su esposa.

— ¡ Señor, decia, postrado ante la imágen; salva su vida!... No dejes á mi hija sin madre!... Devuélvele la salud, rayo de sol que ilumina los escasos goces del pobre!

Pero tampoco esta vez escuchó el Señor sus plegarias, y la mujer de Juan murió á los tres dias, dejando solo á su marido y huérfana á su hija.

— ¡ Cómo ha de ser! se dijo Juan entónces. El Señor me ha quitado á mi mujer; pero me ha dejado á mi hija.

De allí á poco se declaró en la niña la misma enfermedad de la madre, y Juan corrió más angustiado que nunca ante el devoto Cristo.

— ¡ Señor ! decía , apoyando su frente en la reja ; salva á mi hija !... Anciano soy y desvalido... Qué haré yo solo , como árbol sin rama y sin fruto ?...

Juan volvió á su casa esperanzado : acercóse á la cama de su hija y la vió inmóvil ; palpó su frente y la encontró yerta ; tocó su corazón y ya no latía... Pidió entónces de limosna una mortaja blanca : hizo un ataúd con las tablas de su propio lecho , y le dió él mismo sepultura á los piés de su madre.

— Perdí mi cosecha !... Perdí mi mujer !... Perdí mi hija !... pensaba Juan volviendo á su hogar solitario. El Señor no quiere que le pida nada... Nada le pediré !...

Y diariamente seguia yendo á la capilla , se arrodillaba humilde ante el Cristo , cruzaba paciente las manos , bajaba sumiso la cabeza , y ya no pidió jamas , ya no suplicó nunca. Sólo decía aquel modelo de cristianos :

— ¡ Señor , aquí está Juan !...

Murió Juan al cabo , y su buena alma llegó á las puertas del cielo : allí se arrodilló para rezar por vez postrera su oracion cotidiana.

— ¡ Señor , aquí está Juan ! dijo.

Y las puertas del cielo se abrieron ante él de par en par...

El tío Pellejo al acabar su relacion , guardó silencio. La oscuridad nos impedia ver si lloraba.

— ¿ Y qué ha sido de Chana ? le pregunté al fin , por apartarle de aquellos tristes recuerdos.

— Á Chana le pasó lo que al caballo viejo; que no resiste tres dias de verde, me contestó. Desde entónces hincó la cabeza en tierra, y no la volvió á levantar nunca. Corazon le sobraba; pero el cuerpo se le iba solo á la sepultura, y tres meses despues estaba en la eternidad con sus tres hijos. Yo me quedé solo, Señorito; solo!... Solo y sin más hato que el de la botella; el tapon y la guita... Dejé el contrabando, porque dicen que de contrabandista á ladron no hay más que un paso, y no deja de ser verdad. Trabajo cuando hay en qué, y cuando no hay, nunca me niegan un pedazo de pan por estos cortijos. Acompaño á los Señores cuando vienen á tirar jabalíes, y siempre que paso por el Cristo del Mimbral, me asomo á la capilla y le digo:

— ¡ Señor, aquí está el tio Pellejo!... Setenta años tengo ya... Señor! no se os olvide...

### III

Este era el antiguo pobre de España. La historia de Juan es, como ántes dijimos, una bellissima *fábula ascética*, que prueba el grado tan perfecto en que concebía su autor, que es ese mismo pobre de España, la difícil virtud de la resignacion. El ejemplo de Chana y el tio Pellejo, que es un hecho verdadero, prueba por su parte con cuánta fidelidad practicaba lo que con tan subida perfeccion sentía.

Hoy ha desaparecido todo esto: el mismo tío Pellejo era, en el tiempo en que le conocimos, un resto casi fósil de aquel antiguo pueblo español, que ha dejado de existir, para dar lugar al pueblo del socialismo y de la *mano negra*...

¿Qué ha pasado por España, Dios mío?...

¿Qué viento asolador ha arrancado á este pobre pueblo su robusta fe y sus sencillas creencias, como arranca el huracan la poderosa vid que vivifica, y las suaves enredaderas que embellecen?... Es cierto que ha pasado una revolucion impía. Es cierto que han pasado los seides del socialismo arrancando del corazon del pobre, para sembrar el gérmen de la terrible rebelion, aquella alegre conformidad que dice sonriendo: *hágase tu voluntad*; aquella bendita falta de ambicion que sólo pide el *pan nuestro de cada dia*; aquel honrado amor al trabajo, que es el constante centinela de la virtud; aquella santa fe religiosa que todo lo abarca, que todo lo compendia, que todo lo consagra... que todo lo asegura!...

Pero también es cierto que á veces se combinan varias causas para producir un mismo efecto, y á ninguna de estas causas puede dejar de combatir el que trata no sólo de lamentar el mal, sino también de remediarlo. Por eso es necesario analizar si esa revolucion impía y esas doctrinas disolventes, encontraron al pobre *resignado*, amparado en brazos de su hermano el rico *caritativo*. Porque la *resignacion* del uno ha de apoyarse en la *caridad* del

otro, por ser ambas virtudes sagrados deberes impuestos por Dios, para mantener y dulcificar el orden admirable de su Providencia.

Y nótese bien estas palabras de un famoso autor contemporáneo: « Al perder el pobre la paciencia que le infundia la caridad, ha perdido la esperanza; y al perder la esperanza, es cuando ha sentido en toda su brutal plenitud el derecho de la fuerza. »

Por eso preguntamos nosotros: ¿ qué faltó primero en España?... ¿ la caridad del poderoso ó la resignacion del desvalido? . . . . .

Lector: si eres rico, haz esta pregunta á tu conciencia, y medita luégo la respuesta y el remedio, al pié de aquella imágen de Cristo que oia repetir en otros tiempos al humilde pobre de España:

— ¡ Señor, aquí está Juan!







## LA PRIMERA MISA.

---

**E**N Andalucía son muy frecuentes por el verano esas repentinas tormentas que duran en aquel alegre cielo lo que un gesto de cólera en el rostro de un niño; y lo mismo que pasado su arrebató deja ver éste entre sus lágrimas una sonrisa, sucede allí que llorando aún las nubes por un lado, aparece por el otro un alegre rayo de sol y un brillante arco iris.

Entónces dice el pueblo andaluz, que sabe todas estas cosas de muy buena tinta, que el diablo riñe con su suegra.

Una de estas tormentas, que no por ser cortas dejan de ser terribles, como lo es en la vida todo lo que saliendo de los límites de lo natural, entra en el dominio de lo apasionado, descargó en Z\*\* la noche del 15 de julio, víspera de la Virgen del Cármen, patrona del hospital del pueblo.

La lluvia había apagado las luminarias que ardían en la torre de la iglesia, y puesto lácias las banderas y gallardetes que la adornaban; pero no eran bastantes los esfuerzos de la tempestad para imponer silencio á las campanas de la torre, que

al mismo tiempo que la fiesta de la patrona, anunciaban para el siguiente día una primera Misa. Á intervalos dejaba de bramar el huracan como cansado, y cesaban los truenos al separarse las nubes, cual gladiadores que se apartan, recobran nuevas fuerzas, y de nuevo se acometen, se asen, se estrechan y se despedazan: oíanse entónces las campanas de la iglesia, que dominando al uno y despreciando á los otros, seguian perennes, como el que la verdad inspira y la razon le asiste, diciendo alegres á los vecinos: — ¡ Aleluya! ¡ Aleluya!...

En medio de los barrancos que las calles del barrio alto forman, es donde se encuentra el hospital del Cármen. Como si desdeñase grandezas vuelve la espalda á un castillo que fué morada de Grandes de España, y abre en una plaza, que forman humildes casas de pobres, su gran puerta coronada por este profundo letrero: *Abierto para la salud temporal de los pobres y para la salud eterna de los ricos.* Pegada á sus muros, como el nido de una golondrina, se encuentra una pequeña casa que la cal blanquea, perfuma una mata de resedá pendiente del tejado, y santifica una rama de laurel bendito, prendida en el balcon con dos lazos azules.

Allí vivía D. Blas, el capellan, con su hermana Mariquita y Pepito su sobrino.

En la noche á que nos referimos brillaba la humilde casa de limpia, y notábase en ella ese órden, ese primor con que una persona amante prepara

todo cuanto ha de servir y agradar á otra persona amada á quien espera. Esperábase en efecto á Pepito, el sobrino querido que habia crecido á la sombra de aquellos dos ancianos, como crece un alegre rosal á la sombra de dos graves cipreses; el huérfano abandonado, á quien la caridad de sus tios habia recogido niño inocente, formado jóven intachable, y hecho al fin sacerdote modelo. Pepito, como le llamaban ambos ancianos, acababa de recibir en Cádiz las sagradas órdenes, y venia á celebrar su primera Misa, en la iglesia del Cármen de que era capellan su tio.

Era éste un pobre exclaustado de la órden de San Francisco, hombre sencillo, de esos á quienes el mundo llama *almas de Dios* con cierta mezcla de compasion y desprecio, y que son, en efecto, almas purísimas que Dios acepta por suyas. Treinta años hacia que desempeñaba su modesto y difícil cargo, con ese celo hijo de la caridad, con esa constancia, complemento de toda virtud, con esa callada abnegacion que tan pocos comprenden, y que es el rasgo más característico del sabio, del santo, del mártir y calumniado clero español.

No era sin embargo D. Blas hombre de muchas letras: jamas habia entendido más latin que el de su misal, ni más rezos que los de su órden; pero ¡qué paz la de su alma! ¡qué tranquilidad la de su conciencia! ¡qué igualdad la de su carácter, que nada alteraba! ¡qué bienestar el de su corazon, que como el de su Padre San Francisco, á quien

invocaba á todas horas, ardía en esas llamas de caridad inmensa, que no encuentra pena sin consuelo, ni desgracia sin remedio, y que cual el pelícano, es capaz de abrirse el pecho y dar su propia sangre, cuando ya nada tiene que dar!

¡Qué sublime y qué al alcance de todos era la filosofía de aquel pobre anciano, que sólo supo amar á Dios y al prójimo, y sintetizar la Religión cuyo ministro era, invocando á Dios con estas dos solas palabras: *Padre nuestro!*

Y si bien habia muchos que se reían del pobre exclaustro, nadie habia que no le amase y le respetase; porque poseia esa *humilde superioridad* de la virtud, que se persuade y suavemente se filtra en la opinion sin ajar á ninguno, y no la altiva superioridad del talento, que se impone con orgullo, y al humillar á los otros hace nacer la envidia.

D. Blas habia vivido varios años solo; pero un dia vió entrar por sus puertas á una pobre mujer que traía en brazos un niño de pocos años, cuya preciosa carita sonreía engarzada en su gorrito de luto, como sonrie la inocencia á la desgracia que desconoce. Aquella mujer era D.<sup>a</sup> Mariquita, la hermana del capellan, y aquel niño era hijo de otra hermana menor de ambos, que acababa de morir, y cuyo marido habia desaparecido. Don Blas abrió sus brazos, su corazon y su exigua bolsa á la hermana y al huérfano que le pedían amparo, y á la sombra de su pobre sotana comenzaron á deslizarse aquellas dos existencias; con la suave

tranquilidad de la tarde que declina, la de la hermana; con la bulliciosa alegría de la aurora que amanece, la del niño.

Habia sin embargo en aquella pobre morada un extraño misterio que paralizaba á veces la risa continua de D. Blas, y hacia enmudecer á intervalos los regaños continuos de D.<sup>a</sup> Mariquita. Una mañana habia recibido ésta una carta de Ceuta, dirigida á su antiguo domicilio, cuyo sobre atestiguaba con diversos sellos los muchos parajes que habia recorrido, hasta llegar á su destino: encerráronse ambos hermanos para leerla en el despacho del capellan, y permanecieron allí tres horas cumplidas. D. Blas salió pálido, y no rió por más de ocho días; D.<sup>a</sup> Mariquita tenia los ojos rojos é hinchados, y cesó de regañar durante toda aquella semana.

Desde entónces preparaba D.<sup>a</sup> Mariquita todos los años, cuando se acercaba la Pascua florida, algunas ropas de hombre, de tela grosera; rompía una alcancía en que habia ido reuniendo á costa de mil privaciones algunos ahorros; compraba varios atados de cigarrillos del estanco, y lo colocaba todo en un paquete que entregaba á su hermano; éste subia entónces en una calesa, y tomaba la carretera de Cádiz, durando siempre su ausencia de seis á ocho dias. Nadie supo sin embargo nunca adonde iba, ni cuál era el objeto de su viaje.

— ¿Pero adónde va el tío? preguntaba Pepito á D.<sup>a</sup> Mariquita con su curiosidad natural de niño.

Ésta le miraba entónces con una expresion indecible de amor y de ternura , y respondia con su natural acritud :

— ¡Á contar los frailes , que dicen que falta uno !...

Una vez hizo Pepito la misma pregunta á su tio : fijó éste en el niño una mirada en que se hermanaban el horror , la angustia y la ternura , y le respondió al fin con una severidad en él inusitada :

— *El niño curioso y necio ,  
Causa fastidio y desprecio.*

Pepito se agarró asustado á las enaguas de su tia , y jamas volvió á preguntar nada acerca de aquel viaje misterioso.

D.<sup>a</sup> Mariquita esperaba siempre ansiosa la vuelta de su hermano ; salia á recibirle á la puerta misma de la calle , y le interrogaba con la vista.

— ¡ Nada ! ¡ nada ! respondia D. Blas desalentado : ¡ más duro que una roca !... ¡ más entero que los muros de Ceuta !...

D.<sup>a</sup> Mariquita se echaba á llorar , y ambos hermanos permanecian por algunos dias sin reir el uno y sin regañar la otra.

Poco á poco el pobre huérfano fué haciéndose hombre sin dejar de ser ángel , y obtuvo en el seminario de Cádiz una beca de gracia por intercesion de su tio. Allí dió muestras de un talento poco comun , de una aplicacion extraordinaria , y de una ejemplar conducta.

Celebróse en cierta ocasion en el seminario un acto público por mandato del Sr. Obispo, y Pepito fué el seminarista designado para defender unas tesis de *Trinitate*. El júbilo de D. Blas no reconocia límites, y comenzó sin pérdida de tiempo á hacer sus preparativos de viaje.

— ¿ Pero cómo va V. á ir? decia apurada doña Mariquita, que no obstante su avanzada edad, hablabla siempre de V. á su hermano, por respeto al sacerdocio. Ni un real hay en casa para pagar la calesa...

D. Blas soltó una de sus alegres risotadas, y exclamó:

— ¿ Pues cómo ha de ir un pobre mendicante, sino en el caballo de su Padre San Francisco, que no necesita ni pienso ni albarda?...

— ¡ A pié! exclamó D.<sup>a</sup> Mariquita. ¡ A pié cuatro leguas, y con setenta años á cuestas!...

— ¡ Cuatro leguas!... Cuatro millones de ellas andaria yo de rodillas, por oir á ese hijo de mi alma, que ha de ser otro Tomas de Aquino... Mariquita! añadió solemnemente, agitando en una mano su descomunal sombrero de teja, y en la otra un cepillo con que en vano habia intentado alisar los pelos que no tenia; acuérdate de lo que te digo!... Yo no lo conoceré, porque el campo-santo me está llamando para abonar la cosecha de malvas; pero tú eres jóven ( Mariquita contaba á la sazón sesenta y cinco años ), y podrás verlo... Ese niño se ha de calar una mitra!...

— En la alcancía debe de haber lo ménos veinte reales, observó tímidamente D.<sup>a</sup> Mariquita.

El rostro del capellan se nubló repentinamente, y volvió la espalda murmurando :

— ¡ Calla , hija , calla por Dios !... ese dinero es sagrado.

Ni por la cátedra de San Pedro hubiera cambiado D. Blas la silla con que le brindó el Rector del seminario, en el mismo estrado que ocupaba el Sr. Obispo. Lloraba unas veces, reía otras, y sobre el fondo de sencillez que retrataba siempre su bondadosa cara, pasaban cuantas emociones pueden agitar un corazón amante, mientras se volvía para todas partes lleno de satisfacción, como si dijese á la concurrencia entera :

— ¿ Pero no han caído ustedes en la cuenta de que yo soy el tío de ese sobrino ?...

Al terminar el acto rodearon todos al seminarista, para darle la enhorabuena: el mismo señor Obispo le dirigió halagüeñas palabras, y le entregó por su propia mano un hermoso ejemplar de la Suma de Santo Tomas de Aquino. D. Blas se abrió calle entre la multitud, á fuerza de codazos.

— ¡ Paso, señores, paso, que es mi sobrino ! decia.

— ¡ Hijo, hijo mio ! exclamó al fin, abalanzándose al cuello del seminarista... ¡ Y la pobre Mariquita que no te ha oido !... ¡ pero deja, deja que yo le cuente !...

Y al decir esto el buen anciano, lloraba como un chico ; pero poniéndose de repente serio, porque

cruzó por su mente la idea de que aquel triunfo podría quizá engreír al humilde jóven, añadió poniendo una mano en la cabeza de éste, y otra en la suya propia :

— ¡ Muy bien, Pepito... has hablado como un libro !... Pero ten presente, hijo mio, que lo mismo á esa cabeza que á esta calabaza, se las ha de comer la tierra !...

Y luégo se echó á llorar, y despues se echó á reír, y de nuevo volvió á abrazar á su sobrino.

D. Blas regresó al pueblo en una calesa que le forzó á aceptar el Rector del seminario, llevando dos ejemplares impresos de las tésis latinas que su sobrino habia defendido. Por el camino se las leyó al calesero, que, como era natural, se quedó en ayunas.

No bien llegó á su casa entregó á D.<sup>a</sup> Mariquita un ejemplar de las tésis, y guardó el otro para ponerlo en un marco en el testero de su despacho.

— Si aquello no es para contado, Mariquita, sino para visto ! decia miéntras despachaba una cazuela de ajo molinero, en que consistia toda su cena. ¡ Válgame mi Padre San Francisco, y qué chavalito ese, que apénas tiene veinte años y se mete ya debajo del brazo á Escoto y á Suarez y á Santo Tomas de Aquino !... Vamos, si á ese niño era menester engarzarlo en plata, y guardarlo en un relicario !... ¡ qué desparpajo, qué respuestas, y qué latin, Mariquita, qué latin !... ¡ Si yo mismo no lo entendia !...

— ¡ Si no hay otro ! decía D.<sup>a</sup> Mariquita, llorando á lágrima viva. ¡ Si cuando lo crió su Divina Majestad rompió el molde, porque no lo hubiera igual en toda la tierra !

— Allí estaba todo el señorío de Cádiz, quitándose de las manos, lo mismo que una reliquia, y el pobrecito mio, humilde como mi Padre San Francisco, sin levantar los ojos del suelo !... Es un ángel, Mariquita !

— ¡ Un santo, Blas !

— ¡ Pues no ; que cuando le ponian dificultades, ya sabia el mocito espantarse las moscas !... Habia allí un vejete cojo, listo como una pimienta, que todo se lo negaba...

— ¿ Que se lo negaba ? exclamó asombrada la vieja. ¡ Sería algun pícaro judío !...

— No, mujer, que era un canónigo...

— ¡ Pues sería envidia !

— No, mujer... si negaba como quien dice en broma, para ver si Pepito se tenia firme en los estribos.

— Pero siempre saldria ganando mi niño...

— ¡ Pues claro está ! ¿ Quién habia de tumbarlo en tierra con un sentido tan fino como el que tiene, y unas verdades tan de á puño como las que defendia ?... Mariquita, acuérdate de lo que te digo : en cuanto cante Misa el niño, me lo hacen cura párroco.

— ¡ Lo ménos canónigo ! dijo D.<sup>a</sup> Mariquita.

D. Blas soltó una de sus estrepitosas risotadas.

— Pues ya puedes empezar á coserle los capisayos, dijo; porque si á ese paso lo empujas, para Navidad es Obispo, para Semana Santa, Papa, y para Pascua le tienes hecho Padre Eterno.

Y asombrado el buen viejo de su chiste, comenzó á reir de nuevo.

— ¡Ay! ¡si su pobre madre levantara la cabeza! dijo tristemente Mariquita.

La alegría desapareció del rostro de D. Blas como un relámpago; alzó los ojos al techo suspirando ruidosamente, inclinó la cabeza, y cruzó las manos.

— ¡Pobre Ana de mi corazon! dijo; y rezó un Pater noster.

— Requiescat in pace, añadió al terminarlo.

— Amen, respondió D.<sup>a</sup> Mariquita, enjugándose las lágrimas con el pico de su delantal.

No bien se vió ésta en el cuchitril en que dormia, leyó de cabo á rabo, á la luz de un velon de Lucena, las seis tesis defendidas por su sobrino.

— Ni palabra entiendo, decia; pero ello bueno tiene que ser, porque es cosa de la Santísima Trinidad, y del Sr. Obispo, y lo ha compuesto Pepito...

Y la buena vieja se aprendió de memoria las seis tesis; y al terminar todas las noches el largo catálogo de sus oraciones, las recitaba devotamente, diciendo con esa bendita fe de los pobres de espíritu, á quienes promete Cristo el reino de los cielos:

— ¡ Por mi niño Pepito !... para que el Señor le dé salud y suerte , y me lo libre de pecado !...

## II

Pepito iba á llegar de un momento á otro , y esta alegría inmensa se reflejaba en los dos ancianos segun su distinto carácter. D. Blas lloraba y reía segun su costumbre , y se paseaba por la humilde pieza que le servia de despacho , repasando el sermón que habia de predicar en la Misa de su sobrino , é importunando á cada momento á D.<sup>a</sup> Mariquita con preguntas , hijas á veces de su alegría , á veces de su impaciencia , siempre de su constante buen humor y de su paz inalterable.

D.<sup>a</sup> Mariquita se agitaba en la cocina en medio de un arsenal de pucheros , sartenes y ollas de Medina , que contenian el festin de Baltasar que para el dia siguiente preparaba , y gruñía más que habia gruñido nunca , porque iban siempre sus regaños en razon directa de su actividad y alegría ; eran como una coraza de puas , con que ocultaba los hermosísimos sentimientos de su corazon delicado , sufrido y triste como lo es una pasionaria.

— ¡ Mariquita ! gritó por centésima vez el capellan desde su despacho.

— ¿ Mande V. ? contestó ésta desde la cocina.

— ¿ Á que con tanto pollo para mañana , no has preparado cena para Pepito esta noche ?

— ¿Á que le va á suceder á V. lo que al corregidor de Almagro? respondió D.<sup>a</sup> Mariquita en el mismo tono.

— ¿Pues qué le sucedió?...

— Que de puro meterse donde no le llamaban, se murió un dia de pena porque á su vecino se le quemó la olla.

D. Blas soltó una de sus risotadas.

— No fué por eso, hija; observó cachazudamente. Fué porque le salió el chaleco corto.

— Llámele V. hache, y no se meta en camison de once varas, que se le van á liar los piés.

— Bien, hija, bien; ya me callo... No te incomodes por Dios!... Yo lo decia al tanto de que el niño traerá hambre...

— ¡Pues que se roa un codo!

— ¡Ave María purísima, mujer!... que parece que te han despechado con leche de avispas.

— Y á V. con jarabe de métome en todo.

D. Blas calló derrotado como siempre, y D.<sup>a</sup> Mariquita prosiguió chamuscando los plumones de un pollo, que habia muerto consolado con la idea de encontrar sepultura eclesiástica en el estómago del misacantano.

— ¡Mariquita! volvió á llamar D. Blas más tímidamente.

— ¡Dale tijereta! refunfuñó ésta, que luchaba á brazo partido por sujetar las patas del pollo, que con una gracia digna de Terpsícore se empeñaban en bailar un bolero.

— Á Pepito le gustan mucho las patatas aconejadas...

— Y á mí más los conejos apatatados.

— Lo digo, porque como mañana tendrá que estar en ayunas hasta tan tarde... y eso se prepara pronto...

— ¡ Dale tijereta ! ¡ y qué cáncera le ha entrado con la cena del niño !... Descuide V., que no ha de soñar esta noche con las ánimas benditas...

— Bien, hija, bien; haz cuenta que no he dicho nada...

Á poco apareció D. Blas en la cocina, con los papeles del sermon en la mano.

— ¿ Sabes qué estoy pensando ? dijo. Que como el niño vendrá cansado, podias ponerle en la cama mi colchon de lana; que yo con el jergon tengo bastante.

— ¿ Sabe V. lo que á mí se me ocurre ? contestó D.<sup>a</sup> Mariquita impaciente. Que de tanto charlar se le va á caer á V. la campanilla esta noche, y nos quedaremos sin sermon mañana... Con que déjeme el alma quieta, que nadie le da vela en este entierro !...

D.<sup>a</sup> Mariquita se guardó muy bien de añadir, que el único colchon de su cama estaba ya puesto en la de Pepito, y que ella habia de dormir por lo tanto sobre las tablas peladas. El capellan se volvió con la cabeza gacha al despacho, murmurando:

— ¡ Y que le pusieran á esta niña Mariquita de la Paz, en vez de ponerle Mariquita de la Guerra !

— ¡Y que le pusieran á este hombre D. Blas, y no D. Posma! replicó la aludida, comenzando la difícil, intrincada y trascendental tarea de introducir el relleno en el caparazon del pollo. No habian pasado diez minutos, cuando D. Blas apareció de nuevo en la cocina.

— ¡Mariquita! dijo con voz temblorosa.

— ¿Á que me gasta el nombre esta noche? exclamó ésta más impaciente que nunca.

— Mariquita, ¡óyeme por Dios! continuó el capellan angustiado; que me acaba de dar una corazonada que sin duda viene del cielo... Dios y mi Padre San Francisco son los que me la mandan...

D.<sup>a</sup> Mariquita alzó la cabeza asustada, y al notar la agitacion de su hermano, se acercó con las manos llenas de relleno, las cejas enarcadas y la boca abierta.

— Ahora mismo, prosiguió D. Blas, estaba allí, delante del cuadro de mi Santo Padre, y se me ocurrió de repente, sin saber cómo, que si Pepito pidiese mañana en la Misa, lo que tú y yo pedimos en vano hace diez y ocho años, de seguro que el Señor lo concede... Sí; de seguro, porque jamas niega su Divina Majestad la gracia que el nuevo sacerdote le pide en su primera Misa... Y esto es cierto, cierto, cierto... El P. Guardian de mi convento fué quien me lo dijo...

— ¿Y quién tiene valor para dar al niño esa puñalada? exclamó con espanto D.<sup>a</sup> Mariquita.

— Le diré que ofrezca la Misa por mi intencion, que será esa misma, y con esto basta.

— ¿Y si sospecha algo?... ¡Por María Santísima, Blas!... eso sería asesinarle...

— ¡Dios me ayudará, mujer!... Mi Padre San Francisco me tendrá de su mano...

D.<sup>a</sup> Mariquita iba á replicar, pero el alegre sonido de los cascabeles de una calesa sonó en aquel momento, y los dos hermanos se precipitaron á la escalera exclamando:

— ¡Ahí está!... ¡hijo de mi alma!

Un sacerdote jóven subía ya apresuradamente, y recibió en sus brazos á los dos ancianos, estrechando contra su pecho aquellas cabezas blancas, sin que se oyese otra cosa que sollozos de júbilo. Don Blas se dejó caer al fin á los piés del recién venido.

— De rodillas, Mariquita, de rodillas, gritó... ¡Hijo, hijo mio, la bendicion... tu primera bendicion, para estos dos pobres viejos!...

Y las manos ungidas del nuevo sacerdote se levantaron por primera vez á los cielos, para atraer sobre aquellos dos ancianos venerables, la bendicion del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo.

Sacó entónces Pepito una cinta de seda blanca partida en dos pedazos, y cuidadosamente envuelta en un papel.

— Aquí tiene V. la cinta con que me ataron las manos en mi ordenacion, dijo entregándosela á D. Blas: la mitad para V., y la mitad para mi tia.

— ¡Dios te lo pague, hijo mio!... ¡Dios te lo pague! la guardaré miéntras viva, como una reliquia, y con ella me atarán las manos despues de muerto...

D.<sup>a</sup> Mariquita habia tomado su parte, y la bebaba llorando á lágrima viva sin decir palabra.

Dos horas despues salia D. Blas de la alcoba de su sobrino, y se dirigia de puntillas á la suya.

D.<sup>a</sup> Mariquita le esperaba en la puerta.

— ¿Qué ha dicho? le preguntó ansiosa.

— Que así lo hará.

— ¿Y nada sospecha?...

— ¡Nada!... El inocente está seguro de que sus padres han muerto... ¡Hijo de mi alma, paloma sin hiel, nacida de un lobo carnicero!... ¡El corazon se me partia al oirle, Mariquita!... ¡me dijo que era su idea aplicar la Misa por el descanso eterno de sus padres!... ¡Sus padres!... aquella santa recibiria ya en el cielo la palma del martirio!... ¡pero él... el verdugo... si resiste á la Misa de su hijo, cierta, cierta es su muerte impenitente!...

### III

Amaneci6 por fin el dia de la fiesta, tan despejado y magnífico, como si al huir la noche embozada en su manto negro, que tantos misterios, tantos temores y tantos crímenes oculta, arrebatase tambien bajo sus sombríos pliegues la tormenta de la víspera. Ent6nces atracó al muelle del pueblo un

falucho destrozado, procedente de Ceuta, que habia corrido el temporal y perdido el rumbo de Lisboa, que era su derrotero. La tripulacion saltó en tierra para visitar el primer santuario de la Virgen que encontrase: que este era el voto que habia hecho á la Santa Patrona de los navegantes, en aquellos momentos de terrible peligro en que se reanima la fe al calor de la esperanza. Un viejo caminaba entre los tripulantes, que no parecia como ellos hombre de mar: traia la cabeza vendada con un pañuelo encarnado, y puesta encima una montera de pellejo de conejo, que prestaba á su fisonomía torva un aspecto áun más repugnante. Vestia un chaqueton destrozado, y unos calzones de paño burdo con vivos amarillos, y notábasele al andar esa especie de cojera que marca, cual una terrible contraseña, á los desgraciados que por mucho tiempo han arrastrado un grillete. Parecia sumamente fatigado, y veíasele entre los cabellos desgredados y la barba cana, algunos cuajarones de sangre fresca.

La tripulacion, conducida por una turba de chiquillos que habian acudido á la novedad del espectáculo, llegó á la iglesia del Cármen, que era la más cercana al muelle. D. Blas descendia en aquel momento del púlpito, despues de haber predicado su sermon, interrumpido á cada instante por lágrimas y sollozos, que encontraron más de una vez eco en el numeroso auditorio que le escuchaba. Allí estaba D.<sup>a</sup> Mariquita, arrodillada en primera

fila, con aquel traje de paño de seda negra, que sólo salía el juéves santo, y aquella mantilla de blondas con fondo de raso ribeteado de terciopelo, que únicamente en aquel mismo día abandonaba el fondo del arca.

El celebrante habia vuelto al altar despues de entonado el Credo; asistíale su tio por un lado, y por el otro el Sr. Vicario. Todo habia desaparecido sin embargo ante la vista del nuevo sacerdote; veia aproximarse el momento en que Jesucristo iba á venir por primera vez á sus manos, y sentia una especie de santo pavor, semejante al que hace á los querubines velarse el rostro con sus alas. Inclino su frente sobre aquella ara de piedra que encerraba reliquias de mártires, que le enseñaban á dar la vida por la fe, y pidió luégo por la Iglesia, que es su depositaria, por el Papa, que es su jefe, y por el Rey, que debe ser su defensa. Juntó despues las manos, inclinó levemente la cabeza, y quedó inmóvil con los ojos cerrados: el nuevo sacerdote iba á pedir la gracia de su primera Misa... Habia llegado el momento de presentar ante el acatamiento divino aquella misteriosa peticion, objeto de las plegarias de los dos ancianos durante diez y ocho años: D. Blas bajó la cabeza, y cruzó las manos, y D.<sup>a</sup> Mariquita ocultó el rostro entre las suyas, reteniendo ambos hasta el aliento, como si temiesen detener el vuelo de aquella oracion de que tanto esperaban. El celebrante separó al fin sus manos, y prosiguió aquellas hermosas oraciones

con que la Iglesia parece extender con sus ruegos un manto de amor y de piedad sobre todos sus hijos vivos y muertos. Un confuso rumor sonó entónces por un momento á los piés de la iglesia: hallábanse arrodillados en aquel sitio los tripulantes del falucho náufrago, y el viejo del chaqueton pardo habia en aquel instante lanzado un gemido, llevándose las manos á la cabeza, y caído al suelo sin conocimiento. Cuatro de sus compañeros le levantaron instantáneamente, y guiados por algunos hombres del pueblo, le llevaron al hospital, sin que la mayor parte de los circunstantes parasen la atencion en aquel incidente.

Siguióse á la Misa el besamanos, y despues de la accion de gracias, las enhorabuenas, y dos horas más tarde se sentaba D. Blas á su modesta mesa, teniendo á la derecha al Sr. Vicario, á la izquierda á su sobrino, y en torno al administrador del hospital y á otros tres eclesiásticos. Doña Mariquita, ayudada por una pobre viuda á quien socorria, preparaba en la cocina y presentaba ella misma en la mesa, aquella larga serie de platos en que habia agotado todo su saber culinario, y todos sus escasos ahorros. D. Blas, alegre, chancero y hablador como nunca, mantenía el buen humor entre sus convidados, y no creía hacer bien los honores de su mesa, si no propinaba á cada uno de ellos una indigestion segura, con sus importunas instancias á que de todos los platos repitiesen. Habia llegado la hora de los postres, y

D.<sup>a</sup> Mariquita colocó en el centro de la mesa, con un aire de satisfacción indescriptible, el regalo que la Superiora del hospital había hecho al misacantano. Era un blanquísimo cordero, casi de tamaño natural, hecho de pastas de almendras, tendido en una bandeja, y recostando la cabeza en un peñasquito de piñonates; tenía las pezuñas, los ojos, el hocico y la punta del rabo teñidos de chocolate, y encerraba en sus dulces intestinos multitud de frutas de almíbar; con las patitas delanteras sostenía un cáliz de caramelo, en cuya copa se levantaba entre nubes de merengue una hostia de azúcar, sobresaliendo por encima una banderita de raso encarnado, en que se leían estas palabras bordadas con lentejuelas: *Ecce agnus Dei: ecce qui tollit peccata mundi.*

Todos celebraron con alegres risas la alegoría de la Superiora; el Sr. Vicario desclavó la banderita para entregarla al misacantano, y propuso un brindis en honor de la buena religiosa.

De repente entró apresuradamente un hombre en busca del capellan: era un mozo del hospital, que venía á avisarle que un pobre moribundo pedía confesarse. D. Blas se levantó dejando su copa á medio beber, con esa prisa, con ese santo anhelo con que el buen sacerdote deja cuanto á él pertenece, para correr tras de un alma que pertenece á Cristo. Detúvole sin embargo su sobrino.

—Deje V. que yo vaya, tío, le dijo. El señor Obispo me dió ya las licencias y puedo confesarle...

Deje V. que le empiece á pagar hoy mismo tanto como le debo...

D. Blas pareció titubear un momento ; instóle á su vez el Sr. Vicario , y el buen anciano volvió á sentarse , exclamando con un acento que trajo lágrimas á los ojos de todos los circunstantes :

— ¡ Ve, hijo mio!... Ve, y aprende desde luego á ser esclavo de las almas que redimió Jesucristo...

El jóven sacerdote llegó al hospital por un pasillo que ponía á éste en comunicacion con la casa del capellan. Tendido en un jergon estaba en un aposento bajo, el viejo que se habia desmayado en la iglesia ; tenia una tremenda herida en la cabeza, causada por el golpe de una verga rota que le habia caido durante el temporal, dejándole clavada una astilla ; el nuevo golpe que recibió al caer en el templo desmayado de fatiga , se la habia introducido hasta los sesos , y al extraérsela el médico en el hospital , declaró que, recobrase ó no el conocimiento , le quedaban pocas horas de vida. Habia al fin vuelto en sí el herido , y sus primeras palabras fueron para pedir un confesor.

El jóven sacerdote se detuvo un poco, sobrecogido ante aquel horrible espectáculo , y un estremecimiento nervioso recorrió todo su cuerpo. Jamas habia visto el tímido jóven correr la sangre ; jamas habia sondeado tampoco los repliegues de una conciencia , y por primera vez en su vida veia una herida de muerte que brotaba sangre fresca , y veia al mismo tiempo asomar por aquellos ojos sombríos

esas otras heridas del alma que encanera el remordimiento. El herido fijaba angustiosas miradas en la puerta, y no bien apareció en ella el sacerdote, murmuró con una voz bronca y entrecortada, que el estertor de la muerte comenzaba á hacer fatigosa, y que la angustia del pecado hacia aterradora:

— ¡Padre cura!... ¡Mis pecados son inmensos!

— ¡Infinita es la misericordia de Dios, hermano mio! exclamó el jóven con un acento que le salió del alma.

De los ojos del moribundo comenzaron á brotar lágrimas sin cuento, y sus manos desfallecidas intentaron en vano levantarse para golpear su pecho. El sacerdote se inclinó hácia él diciendo palabras de consuelo, y pasándole el brazo por la espalda, le incorporó con cuidado: cayó entónces pesadamente aquella cabeza desgñada y sangrienta, que parecia escapada de un patíbulo, sobre el inocente pecho del sacerdote, templo vivo de Cristo. Una hora duró aquella confesion, que entrecortaban de continuo los sollozos, que hacia á veces ininteligible el estertor de la agonía, y cuyo valor aseguraban siempre las lágrimas ardientes del arrepentimiento. El sacerdote levantó al fin su mano derecha, sin dejar de sostener al herido con la izquierda, y pronunció por primera vez la santa fórmula de la absolucion, que borra los pecados del alma. El moribundo dió entónces un gemido de bienestar, y permaneció inmóvil por algunos minutos; agitóse al fin bruscamente, murmuró algunas

palabras ininteligibles, abrió de un modo horrible los ojos y también la boca, y dando una violenta sacudida, inclinó la cabeza hácia adelante, dejando en la sotana y en el blanco alzacuello del sacerdote, una roja mancha de sangre.

El jóven conoció que habia espirado, y le dejó caer suavemente en su triste lecho; cerró luego aquellos ojos, que ya no veían, y arrodillándose á la cabecera, oró largo rato. Levantóse al fin y se dirigió á la puerta; pero volviendo atras por un movimiento instintivo de su corazón que no supo explicarse, cruzó sobre el pecho del cadáver sus manos sucias y callosas, besándolas ántes.

Cuando salió era ya de noche, y una Hermana de la Caridad le esperaba á la puerta.

— ¿Y el herido? le preguntó.

— Ha muerto... como un santo, contestó el sacerdote.

— ¡Bendito sea Dios! dijo la Hermana; y entregándole un papel doblado, añadió: Haga usted el favor de dar ese papel á D. Blas... Es el pasaporte de ese infeliz, único documento que traía, y en él encontrará su nombre para apuntarlo en el Registro... Entró hoy á las once, y lo enterrarán esta noche misma.

El jóven guardó el papel sin mirarlo, y volvió á su casa profundamente conmovido, dirigiéndose al punto al despacho de su tío. Estaba éste sentado á la mesa, rezando los maitines del siguiente día, y por no incomodarle el sobrino, pues sabia

cuánto le desagradaba que le interrumpiesen en el rezo, le dió brevemente el recado de la Hermana, le añadió que el herido había muerto perfectamente contrito, y se marchó á su aposento dejando el papel sobre la mesa.

— Bien, hijo mio, bien, le dijo el anciano... Buenas primicias te ha concedido el Señor.

D. Blas prosiguió pausadamente su rezo, y cerró al concluirlo su enorme breviario forrado de cuero; tomó entónces de sobre la mesa un cuaderno en que por ser el hospital pequeño y no muy frecuentado llevaba él mismo el Registro, y lo abrió para apuntar el nombre del difunto. Entónces desplegó aquel papel mugriento en que había de encontrarlo, y lo arrimó á la luz del velon para leerlo.

— ¡Virgen Santísima! exclamó, dejándolo caer aterrado y llevándose ambas manos á la cabeza.

Largo rato permaneció inmóvil, con los ojos casi fuera de las órbitas, blancos los labios, y murmurando con voz tan queda que apenas se oía:

— ¡Madre de misericordia!... ¡Padre mio San Francisco!...

Volvió al fin á tomar aquel papel mugriento y casi roto ya por los dobleces, y leyó una y otra vez las cortas líneas que encerraba. Era un pasaporte comun, expedido á favor de *José Luis Lopez y García*, licenciado por indulto extraordinario del *presidio de Ceuta*.

D. Blas se levantó tambaleándose, y echó el cerrojo de la puerta; volvió de nuevo á sentarse, y

permaneció más de una hora sin movimiento, con la vista clavada en aquel nombre, que habia sacudido en un momento cuantas fibras podian vibrar en el corazon del anciano... Porque aquel José Luis Lopez, era el padre de Pepito; era el malvado que habia asesinado á su esposa, y huido con una mujer perdida, abandonando á su hijo; el criminal que preso al fin por la justicia, habia sido condenado á cadena perpétua en el presidio de Ceuta; el enemigo á quien el heróico sacerdote visitaba todos los años, para llevarle socorros materiales que el desvergonzado tahir aceptaba, y socorros espirituales que el criminal envejecido jamas quiso aceptar... Aquel era el pecador cuya conversion pedian incesantemente, hacia diez y ocho años, ambos ancianos; allí estaba el secreto que por salvar la honra de aquel niño inocente, habian ocultado en sus pechos cual un ascua ardiendo que les abrasaba, pero que nunca habian dejado escapar...

Y de repente veía el buen anciano que la mano de la Providencia desataba todos los cabos, y concedia todos los ruegos. Un indulto extraordinario abria al criminal las puertas de aquella prision que debia de ser su tumba; una borrasca le arrojaba en aquellas playas; una herida providencial le ponía á las puertas de la muerte, y un supremo golpe de la gracia le hacia depositar sus culpas en el seno de su propio hijo, y recibir la absolucion de sus mismas manos inmaculadas!

D. Blas se estremeció de piés á cabeza... Pero el hijo inocente no habia sospechado que aquel asesino á quien abria las puertas del cielo era su propio padre, y allí tenia él, ángel custodio de su honra, la única prueba del fatal secreto; allí estaba, en sus manos, y podia hacerla desaparecer para siempre y en un instante.

El anciano no vaciló: cerró violentamente el Registro del hospital sin apuntar el nombre del difunto, y lo colocó en su sitio.

— ¡ La gracia de su primera Misa ! ¡ La intercesion de mi Padre San Francisco ! murmuraba.

Tomó luégo el pasaporte, y lo quemó á la luz del velon, y de un soplo esparció despues las cenizas. Entónces abandonaron al débil anciano las fuerzas febriles que le habian sostenido, cayó al suelo de rodillas, y exclamó con voz apagada :

— *¡ Nunc dimittis servum tuum , Domine ! ...*

El alma del padre criminal se habia salvado, y la honra del hijo inocente estaba asegurada.

La gracia de la primera Misa habia sido concedida.





## EL VIÉRNES DE DOLORES.

---

Consolatrix afflictorum.  
Ora pro nobis.

A cuaresma tocaba á su fin al mismo tiempo que la primavera comenzaba á anunciarse en Sevilla con sus dos heraldos obligados: el azahar de sus naranjos, y los innumerables extranjeros que á ella acuden en este tiempo delicioso. Los primeros la ciñen como la corona de una desposada; los segundos la invaden como una bandada de gorriones desocupados. Los primeros la perfuman; los segundos la calumnian con monstruosas relaciones de viajes por una España fantástica, que sólo existe en la necedad ó en la malicia de algunos de estos *touristes* de ambos sexos.

La cuaresma tocaba á su fin, decíamos, y las numerosas cofradías existentes en Sevilla celebraban en honor de sus respectivas imágenes esos septenarios y novenas cuyo esplendor y magnificencia han conquistado el nombre de católica por excelencia, á la vieja sultana á quien puso el santo rey Fernando una cruz por encima de su turbante.

El día primero de abril habia comenzado el quinario del Santo Cristo de la Espiracion, y debia de terminar el viérnes mismo de Dolores. La

pequeña capilla, situada en la plaza del Museo, abría sus puertas de par en par á la multitud de fieles que acudían á postrarse ante la famosa imágen, que tan admirablemente representa la agonía del Salvador. Destacábase ésta en el retablo del fondo, sobre un rico cortinaje de terciopelo negro tachonado de estrellas. Sus manos extendidas ofrecían á todos amparo; sus ojos quebrados ya por la muerte, miraban todavía con misericordia; sus labios cárdenos habían ya pronunciado el *Consummatum est*, que abrió á los hombres las puertas del cielo, y parecían exhalar entónces aquel último suspiro, mezcla sublime de amor y de dolor, como lo fué la vida entera del Dios-Hombre. Al pié de la cruz estaba la imágen de María, la madre de los afligidos, ofreciendo como modelo á estos hijos predilectos suyos, aquel dolor tan sosegado que á todo dolor enfrena, tan sin consuelo que á todo dolor sobrepaja, tan inmenso como el mar, *velut mare*, en lo profundo, en lo amargo!...

Hallábanse enfilados por debajo del presbiterio doce gruesos cirios, colocados en pedestales de plata; al pié de cada uno velaba de rodillas un devoto del Santísimo Sacramento. Era uno de éstos un anciano más que sexagenario: notábase en toda su persona esa especie de inercia física y moral que se apodera del hombre en los grandes dolores. Su frente se apoyaba en el cirio como si la doblégase el peso de un pensamiento; sus brazos caían á lo largo del cuerpo; sus ojos no se abrían; de sus

labios se escapaban á largos intervalos palabras entrecortadas, que parecian pedir algo con esa convulsa energía que inspira al dolor la fe acrisolada; con esa agonía terrible del alma cuyo único paliativo en la tierra es el llanto. Y sin embargo ¡sus ojos permanecian secos como un manantial agotado; su cuerpo inmóvil, como una pena clavada en el alma sin esperanza y sin remedio!

El quinario tocaba á su fin, y el coro entonó la letanía de la Virgen. El anciano pareció entonces salir de su letargo; fijó los ojos en la imágen de María, y cruzó las manos sobre el pecho: ¡*Ora pro nobis!* repetia con el pueblo. Poco á poco comenzaron á deslizarse por sus mejillas lágrimas que le consolaban, y de su pecho se escaparon algunos sollozos que daban salida á su angustia. El coro entonó al fin el *Consolatrix afflictorum*, y un llanto abundante brotó entonces de los ojos del anciano, mientras extendia los brazos hácia el altar exclamando en voz tan alta que todos la oyeron: ¡*Ora pro nobis!*... ¡*Ora pro nobis!*...

Algunas personas volvieron el rostro sorprendidas; nadie se movió sin embargo. Sólo una señora anciana, que se hallaba sentada tras él, se levantó como obedeciendo á un movimiento instintivo, y luego volvió á sentarse en su pequeño banquito de tijera. Al terminar el quinario ya habia anochecido; la señora se dirigió á la puerta y á poco salió tambien el anciano. La señora dió dos pasos hácia él, como titubeando, y se detuvo al fin,

contenida por ese sentimiento de delicadeza propio de las almas elevadas, que al compadecer y consolar el dolor empiezan por respetarlo. Por otra parte, nada revelaba en aquel anciano ninguna de esas necesidades apremiantes que puede remediar un pronto socorro. Era su traje de luto, y aunque raído, aseado y decente; su porte y sus modales, los de una persona de la clase media.

La señora, no obstante su agilidad, parecía de edad muy avanzada. Era delgada y de pequeña estatura; una de esas graves, modestas y al mismo tiempo airosas mantillas españolas, que el capricho de nuestras damas va sustituyendo con el descarado sombrero extranjero, cubria sus cabellos blancos; alisábanse éstos sencillamente, formándole en ambas sienes dos de esos pequeños ricitos que con el nombre de *nenes* introdujo la moda en los tiempos de las peinetas de teja y los trajes de medio paso. Nada brillaba en su vestido negro y súmamente modesto; sólo se veía en su mano izquierda un rico anillo, en que, bajo una corona real, se hallaba esculpido el famoso «No me ha dejado» que en premio de su lealtad añadió D. Alonso el Sabio al blason de su fiel ciudad de Sevilla. (1)

---

(1) El rey D. Alonso el Sabio en recuerdo de la fidelidad que le guardó Sevilla cuando el levantamiento de don Sancho el Bravo, añadió á las armas de esta insigne ciudad la empresa de una madeja anudada con el lema *NODO*, en esta forma: *NO 8 DO*. Esto es, *no madejado*, ó sea *no me ha dejado*.

Pendiente del brazo izquierdo llevaba uno de esos banquitos de tijera que para sentarse en las iglesias usan las señoras; colgábale del derecho un bolsito de tafetan negro, semejante á los que veinte años atras usaban las elegantes con el bien aplicado nombre de *ridículos*.

El anciano se dirigió lentamente hácia la calle de las Armas, agobiado por el peso de su dolor; la señora permaneció inmóvil viéndole ir, como si luchase entre la caridad, que la impulsaba á interrogarle, y la discrecion, que la detenia, temerosa de ofender con alguna pregunta indiscreta aquella inmensa pena desconocida.

Á la tarde siguiente ambos ancianos se encontraron tambien en el quinario del Santo Cristo; mudo él é inmóvil como la víspera, pero aún más abatido: su dolor tenia veinticuatro horas más de peso!...

Escapábansele á veces aquellas palabras entrecortadas, que cual las rachas de una borrasca llegaban á oídos de la anciana, sin que pudiese descifrarlas, pero haciéndole sentir toda su amargura, porque eran sin duda aquellos brotes de dolor alguna angustiosa súplica una y otra vez repetida; súplica que ella sin conocerla hacia propia en el fondo del alma, fortalecia con su oracion, y ayudaba con sus lágrimas. Porque la caridad jamas es impotente; siempre puede orar con el que ora; siempre puede llorar con el que derrama lágrimas.

Al terminar el quinario, la señora salió decididamente, y se detuvo á la puerta. Á poco apareció el anciano; una niña de doce años, modestamente vestida de luto, se le acercó entónces.

—¿Vamos á casa de D. Tomas, abuelito? preguntó al anciano.

—No, hija mia, respondió éste con profundo abatimiento. Vamos á casa... No puedo más... Vamos á casa.

Y apoyándose en el hombro de la niña se dirigió como la víspera hácia la calle de las Armas. La señora los siguió de léjos.

Era ya la hora en que los templos se cierran, se abren los teatros, y se iluminan los cafés: el mal extiende entónces del todo sus pérfidas redes; el bien parece replegarse gimiendo. Poblaban los alrededores de la Campana y la salida de la calle de las Sierpes, esos innumerables grupos de gente ociosa, que mirando desvanecerse el humo de un cigarro, ó entretenidos en conversacion inútil y acaso pecaminosa, dejan correr ese tiempo precioso que llaman los ingleses *dinero perdido*, y que es á los ojos del cristiano que mira más léjos, gracia de Dios desperdiciada. Notábase en aquel paraje ese bullicio, ese movimiento propio de esta hora en los centros de las grandes capitales: cruzábanse por todas partes hombres y mujeres, unos en busca de negocios inciertos, otros de placeres lejanos, muchos de vicios refinados, pocos — ¡quizá ninguno! — en busca del Dios que se llama á sí

mismo Padre comun de todos. Nadie reparaba sin embargo en aquel triste grupo que caminaba solitario en medio de la multitud, guiando el anciano á la niña como guía la experiencia á la inocencia; sosteniendo la niña al anciano como sostiene la juventud á la vejez cansada. Nadie reparaba tampoco en aquella otra anciana, que los seguía fatigosamente, sin más móvil que la caridad, sin más esperanza que la de enjugar una lágrima. ¡ Sólo el Ángel de la Guarda iba contando sus pasos !

Poco á poco fueron dejando atrás aquel bullicio, y atravesando calles casi desiertas, llegaron al fin al lejano barrio de la Feria. Detuviéronse ante una modesta casa situada al final de la calle Z\*\*, y entrando ambos en ella, cerró el anciano por dentro la puerta del zaguán, que daba á la calle. La señora examinó detenidamente la fachada de la casa, y apuntó casi á tientas en una carterita el número de ella : era el 69. Luégo volvió á desandar lo andado, y caminando penosamente llegó al fin á la plaza del Triunfo. Destacábanse en el fondo los almenados muros del alcázar, joya morisca sin más rival en el mundo que la Alhambra de Granada. La señora se dirigió á la puerta llamada de Banderas, y entró, como en casa propia, en la histórica morada de los Reyes de Castilla.

El reloj de la Catedral daba entónces las once, y en todo aquel trayecto había recorrido cerca de una legua aquella débil anciana, que contaba á la sazón más de ochenta años !

## II

La antecámara del Sr. Gobernador se hallaba poblada de un sin número de esos pretendientes de ambos sexos, cuyo lado ridículo han descrito tantas veces esas plumas satíricas que dejan caer sobre un dolor un chiste, como podrían colocar una careta de carnaval sobre el rostro de un cadáver. La ligereza volteriana de nuestra época pasa riéndose ante esos tipos de viudas de coroneles no siempre problemáticos; de hijas de intendentes desconocidos, que acaso fueron más honrados que los que todo el mundo conoce; de capitanes retirados, que quizá no llegaron á generales, por no volver contra su rey y contra su patria la espada mohosa que ciñen... ¡Ah! levantad esas caretas de carnaval ciertamente ridículas, y encontrareis dolores ocultos, miserias calladas, virtudes sin premio, quizá crímenes impunes... Entónces comprendereis el horror repugnante de esa sátira que cuelga de un corazón llagado los cascabeles de un arlequin; entónces se helará la risa en vuestros labios, y aprendereis á ser observadores más profundos, críticos ménos burlones, y cristianos más caritativos.

Las oficinas del Gobierno habian de cerrarse de allí á dos dias hasta despues de pasada la Semana Santa, y todos aquellos infelices se afanaban por ser los primeros en despachar sus pretensiones, temerosos de tener que suspenderlas hasta pasado

este tiempo. El Capitan General habia llegado dos horas ántes á conferenciar con el Gobernador, y aumentado con esto la impaciencia y el disgusto de todos los que esperaban. Un portero súmamente gordo y pequeño, vestido con una levita azul, galoneada de oro en las boca-mangas, los disponia en turno, contestando á sus reclamaciones con esa grosería que pinta tan al vivo cuán cierto es que la más insoportable de todas las tiranías es la de los subalternos.

Paseábase aquel Júpiter tonante con una gravedad cómica, disparando rayos á todas partes, cual cohetes los castillos de fuego, y leyendo un periódico, cuya lectura sólo interrumpia para dar una respuesta agria al que llegaba, ó hacer una observacion agresiva á cualquiera que cansado de esperar le dirigia la palabra.

Dos horas habian pasado desde la llegada del Capitan General, cuando apareció en la antecámara la anciana señora que dimos á conocer á nuestros lectores en el quinario del Santo Cristo.

— ¿El Sr. Gobernador? preguntó al portero.

— Ocupado, contestó éste sin levantar los ojos del periódico.

— Pásele V. esta tarjeta, dijo la señora sacando una de su inseparable bolsito.

— Ocupado con el Excelentísimooo señorrr Capitannn Generalll! tornó á decir el portero, recalando las palabras.

— No importa , persistió la anciana. Pásele usted esta tarjeta.

— ¿ Que no importa ? gritó el portero girando sobre los talones , sorprendido de tanta audacia. Y mirando de arriba á bajo á la modesta mortal que tal pretension abrigaba , continuó colérico : ¿ Se ha pensado V. que va á salir el Sr. Gobernador á llevarla en brazos á su despacho ?... Que no importa... ¡ Pues me gusta la salida... ! Siéntese en aquel rincon , y ya puede esperar un buen rato !

La señora , léjos de incomodarse , dejó ver en su rostro una ligera expresion de risueña curiosidad. Indudablemente debia de gustarle estudiar tipos , y el de aquel grotesco tiranuelo le habia hecho gracia.

— Pase V. esta tarjeta , repitió sin embargo con imperio.

— ¿ Pero está V. sorda ó hablo en griego ?

— Pase V. esta tarjeta al instante , ó...

Aquí bajó la señora de tal modo la voz , que sólo el portero pudo oír lo que dijo. Una mujer aseguraba luégo que le habia amenazado con la cárcel ; otra , que le habia dado un bolsito. Es lo cierto que el Júpiter de librea se apeó del Olimpo , y tomando la tarjeta , entró sin replicar palabra en el despacho del Gobernador.

La sorpresa de todos subió de punto , al ver que éste se presentaba en persona en la antecámara , seguido del Capitan General.

— Pero señora, exclamó dirigiéndose á la anciana; ¿por qué no me ha avisado V. y hubiera ido yo mismo á ponerme á sus órdenes...?

La señora tendió sonriendo una mano al Gobernador y otra al Capitan General, y los tres desaparecieron tras el pesado cortinaje que cubria la puerta.

Los circunstantes se miraron con la boca abierta, echándose en seguida á discurrir por el campo de las conjeturas. ¿Quién será esa mujer? se preguntaban todos: unos decian que era un duende, otros aseguraban que era la *vieja del candilejo*; los más dijeron que era la reina Cristina que habia venido á Sevilla para ver las cofradías de Semana Santa. Esta version fué la más aceptada, por la esperanza que abrigaron todos los pechos de que la ofendida reina haria ahorcar sin dilacion alguna al insolente portero, en mitad de la plaza de San Francisco.

— Habia de parecer un melon de cuelga, dijo una vieja rencorosa. Otra, en alto grado previsora, añadió:

— Pues como no lo ahorquen con una maroma del muelle, de fijo rompe la sogá.

Miéntas tanto, el desdichado portero, condenado á la horca por crimen de lesa majestad contra la viuda de Fernando VII, se asomaba á una de las ventanas de las caballerizas gritando:

— ¡ El coche del Sr. Gobernador!

Y sin duda los negocios de la reina Cristina

debían ser de fácil expedición, porque diez minutos después de haber entrado, salía de nuevo á la antecámara acompañada por ambas autoridades.

— Mañana á primera hora, le decía el Gobernador, tendrá V. cuantas noticias sea posible averiguar... Yo mismo iré á llevárselas.

— Gracias, contestó la señora con sumo interés. Le espero á V. sin falta.

Advirtióle entónces el Gobernador que su coche se hallaba dispuesto á la puerta. La señora se negó obstinadamente á aceptarlo.

— Al ménos, dijo el Capitan General, permita V. que yo la acompañe.

— Eso es para mí tanta honra, que no la desecho, replicó la anciana. Y apoyándose en el brazo que el General le ofrecía, bajó lentamente aquella magnífica escalera del antiguo convento de San Pablo, que es el local ocupado hoy por las oficinas del Gobierno.

### III.

— ¿Qué noticias me trae V. ? decía la señora al Gobernador, incorporándose vívamente en su poltrona forrada de *reps* verde.

— Muchas en cantidad, malas en calidad, contestó éste sentándose.

La anciana separó un atrilito, que sostenía un libro alemán, y dejando en una cestita de labor

una calceta á medio hacer, en que trabajaba al mismo tiempo que leía, se quitó las gafas; luégo cruzó las manos, como para escuchar mejor.

— Veamos, veamos; dijo con sumo interes.

— Desde ayer, dijo el Gobernador, ha tenido V. en movimiento á toda la policía, y el resultado de sus investigaciones es este.

Sacó entónces del bolsillo un papel lleno de apuntes, y comenzó á leer de esta manera:

« El inquilino de la casa número 69 de la calle Z\*\*, se llama D. Estéban Rodriguez; cuenta sesenta y dos años de edad, y se halla en la mayor miseria. Su familia se compone de la mujer, paralítica hace siete años; una hija idiota, y seis nietos, hijos de otra hija, difunta hace tres meses, de los cuales tiene la mayor doce años y el menor cuatro. Se ignora el paradero del padre de estos niños. D. Estéban Rodriguez ha estado empleado veintitres años en las oficinas del Ayuntamiento, y quedó cesante hace tres, cuando la caída del Ministerio. Desde entónces ha venido poco á poco á la miseria: debe al casero 3625 reales, y éste le ha amenazado con embargarle los muebles y echarle de la casa, si el dia cinco del corriente, á las tres de la tarde, no le ha satisfecho la deuda...

— ¡Mañana es dia cinco! le interrumpió con terror la señora. Mañana, ¡Dios mio!... Mañana, viérnes de Dolores!...

— D. Estéban no tiene con qué pagar, continuó leyendo el Gobernador, y se sabe que el casero ha

avisado ya para el embargo. El D. Estéban es persona honrada y de toda confianza.»

El Gobernador dejó el papel sobre la mesa, y la señora exclamó abatida:

— ¡Ahora lo comprendo todo!... ¡Razon tenia para afigurarse!...

No bien quedó sola la anciana, volvió á leer detenidamente la nota de la policía; luégo quedóse largo tiempo pensativa.

— ¡Imposible! murmuró al fin, como respondiendo á sus propios pensamientos. ¡Imposible que Dios no oiga tantas súplicas!... Imposible que en el dia de sus dolores, no remedie la Vírgen Santísima uno tan grande!...

¡ Si yo fuera rica!... ¡ Si yo pudiera hacerlo en su nombre!...

De nuevo volvió á quedarse pensativa: algunas lágrimas brotaron de sus ojos azules, y surcaron lentamente sus mejillas.

— Á las tres de la tarde, ¡ Dios mio! murmuró levantando los ojos á un Crucifijo que coronaba el remate de un pupitre. Á las tres de la tarde, hora en que espiraste, se encontrarán esos infelices en la calle, sin amparo, sin abrigo!... Seis niños, Vírgen Santísima, seis niños, ángeles de Dios, ángeles tuyos!... Sin padre, sin madre, sin más sombra que la de ese anciano que es la sombra de un sepulcro... ¡ Pobres niños de mi alma!... ¡ Vírgen de los Dolores, Madre de los afligidos! por esa hora en que espiró tu Hijo, por ese quinario

en que un pobre anciano invoca su agonía, remédialos tú, ó deja que en tu nombre yo los remedie!

La señora escondió el rostro entre las manos, y comenzó á sollozar. Acercóse al fin al pupitre, y se puso á escribir una carta, cuyo sobre iba dirigido al Excmo. Sr. Marques de X\*\*, alcalde primero de Sevilla; al pié del sobrescrito añadió esta palabra: *Urgentísima*.

Tres horas despues recibia un oficio de la Alcaldía: la anciana rompió el sobre apresuradamente, y una alegre exclamacion se escapó de sus labios. Habia encontrado la credencial, ya firmada, de un destino en las oficinas del Ayuntamiento, y una cariñosa carta del alcalde que se la remitia. El nombre del agraciado estaba en blanco; la anciana escribió en el hueco: *en favor de D. Estéban Rodriguez*.

Abrió luégo un cajoncito del pupitre, cerrado con llave: en el fondo habia varias monedas de oro, y algunos billetes de banco. La anciana se puso á contarlos: eran seis de á mil reales cada uno.

— Hasta junio no puedo cobrar más, murmuró entre dientes. ¿Qué importa?... Á mí no han de embargarme...

Y envolviendo los seis billetes en la credencial del destino, lo encerró todo en un sobre sin firma ni carta alguna, y puso el sobrescrito de este modo: *La Virgen de los Dolores á su devoto*; y por debajo añadió el nombre del anciano cesante.

Luégo se marchó al quinario, y aunque vió desde léjos al anciano, inmóvil y lloroso como todos los dias, la señora ya no lloraba: movia los labios como si orase, y de cuando en cuando se sonreia...

## IV

El viénes de Dolores era, como ya dijimos, el último dia del quinario, y llegó la señora más temprano que de costumbre á la capilla del Cristo: el sitio del anciano estaba vacío.

— Vendrá de seguro, pensó la anciana. Es temprano todavía.

Pero el tiempo transcurria insensiblemente: ya el quinario habia comenzado, y el desgraciado cesante no venia.

— ¿Qué habrá sucedido? pensaba la anciana. Su desgracia está ya remediada; su porvenir asegurado... ¿Será una de tantas almas, que invocan á Dios en los dolores, y no le dan gracias en las alegrías?

Un rumor de pasos, y ese cuchicheo que se nota en las iglesias cuando ocurre algo inusitado, distrajeron su atencion. La curiosidad la impulsó á volver el rostro: la reverencia la contuvo. Vió al fin dos hombres que pasaban delante de ella, conduciendo en una silla de brazos á una mujer tullida; detras venian seis niños pequeñitos, vestidos de luto. Colocaron ambos hombres la silla de la tullida casi al pié del presbiterio: uno de ellos, que

parecía un mozo de cordel, salió de la iglesia; el otro, que era el anciano, fué á arrodillarse en su sitio acostumbrado, al pié del cirio. Parecía rejuvenecido, y aunque de sus ojos se desprendían lágrimas, eran de gratitud y de alegría. ¡Tambien ésta tiene las suyas!

Los niños se habían arrodillado en torno de la paralítica; por una feliz coincidencia vino á caer la mayor de las niñas al lado mismo de la anciana, que atentamente las observaba.

—¿Es esa señora tu mamá? preguntó á la niña.

— Es mi abuelita.

—¿Está enferma?

— Está tullida, pero hoy ha hecho la Vírgen un milagro con nosotros, y ha querido que vengamos todos á darle las gracias.

La señora no preguntó más; bajó cuanto pudo el velo de su mantilla, y gustó á solas y en silencio ese dulce placer que los ángeles encuentran santo; ese incentivo divino que para impulsarlos á la caridad señaló Dios á los poderosos, y que tantos, tantos, jamas han gustado en su vida. El placer de hacer felices!

Y sin embargo, aquella anciana no era rica; aquella anciana que hacia limosnas de príncipe, debía sólo al favor de sus poderosos amigos, una morada en el Alcázar. Aquella anciana, opulenta en otros tiempos, vivía entónces del producto de su privilegiado talento; aquella anciana era, en fin,

la que sin saberlo se habia retratado á sí misma, al dejar consignado en un libro precioso: « El saber es algo; el genio es más; pero hacer el bien es más que ambos, y la única superioridad que no crea envidiosos. »

Aquella anciana era la ilustre Marquesa de Arco Hermoso, Cecilia Böhl de Faber, conocida en todo el mundo literario con el pseudónimo de *Fernan Caballero*. (1)

---

(1) El autor de esta verídica narracion, que se honró con la amistad íntima de esta tan ilustre como piadosa señora, obtuvo la mayor parte de sus pormenores de las mismas personas que intervinieron en este hermoso hecho, logrando tambien arrancar algunos de ellos á la misma protagonista. Excusado nos parece advertir que el nombre y destino del llamado D. Estéban Rodríguez, son completamente supuestos.



## MEDIO JUAN Y JUAN Y MEDIO.

(EPISODIO DE 1812.)

¿Y qué nos hacemos ahora con este pueblo descato­lizado?... Volverlo á catolizar con la enseñanza, con la caridad, con el ejemplo.

NA de las primeras víctimas de la fiebre amarilla del año 20, fué en Sanlúcar un pobre carbonero llamado Juan Barragan. Vivía en una miserable tiendecilla del barrio alto, ejerciendo su industria en compañía de su compadre y asociado Juan Chanca.

Arrojaron su cuerpo en la fosa comun, y unas cuantas espue­rtas de tierra hicieron desaparecer su persona al par que su memoria. La oscuridad tiene sus ventajas, y el olvido despues de la muerte no es la más pequeña de ellas en un pais como el nuestro, en que no siempre se observa aquella sabia ley de Solon que prohibía tachar la fama de los muertos.

A pesar de su insignificancia, Juan Barragan mereció los honores de la celebridad; pero cada talento especial requiere su época, y Juan Barragan se adelantó á la suya. Hércules en el siglo XIX, hubiese sido á lo más un maestro de gimnasia, y

los siglos mitológicos llorarían la falta de su Amadis de Gaula. Juan Barragan nacido en nuestros días, hubiera llegado á ser un economista famoso; pero nació en los pasados, y no pudo salir de su oficio primitivo: carbonero y prestamista. Su ingrata época no añadió á su nombre ningun retumbante título; sólo tuvo para aquel genio desperdiciado, para aquel brillante sin reflejos, porque ningun rayo de la actual civilizacion vino á herirle, el apodo de *Medio Juan*, que por su endeblesz física le daban.

Medio Juan tenia conciencia de su debilidad, y como en su nombre, créase en su persona incompleto. Pero Dios, que nunca deja mancas sus obras, le sugirió la idea de buscar un complemento en su compadre Juan Chanca, que por su colosal talla era llamado en el pueblo *Juan y Medio*.

Así pues, el Juan falto buscó y halló en el Juan sobrante, el apoyo que el alma encuentra en el cuerpo: era lo bastante matemático para comprender que

$$\frac{1}{2} \text{ Juan} + 1 \text{ Juan} \frac{1}{2} = 2 \text{ Juanes.}$$

Era Medio Juan en la sociedad creada, la inteligencia que medita y plantea; Juan y Medio la fuerza bruta que vence obstáculos y pone en práctica. El uno; sin salir de la tienda procuraba engañar á todo bicho viviente, incluso á su asociado; el otro era siempre el editor responsable, la última razon que alegaba Medio Juan en las conti-nuas

pendencias que sostenia con sus marchantes y deudores.

Pero á pesar de que el primero tenia sobre el segundo la ventajosa diferencia que el espíritu tiene sobre la materia, nunca pudo hacerle víctima de sus enredos. Á la superioridad ladina de Medio Juan la enfrenaba su endeblesz fisica; y la inferioridad intelectual de Juan y Medio se apoyaba en la exagerada desconfianza del estúpido, que siempre se cree engañado, y en la salvaguardia de sus puños, que de un solo golpe atontaban una res.

En la noche del 25 de agosto de 1812, la sociedad liquidaba cuentas. La puerta se hallaba asegurada por dentro con una enorme tranca, y sobre el mostrador habia un velon de metal con una sola de sus cuatro piqueras encendida. Medio Juan, sucio por el abandono, y por el carbon tiznado, cotejaba una porcion de papeles cubiertos de colosales números, y murmurando cifras y guarismos, iba apilando las monedas de un gran monton de dinero que ante sí tenia. Juan y Medio, con los codos apoyados en el mostrador, y en ambas manos la cabeza, miraba con marcada desconfianza, ora las cuentas en los papeles escritas, ora la fisonomía astuta de su compañero, ya las monedas que poco á poco se iban apilando unas sobre otras.

Habia aquella noche descargado en Sanlúcar una tormenta espantosa, que amenazaba arrancarlo de cimientos: torrentes de lluvia caian del

barrio alto al bajo amenazando inundarlo, y el mar subía también hácia allí, bramando como una fiera hambrienta que pide su presa. La lluvia había apagado alguno que otro farol que ardía en las calles ante una imágen; las nubes ocultaban las estrellas del cielo, y sólo de cuando en cuando un relámpago hacía ver las primeras, desiertas, y el segundo encapotado.

Mas no era la tormenta la sola causa que producía en Sanlúcar aquella soledad en las calles y aquel silencio en las casas. El mariscal Soult había levantado el sitio de Cádiz, y los franceses se retiraban. Un destacamento de éstos, que se hallaba en el pueblo, debía de partir aquella noche; y temerosos los vecinos de que los franceses celebrasen su marcha con escenas de robos y pillaje, había cada cual cerrado su puerta, escondido los dineros y alhajas, y preparándose á la defensa. En el barrio alto, no por estar vecindado en lo general por gente pobre, dejaba de observarse la misma silenciosa alarma: ni una luz, ni una puerta abierta, ni la menor señal de persona viviente se notaba, que pudiese demostrar no ser aquella una población de muertos. Sólo la carbonería de los dos Juanes dejaba escapar, por la cerradura y rendijas de su desquiciada puerta, algunos reflejos de ténue luz.

— A treinta y dos duros, trece reales y un piquillo de seis cuartos partimos, compadre; dijo al fin Medió Juan, colocando detras de su oreja la colosal pluma de ave de que se servía. Y alargando

á su asociado las enmarañadas cuentas, añadió:

— Aquí están los papeles que lo cantan.

Tomó éstos Juan y Medio, y despues de mirarlos por todos lados, los arrojó sobre el mostrador meneando la cabeza.

— Yo no entiendo estas cuentas ni estas pláticas, dijo.

— ¿Y qué le hago yo, compadre?... ¿Acaso sabe V. algo más que arrear borricos?

— Pues cate V. por qué sé tambien que al burro tonto lo mete en vereda el arriero loco; replicó Juan y Medio, mirando fijamente á su compadre.

— ¿Pero qué cuenta es la que V. entiende, señor? dijo Medio Juan, bajando los ojos ante los de su temible asociado.

— Una entiendo, y es la del cabrero.

— ¡Ya!... cabra fuera, peso duro en la montera... Pues ajústela V. pronto, que agua ha de ser esa cuenta si es más clara que la mía.

Juan y Medio colocó su ancha y musculosa mano sobre el monton de pesos duros, y preguntó á su compadre:

— ¿Qué son estos?...

Miróle Medio Juan admirado, y creyendo que se burlaba de él, contestó mohino:

— Berengenas.

— ¿Todas?...

— *Toitas*.

— *Mu* bien hablado, compadre... ¿Y V. quién es?

— ¿Yo?...

— ¡Usted!

— ¡Un pícaro! dijo Medio Juan, dándose por ofendido de la desconfianza de su compadre.

— Y yo un pícaro y medio, contestó éste sin inmutarse. Con que cate V. aquí mi cuenta.

Y acompañando con la acción la palabra, fué diciendo:

— Una berengena para el pícaro, y otra para el pícaro y medio... Una para el pícaro, otra para el pícaro y medio...

Medio Juan le miraba hacer, royéndose las uñas en silencio, y apilaba las monedas que con el nombre de berengenas le iba entregando su compadre. De repente sonó un fuerte golpe en la puerta, que hizo crugir sus mal unidas tablas. Medio Juan dió un salto en la silla, extendiendo ambas manos sobre el monton de dinero, y Juan y Medio levantó vivamente la cabeza, empuñando, sin decir palabra, un trabuco naranjero que en un rincon se hallaba. Reinó un corto silencio, interrumpido sólo por el recio golpear de la lluvia que caía á torrentes. Un nuevo golpe, seguido de otro aún más fuerte que el primero, hizo á Medio Juan saltar azorado de su asiento, y á Juan y Medio dar un paso hácia la puerta, montando ántes el trabuco.

— ¿Quién va? preguntó en recia voz, miéntras Medio Juan le cogia por un brazo, murmurando angustiado:

— ¡Pare V., compadre!... ¡pare V., que nos perdemos!...

Y tan rápida como calladamente, sepultó el dinero en el fondo de una espuerta, que llenó luego de carbon; despues apagó la luz de un soplo.

Quedó la miserable tiendecilla alumbrada solamente por una candileja que ardia en la pared, ante una estampa de la Virgen, cuya moribunda luz prestaba á los objetos una movilidad fantástica. Medio Juan aprovechó esta oscuridad para remover en el fondo de la espuerta, ya fuese guiado por sus instintos rapaces, ya con objeto de ocultar mejor el dinero; pero Juan y Medio, que no le perdía de vista, le atrajo hácia sí bruscamente, diciendo:

— ¡Deje V. quieta la espuerta, compadre!

— ¡Señor, por María Santísima! murmuró éste; si iba á ponerla mejor...

Oyóse entónces en la calle un murmullo de voces, que el ruido de la lluvia hacia ininteligible, seguido de nuevos y cada vez más fuertes porrazos en la puerta. De repente gritó una voz ronca y mal humorada:

— *¡ Eh quoi donc !... Enfoncez la porte !... (1)*

— ¡ Los franchutes! exclamó Medio Juan desparvorido, llevándose las manos á la cabeza.

— ¡ Los franchutes! repitió Juan y Medio abriendo de par en par la puerta, sin soltar por eso á su compadre.

---

(1) ¡ Y bien !... ¡ Echad abajo la puerta !

## II

Una fuerte bocanada de viento y de lluvia penetró en la tienda al abrir Juan y Medio la puerta: la ya moribunda luz de la candileja se apagó instantáneamente, y las cuentas de Medio Juan volaron de un lado á otro. Al mismo tiempo vieron ambos compadres precipitarse en la tienda cuatro soldados franceses, envueltos en largos capotes que chorreaban agua por todas partes.

— ¡ Eh !... ¡ cristiano !... ¡ abra V. los ojos ! gritó Juan y Medio, rechazando bruscamente á uno de ellos que con él habia tropezado.

El frances perdió el equilibrio, y cayó sentado en el suelo, jurando y blasfemando en su idioma, y amenazando á Juan y Medio con ambos puños. Apaciguáronle sus compañeros, miéntras Medio Juan temblaba como un azogado, y Juan y Medio se replegaba contra la pared, dispuesto á hacer uso de su trabuco.

Pero los franceses, que parecian venir de paz, se limitaron á examinar las paredes de la tiendecilla, como si buscasen alguna salida, á la luz de una linterna que uno de ellos traia; cambiaron luégo entre sí algunas palabras en su idioma, y acercándose á Medio Juan el sargento que los capitaneaba, le preguntó:

— ¿ Los *boricos* ?...

— ¿ Los borricos ? repitió éste.

— Allí asoman las orejas, dijo Juan y Medio, señalando la sombra de los morriones franceses que se proyectaban en la pared.

Volvió el sargento la cabeza hácia el sitio indicado; y ya fuera que no entendiése la maliciosa salida de Juan y Medio, ó quizá la prudencia le aconsejara huir de réplicas peligrosas, tornó á preguntar al primero:

— ¿Dónde están tus *boricos*?

— ¿Mis borricos, señor? contestó Medio Juan.

¡ Si yo no tengo ninguno!...

El frances hizo una señal de duda, y Medio Juan continuó humildemente:

— ¡ Créame su mercé, por la gloria de mi madre!... ¡ Yo soy un pobre infeliz, que no tiene más que estos cuatro ciscos para ganarse la vida!

— Dame á mí tus *boricos*, replicaba el frances impaciente; *le capitan lo comanda.*

— ¡ Señor, por María Santísima! gritaba Medio Juan... ¡ Que me parta ahora mismo un rayo, si tengo yo un *ruchillo* siquiera!...

— ¡ Lo que era menester, que lo partiera á usted por gallina! exclamó de repente Juan y Medio, dando un empujon á su compadre. Y adelantándose hácia el frances, le dijo colérico:

— ¡ Los borricos están en la cuadra, y el amo lo tiene V. delante!... Con que ¿qué se ofrece?

— ¡ No lo crea V., señor! gimió Medio Juan, cada vez más angustiado. Aquí no hay más borrico que ese hombre, que va á ser mi perdicion!

— ¡Calle V. la boca, compadre, y sáquese la vergüenza si es que la tiene escondida! replicó Juan y Medio. Y volviéndose hácia el frances, que ya empezaba á incomodarse, añadió:

— ¿Se sabrá lo que V. quiere?

— *Ye* quiero que tú me *donnes* los *boricos*.

— Pues á mí no me da la real gana de dárselos.

— ¿*Et* por qué? exclamó el frances, colérico al par que sorprendido de semejante arrogancia.

— ¡Porque á mis bestias no les calienta el lomo ningun franchute, mas que fuese el mismo Pepe Botella!

Al oír esto los franceses, echaron mano á sus armas, y Juan y Medio levantó el trabuco, dispuesto á disparar un tiro al primero que diese un paso adelante. Medio Juan se refugió en un rincon, mesándose los pelos, y gritando angustiado:

— ¡Compadre, no sea V. bruto!...

En este momento apareció en la puerta un oficial frances, seguido de otros cuantos soldados, y los que se hallaban en la tienda bajaron al punto las armas. El sargento habló en su idioma con el recién venido, señalando á los dos Juanes, de los cuales el uno se mantenía en guardia con su trabuco montado, y el otro salía de debajo del mostrador al ver ya la paz restablecida.

Acercóse entónces el oficial frances á Juan y Medio, y con los mejores modos y en español correcto, le dijo:

— Oiga V., amigo; yo no vengo á robarle sus

borricos... Quiero tan sólo que me los alquile para llevar á Jerez esta misma noche unos barriles de pólvora.

— ¿Lo ve V., compadre, como sus mercedes no venian á ninguna *propilia*? dijo Medio Juan acercándose.

— Se pagará bien y adelantado, añadió el frances, metiendo la mano en el bolsillo.

— ¡Ni que me dieran mi peso en oro sirvo yo á franceses! contestó Juan y Medio fieramente.

— No le haga caso su mercé, que este hombre no sabe lo que se dice, dijo Medio Juan. Entiéndase V. conmigo, que yo le llevaré hasta el fin del mundo.

— ¿Cuántos burros hay? preguntó el frances.

— Tres, y la liviana (1) cuatro.

— Bastan los tres... Usted vendrá con nosotros.

— Como su mercé mande.

El oficial, que parecia intranquilo, dió á Medio Juan tres monedas de oro, diciendo:

— Tome V. por ahora, y no perdamos tiempo.

Al ver brillar el dinero, Juan y Medio bajó el trabuco, y dió un paso hácia su socio.

— Compadre, V. cerrará la puerta, le dijo éste, indicándole con un expresivo guiño el sitio en que habia escondido el dinero.

— Yo voy con V., contestó Juan y Medio.

— ¿Pues no decia V. que no queria venir?

---

(1) La burra más ligera, que sirve de guia en la recua.

— Y ahora digo que voy.

— Compadre, tiene V. más pareceres que un abogado; dijo Medio Juan, encogiéndose de hombros, porque sabía que toda discusión era inútil.

Frente por frente de la casa había un establo, donde se hallaban los borricos; en un momento estuvieron éstos aparejados con cabezon y albarda, y cubiertos ambos carboneros con sus sayales de paño burdo, que los preservaban en parte de la lluvia. Juan y Medio no había soltado su trabuco, ni ayudado en lo más mínimo á su compadre, que con una actividad maravillosa todo lo disponía.

— Deje V. esa escopeta, dijo al Hércules el oficial.

— No señor, replicó Juan y Medio. Esta es mi mujer, y donde quiera que yo voy viene conmigo.

Entonces preguntó Medio Juan tímidamente:

— ¿Y adónde vamos?

— Al castillo, le contestaron.

La caravana se puso en marcha, bajando del barrio alto al bajo, y tomando entonces el camino del castillo, situado en la playa, á un cuarto de hora del pueblo. Causaba ese terror que inspira siempre lo misterioso y desconocido, ver atravesar aquellos hombres encapotados las desiertas calles, marchando lentamente, porque el tardo paso de los burros no les permitía caminar más á prisa, y sin que la tempestad los aterrara, ni los truenos les impusiesen, ni la lluvia que caía á torrentes les hiciera apresurar el paso.

Á veces, cuando el viento cesaba de mugir, y los

truenos no retumbaban, dominaba el ruido de la lluvia el tardo y acompasado andar de los franceses, que producía un extraño y pavoroso efecto. Solía entónces abrirse lentamente alguna que otra ventana, y el recio golpear de la lluvia impedía llegasen á oídos de los extranjeros las maldiciones é injurias con que los vecinos celebraban su partida. De una casa situada á la salida del barrio bajo, dispararon un tiro, cuya bala pasó rozando el alto morrion del sargento.

La playa presentaba un aspecto de terrible grandeza, á que la noche prestaba el sentimiento de terror que inspira: distinguíanse hácia el lado del mar enormes masas negras, que ora se alzaban, ora caían mugiendo horriblemente; y entre el ronco estruendo de los truenos y el espantoso bramar de las olas, oíase á intervalos, como un grito de angustia entre el fragor de una batalla, el lúgubre son del caracol que sirve de seña á los pescadores, á quienes la necesidad empuja, y el miedo no arredra, y que navegan confiados en el faro, que al presentar sus distintas fases, aparece ya amarillo como la palidez del espanto, ya rojo como los tintes de la sangre fresca, ya verde cual una esperanza viva que anima y consuela, y hace cerrar los ojos para salir sin temor al encuentro del porvenir.

Á veces, cuando un relámpago iluminaba aquella escena de la naturaleza, espantosamente sublime, se veía dibujarse sobre su luz rojiza la negra

silueta del castillo, que desafiando al cielo, y arrojando al mar, se adelanta por entre sus olas como un valiente centinela, para gritar — ¿Quién vive? — al atrevido que ose acercarse.

En el primer patio del castillo se hallaba el resto del destacamento frances, custodiando seis barriles cuidadosamente envueltos en cubiertas de empleita. Los soldados ayudaron á Medio Juan á cargar cada uno de los borricos con dos de aquellos misteriosos barriles, que ataron sobre las albardas con fuertes cordeles. Juan y Medio, apoyado en su trabuco, los miraba hacer sin prestarles auxilios de ningun género.

De pronto, al levantar trabajosamente del suelo uno de aquellos barriles, dijo Medio Juan, cruzando con su compañero una mirada rápida cual un relámpago:

— Más pesan que si estuvieran llenos de oro...

— ¡ Ya está acá! murmuró Juan y Medio, sin moverse de su sitio.

— *¡ Allons !... ¡ la nuit s' en va !...* dijo un oficial anciano, á quien todos prestaban obediencia.

Los franceses abandonaron por fin el castillo, dirigiéndose hácia un espesísimo pinar, que nacia en la misma playa. Cerraban la marcha ambos oficiales montados á caballo, y volviendo á cada instante los rostros hácia atras, como si esperasen algo. De repente sonó una detonacion espantosa, que los ecos de las olas prolongaron: los fugitivos se detuvieron aterrados, volviendo los ojos hácia el

castillo; y al reflejo de una inmensa hoguera que la copiosa lluvia no era bastante á apagar, vieron volar aquellas erguidas torres, que amenazaban al cielo, y caer aquellos robustos muros que resistian al mar. La tempestad enmudeció por un momento, como asombrada de que el hombre destruyese lo que respetaba ella misma; sonó entónces una risa de demonio, y el frances viejo gritó:

— *¡ Allons !!... ¡ C' est la France qui vous dit ¡ adieu!... ( 1 )*

## III

Era el intento de los franceses reunirse con la columna del mariscal Soult ántes del amanecer, hora en que debia de llegar aquélla á Jerez de la Frontera: tomaron para esto un atajo que, segun Medio Juan, que conocia palmo á palmo todo aquel terreno, ahorraba gran trecho de camino. No era esta sin embargo la razon que habia movido á Medio Juan á guiarlos por aquella senda: harto habia comprendido el ladino carbonero que

---

( 1 ) — *¡ Vamos !!... ¡ Es Francia que os dice ¡ A Dios!... No es nuestro ánimo imputar los hechos vandálicos cometidos en España por los invasores de aquella época, á los hijos de la noble y desgraciada Francia, á quien tan de corazon amamos y admiramos. Sólo es responsable de ellos aquel ejército de advenedizos de todas las naciones, que trajo á nuestra patria el gran bandolero de tronos y coronas, Napoleon Bonaparte.*

no era pólvora, sino oro, lo que en aquellos barriles se custodiaba; y atraída su codicia hácia aquel tesoro con la fuerza irresistible con que el iman atrae al acero, formó al punto el temerario proyecto de apropiárselo en todo ó en parte al ménos. Determinó por el pronto llevarlos por aquel camino, no más corto, sino más difícil y escabroso, para que la misma dificultad de la marcha le dejase obrar más libremente; despues comenzó á coordinar su plan, dando vueltas á su idea, con la misma ansia con que las da el gato en torno del pernil que contempla desde el suelo colgado en alto.

Juan y Medio participaba tambien de la sospecha y de los deseos de su compadre; incapaz sin embargo de llevar á cabo ninguna empresa de otro modo que á estacazos, ponía todas sus esperanzas en el ingenio de su compañero, esperándolo todo de su inventiva, y temiéndolo todo de su bellaquería.

Dos horas caminó el destacamento, aguantando la copiosa lluvia que caía, y hundiéndose hasta las rodillas en el barro del camino. Marchaban en medio ambos compadres llevando del diestro los borricos, y rodeados de soldados que, no obstante la oscuridad, incesantemente les vigilaban. Descomponía á veces el órden de marcha la misma dificultad del camino, y estas eran las ocasiones que acechaba Medio Juan para cruzar rápidamente con su compañero algunas palabras.

— Compadre, ¿tiene V. ahí una navajilla? le dijo de repente en voz baja.

— ¿Para qué la quiere V.? contestó Juan y Medio, desconfiando siempre.

— ¡Si será *pa* afeitarme, caramba! replicó Medio Juan, comprimiendo la ira. Deme V. una navajilla, y dos de esos barriles son nuestros!...

Juan y Medio sacó de su faja una pequeña navaja, y se la entregó á tuntas á su compadre. Éste detuvo un poco el paso hasta colocarse junto al último de los borricos, y siguió caminando en silencio; la lluvia habia cesado, y un fuerte viento desunía las nubes, dejando aparecer alguna que otra estrella. Á poco comenzó Medio Juan á cantar, primero entre dientes y luégo en voz alta, algunas coplas andaluzas. Miétras tanto, iba desatando con el mayor disimulo el ronzal del borrico; ató luégo uno de sus extremos á una pata delantera del animal, y tomando el otro cabo se acercó á Juan y Medio.

— Tome V. esta cuerda, compadre, le dijo. Antes de diez minutos llegamos al Salado... En cuanto cante yo la copla *La buena de mi suegra*, *jale* de la cuerda con fuerza para que caiga el borrico... y adelante sin pestañear... Mucho ojo, compadre, por María Santísima!... *jale* V. en cuanto remate la copla... y si no la remato, quieto hasta que la remate... ¿Está V. impuesto?

— Sí señor, respondió Juan y Medio.

— ¡Pues mucho ojo, compadre!... *Misté* que la cabeza nos *jié* (hiede) ya á pólvora francesa!...

Luégo se subió de un brinco en el borrico, como si estuviese cansado de caminar, y se puso á cortar con la navaja las fuertes cuerdas que mantenian pendientes ambos barriles, á uno y otro lado de la albarda.

Oíase ya en efecto el ruido de un arroyo que, acrecentado por las lluvias, se deslizaba más turbulento que de costumbre por su lecho de arenas y guijarros. Podíase sin embargo vadear fácilmente por aquella parte, adonde tan sólo llegaba el agua muy por debajo de la rodilla de un hombre. Aquel arroyo era el Salado.

Medio Juan seguia montado en el burro, entonando de cuando en cuando sus coplas, sin que extrañase esto á los franceses, conocedores ya de esta costumbre tan general y constante entre el pueblo de Andalucía. Habia calculado Medio Juan tan exactamente el tiempo necesario para cortar los cordeles, que al entrar los borricos en el vado estaba ya la obra terminada. Entónces comenzó á cantar:

La buena de mi suegra  
Me dió unas medias...  
Cada vez que reñimos  
Me quedo en piernas.

Al terminar el último verso, Juan y Medio tiró de la cuerda, y el burro cayó en mitad del vado, ahogando con su ruido al caer en el agua el que produjeron ambos barriles al caer á la vez en el

fondo, en donde quedaron clavados por su propio peso, sin que la corriente tuviese fuerza para arrastrarlos. Al mismo tiempo hundi6 Medio Juan la navaja en las ancas del burro, y libre ya 6ste de la carga, y hostigado por aquel terrible aguijon, se levant6 instant6neamente, arrastrando 6 su due6o 6 la otra orilla del arroyo.

Fu6 toda esta maniobra tan r6pida y h6bilmente ejecutada, que los franceses pasaron el vado y siguieron su camino sin notar que uno de los burros caminaba ya sin carga. Medio Juan juraba y renegaba del ba6o 6 que le habia obligado la caida del borrico, y los franceses se reian de sus juramentos, no extra6andose de que el mal humor le hubiese hecho cesar en sus cantos. Caminaron todav6a cerca de media hora hasta llegar 6 un estrecho callejon, guarnecido 6 derecha 6 izquierda de espesos vallados de tunas y pitas, que, segun Medio Juan aseguraba, iba 6 desembocar en la carretera, 6 una legua larga de Jerez: all6 pensaban los franceses esperar hasta el alba la llegada de la columna que el mariscal Soult mandaba.

Al entrar en el callejon, cambiaron r6pidamente los dos compadres algunas palabras. Era el callejon largo, y de tal manera estrecho, que los dos espesos vallados llegaban 6 unirse en lo alto, formando una especie de b6veda que presentaba por todas partes las punzantes espinas de las tunas. Ve6anse forzados los franceses para evitarlas 6 caminar casi en hilera, buscando siempre 6 tientas el centro

del callejon, y guiados por el sonido de los cencerros que los burros llevaban. Medio Juan caminaba arrimado al vallado de la izquierda, procurando evitar las espinas, al mismo tiempo que parecia buscar en él algo, con una varilla que llevaba en la mano. Detras venia su compadre.

De repente desaparecieron ambos Juanes en el vallado, cual si se los hubiese tragado la tierra: habíanse entrado por un portillo conocido de ellos, y se hallaban en el interior del viñedo que el vallado defendia. Aquel era el instante del peligro; diez minutos permanecieron ambos compadres inmóviles, conteniendo hasta la respiracion, empuñando Juan y Medio su trabuco, que no habia abandonado, y escondiéndose Medio Juan tras las fornidas espaldas de su socio. Pasó al fin todo el destacamento sin notar la falta de los carboneros, y fuése perdiendo á lo léjos el rumor de los pasos y el eco de los cencerros, que resonaban pausadamente.

Entónces dijo Medio Juan, resollando con fuerza:

— ¡ Compadre !... dése V. con los talones en el cogote, si no quiere que los franchutes le *afusilen* !...

Y corriendo desaladamente, atravesaron el viñedo por la parte opuesta, volviendo en ménos de media hora al vado del arroyo. Á tientas buscaron y hallaron los dos barriles, cuyo peso les hacia resistir á la corriente, como Medio Juan habia

previsto. Rodáronlos con gran trabajo hasta una alcantarilla arruinada, distante un tiro de piedra, y los escondieron en una cavidad en que los trajinantes y contrabandistas solian hacer fuego, y ellos mismos lo habian hecho repetidas veces.

Entónces se separaron ambos compadres: Juan y Medio habia de permanecer por las cercanías hasta la noche siguiente, guardando el escondite; Medio Juan habia de ir á Sanlúcar, informarse de si los franceses se habian definitivamente retirado, y volver á la noche con la burra que les quedaba, para trasladar al pueblo el misterioso tesoro.

Al partir Medio Juan, le detuvo Juan y Medio por un brazo.

— Compadre! le dijo; como toque V. á la puerta que quedó allí con el dinero, le pego un palo en la nuez, que no lo cuenta!...

— ¡Que no reventara V. de desconfiado! exclamó Medio Juan ofendido. Pierda V. cuidado, que no muerde la burra el pesebre cuando le echan cebada.

Juan y Medio se sentó encima del escondite, y Medio Juan tomó el camino del pueblo, con una agilidad que maravillaba en su raquílica naturaleza. A poco le oia su compadre cantar á lo léjos, con una tonada de la época:

Franceses vienen por tierra,  
Franceses vienen por mar.  
¡Já, já, qué risa me da!  
¡Já, já, qué risa me da!...

## IV

Cuando Medio Juan llegó á Sanlúcar, estaba ya muy entrado el día, y la gente se agitaba por todas partes celebrando la retirada de los franceses. Habíanse despachado emisarios en varias direcciones para averiguar si la retirada era definitiva; y con el fin de defender al pueblo en el caso de que los invasores volviesen, acudían al Ayuntamiento numerosos pelotones de hombres armados. Medio Juan se guardó muy bien de decir á nadie una palabra de lo que sabía, y se encaminó sin vacilar á su tienda. Consistía ésta en una sola pieza, ocupada en su mayor parte por el carbon, que servía para el consumo diario de los marchantes; en el lado opuesto había un mostrador mugriento y desvencijado, en que se veían clavadas algunas monedas falsas, y un peso de laton cuyo fiel no era seguramente el de la balanza de la justicia. Había en la pared del fondo, ennegrecida por el polvo del carbon, una estampa de la Virgen del Cármen, pegada con pan mascado, ante la cual pendía una candileja día y noche encendida. Encima del mostrador se hallaba colgado un sucio cartel, con este letrero, cuya inmutabilidad transformaba en presentes *hoy* todos los futuros *mañana*, y en capital efectivo todos los créditos inciertos:

*Oy no se fía aquí; mañana sí.*

La primera diligencia de Medio Juan al entrar en la tienda, fué buscar la espuerta en que habia escondido la noche ántes el dinero, y la encontró intacta en el mismo sitio en que la habia dejado. Metiéndola debajo del mostrador sin registrar su contenido, ya fuese por temor á la amenaza de su compadre, ya porque el gran caudal, de que se creia dueño, satisficiese su rapaz codicia; restregóse entónces las manos de gusto, y encendió la candileja que colgaba ante la Virgen. Entró luégo á visitar la burra, que, solitaria en el establo, le saludó levantando una oreja y despues otra, al compas de un lastimero rebuzno. Medio Juan le echó un buen pienso para prepararla al viaje que le esperaba, y volviendo á la tiendecilla se tendió sobre una manta á descansar un rato.

No pudo sin embargo estar mucho tiempo tranquilo: una agitacion febril le hacia moverse de un lado á otro, no obstante la fatiga de la noche pasada; y de tal manera le preocupaban el miedo de que los franceses volviesen, y el ansia por registrar las entrañas de aquellos misteriosos barriles, que por primera vez en su vida se distrajo hasta el punto de pesar sin sisa de ningun género, una libra de carbon que entró á comprar una vieja.

Á eso de las cuatro de la tarde llegó la noticia de que los franceses se habian incorporado á la columna de Soult, en Jerez de la Frontera, y que sin tomar descanso alguno seguian para Sevilla.

Nadie hablaba sin embargo de la aventura de los carboneros, ni jamás se supo tampoco cómo y cuándo habían notado los franceses su huida, y el robo que les habían hecho.

Medio Juan respiró al fin libremente, y no pudiendo esperar más su impaciencia, aparejó la burra sin perder tiempo, y tomó el camino de la alcantarilla del Salado. Cargaron sin dificultad ambos compadres el pesado robo, y ántes de la media noche estaban de vuelta en la tienda.

Viéronse al fin á solas y en seguro, teniendo delante aquellos misteriosos barriles, que ya podían llamar sin temor suyos, y en cuyos senos esperaban encontrar las minas de California. Medio Juan temblaba como un azogado, y derramaba el aceite del candil con que alumbraba á su compadre. Este rompió de un hachazo la tapa de uno de los barriles. Medio Juan abrió desmesuradamente los ojos, para ver mejor los montones de *peluconas* que esperaba: sólo apareció una capa de arena.

Juan y Medio soltó un juramento.

— ¡*Ajonde V.*, compadre!... ¡*Ajonde V.*! exclamó Medio Juan con angustia; que para llevarse arenas de la mar, lo mismo las hay en Francia!...

Juan y Medio metió ambas manos en la arena, y tropezó con un objeto duro: extrajo una parte de ella, y apareció entónces por un lado la cruz de plata de un copon, y por otro la dorada copa de un cáliz...

— ¡Jesucristo! exclamó Juan y Medio, retrocediendo aterrado.

Medio Juan se puso pálido como un cadáver, y se llevó las manos á la cabeza.

— ¡La *jicimos*, compadre, la *jicimos*! murmuraba. Juan y Medio levantó á pulso el barril, y con una vigorosa sacudida lo vació en el suelo de un golpe. Cayeron entónces, mezclados entre la arena, cálices de oro y plata, copones riquísimos, y viriles guarnecidos de brillantes y perlas. Medio Juan se inclinó para levantar un copon de oro.

— ¡No toque V. á eso, compadre!... ¡No toque V. á eso, que se le van á secar esas manos tan sucias! exclamó con terror Juan y Medio.

Abrieron entónces el otro barril, y apareció tambien lleno de ricas alhajas de iglesia, robadas por los franceses en templos y catedrales.

Juan y Medio se sentó en el mostrador sin decir palabra, y Medio Juan se dejó caer sobre el carbon dando gemidos.

— ¡La *jicimos*, compadre, la *jicimos*! repetia con voz lastimera. ¡Tres borricos tirados á la calle!... ¡Dos noches de fatiga!... y un dolor en el espinazo, que no me puedo doblar, de los malditos chapuzones en el Salado!...

Ni por un momento pasó por las *mientes* de los dos carboneros la idea de apropiarse aquel rico tesoro que pertenecia á la Iglesia. ¡Tan grande era en aquel tiempo el respeto que imponian las cosas santas áun á los más desalmados! ¡Hasta tal

punto sabia enfrenar la palabra *sacrilegio* la codicia de aquellos dos bribones, á quienes irritaba su defraudada esperanza, y que no osaban sin embargo compensarse con una pequeña parte de aquellas inmensas riquezas, las fatigas pasadas y los daños recibidos!...

Juan y Medio golpeaba furiosamente con sus enormes piés las tablas del mostrador.

— ¿Y qué nos hacemos ahora, compadre? preguntó al fin de repente.

— Buscar una *jiguera* alta, y ahorcarse, contestó Medio Juan con desaliento.

— ¿Pero adónde llevamos todo eso?...

— ¿Y yo qué sé, compadre?... Haga V. una leva de monaguillos, y que lo vengán á recoger!...

— ¿Pero no ve V., exclamó Juan y Medio, saltando exasperado del mostrador, que si nos metemos en lios con la justicia, salimos con un grillete?...

— ¡No sea V. bruto, compadre!... que á nadie han ahorcado todavía por devolver lo que no es suyo... Mañana se le avisa al cura, y se hace lo que su mercé mande.

Así lo hicieron en efecto ambos compadres, no bien hubo amanecido, sin que hubieran osado ni aún levantar del suelo aquel tesoro de la Iglesia. El Párroco determinó dar parte al Obispo, y dos días despues quedaban en poder de éste las alhajas restituidas, y recibian los dos Juanes, por mano del mismo Párroco, una cantidad suficiente para

compensar la pérdida de los borricos, y para indemnizarlos de las fatigas pasadas.

— ¿Y qué clase de hombres son esos? había preguntado al Párroco el Obispo.

— Son dos hombres de mala nota, que á la sombra de una carbonería prestan dinero á subidísimo precio.

El Obispo cruzó las manos admirado.

— ¡Loado sea Dios, dijo, y bendita la tierra en que hasta los hombres de ese jaez respetan de este modo las cosas santas!... Miétras sea este el sentir de nuestro pueblo, no hay miedo de que triunfe entre nosotros la revolucion que ha destrozado á Francia...

Medio siglo despues, la revolucion habia triunfado del todo en España, y los hijos de aquellos hombres amenazaban la propiedad de los ricos, enarbolando la bandera del socialismo.

Habíanlos precedido otros hombres más elevados, que violando la propiedad sagrada de la Iglesia que el pobre respetaba, le habian enseñado á violar sin escrúpulo la propiedad ménos sagrada de sus palacios, que ellos querian hacer respetar. Ellos desataron los vientos, y las tempestades no se han hecho esperar: habian removido el ara del altar, en que toda sociedad descansa, y ésta se conmovia hasta en sus cimientos, amenazando sepultar á inocentes y culpados...

Modérense pues las quejas, y procúrese más el remedio; que todo daño lo aminora la compensacion;

todo pecado lo borra el arrepentimiento, y á un pueblo descato­lizado, le vuelven á catolizar la enseñanza, la caridad y el ejemplo. (1)

---

(1) En el prontuario del autor se hallan anotados quince casos de restitución de alhajas de iglesia, análogos al que referimos, acaecidos en aquella época tan sólo en Andalucía; lo cual prueba no ser este un hecho aislado, sino un efecto del sentimiento general que entón­ces dominaba.



## LAS DOS MADRES.

---

Á UN ANTIGUO DISCÍPULO EN EL DÍA DE LA SUYA.

---

(EJEMPLO.)

---

.....  
Mírale con compasión...  
¡No le dejes, madre mía.

**H**OY hace un año, mi querido X\*\*, que para celebrar el día de tu madre, te impusieron el escapulario de la Virgen Santísima. Quise que celebraras estas dos fiestas en un solo día, para que también reunieras en tu corazón estos dos santos amores, que han de salvar tu alma. Esta misma idea me hace recordarte hoy su aniversario, narrándote uno de esos ejemplos que llama la incredulidad *vulgaridades*, porque su vista miope no sabe descubrir la profunda enseñanza y la religiosa poesía que en ellos se encierra. Ni lo santo, ni lo grande, ni lo bello entran por el entendimiento: entran por el corazón, y por eso puse tanto empeño en enseñarte á *sentir*, para que supieses gustar estos placeres del alma.

Las cosas santas han de leerse con el mismo espíritu con que fueron escritas; y tu corazón todavía de niño sabrá comprender hoy estos renglones, tal como para ti los concibe el mío. ¿Pero será lo mismo mañana?... Cuida, hijo mío, de que al arrancarte el mundo las ilusiones, no se lleve detrás la fe de tu alma; cuida de que al leer este ejemplo que para ti escribo, con aquella dulce y triste prevision con que el desengaño prepara á la inocencia el camino del arrepentimiento, puedas repetir siempre lo que dijo un hombre célebre, á quien la fe hizo en su juventud gran poeta, y el orgullo en su vejez gran impío.

Si quelque enseignement se cache en cette histoire,  
Qu'importe?... Il ne faut pas la *juger*, mais la *croire*. (1)

Escucha ahora el ejemplo. Había un condesito bueno como un ángel y noble como un rey, que era el orgullo y la esperanza de sus padres. Una educación brillante había perfeccionado los sentimientos de su corazón y las ideas de su mente, como perfecciona un barniz precioso los ricos tallados de una moldura. Háblale inculcado su piadosa madre una profunda devoción á la Virgen Santísima, cuyo escapulario traía siempre consigo. Llevábale cuando niño ante un altar de la Purísima, y le enseñaba á invocarla con el dulce nombre de *Madre*. Así fué que el amor de esta madre

---

(1) Si alguna enseñanza encierra esta historia,  
Qué importa?... No es necesario *juzgarla*, sino *creerla*.

del cielo y el de su madre de la tierra crecieron juntos en el corazón del niño, unidos y enlazados como dos áncoras de salvación que hubieran de salvar al mismo navío. Profesaba á la Vírgen aquel amor tierno y confiado que le inspiraba su madre; amaba á ésta con aquel respeto y veneración santa que infundía en su corazón de niño la imagen de María.

Pasó la niñez con su inocencia, y llegó la juventud con sus devaneos. El joven Conde se separó de su madre para ir agregado á una embajada, á una corte extranjera. Su corazón abierto como una rosa á todos los impulsos de la brisa, de nada confiaba; poco á poco trastornó su cabeza la lisonja, y corrompieron su corazón el ocio y la opulencia. Una á una se ajaron entónces sus creencias, y uno á uno se marchitaron sus sentimientos, como una á una caen también las hojas del azahar, perdidas ya su fragancia y su blancura. Sólo quedó en su corazón el recuerdo de su madre y el recuerdo de María, como queda en el fondo de la cala el lastre que salva á la nave del naufragio. Arrodillábase todas las noches junto á su lecho al tiempo de acostarse, y rezaba tres Ave Marías á la Vírgen Santísima, acabando con esta popular oración, que entre besos y caricias le había enseñado su madre:

Bendita sea tu pureza  
Y eternamente lo sea,  
Pues todo un Dios se recrea  
En tan graciosa belleza.

Á ti, celestial Princesa ,  
Virgen sagrada María ,  
Te ofrezco desde este día  
Alma , vida y corazon :  
Mírame con compasion ,  
¡ No me dejes , Madre mia !

— ¡ No me dejes , Madre mia ! repetia siempre al dormirse el infeliz Conde ; y una pena amarga y una angustia tristísima nacia entónces en su corazon , y crecia y subia en él , como en las mareas del mar las olas amargas. ¡ Era el remordimiento !

Mas al día siguiente volvía á sus devaneos , deslizándose sin sentir por esa resbaladiza pendiente que del vicio conduce á la degradacion , y de la degradacion al crimen. Un dia marchó á una gran partida de caza , acompañado por un amigo infame que le habia perdido ; sorprendióles en el campo una tempestad horrible , y hubieron de guarecerse en una venta. Acostóse el compañero rendido por el cansancio , y el Conde le imitó , despues de rezar con más vergüenza y amargura que nunca , su cotidiana oracion á la Virgen.

Parecióle á poco que veía entre sueños el tribunal terrible en que juzga Jesucristo las almas de los muertos. Una acababa de ser condenada , y era la de su amigo. Vió entónces cómo era la suya conducida por la conciencia al pié del tribunal supremo ; vió tambien á su madre que postrada ante el Juez divino , pedia misericordia para el hijo de

sus entrañas. Arrojó Luzbel sonriendo en la balanza eterna los innumerables pecados del Conde, y el platillo bajó rápidamente hácia el abismo. Los ángeles se cubrieron el rostro con las alas; la madre lanzó un gemido de angustia, Luzbel un grito de triunfo. El alma estaba perdida.

Apareció entónces María, con doce estrellas por corona y la plateada luna á sus plantas. Postróse al lado de la Condesa en ademan de súplica, y colocó en el lado opuesto de la balanza las tres Ave Marías rezadas por el Conde. Mas no por esto cedió el platillo fatal de las maldades, y siguió con persistencia horrible inclinado hácia el abismo.

Tomó entónces María las lágrimas que derramaba la Condesa, y las puso en el platillo de las buenas obras; mas éste permaneció inmutable. Los ángeles gimieron de nuevo; la infeliz madre se cubrió el rostro con las manos, perdida ya toda su esperanza. Volvió entónces María hácia el Juez divino sus ojos purísimos, y dos lágrimas que de ellos se desprendieron fueron á unirse en el platillo salvador con el llanto de la madre y con la oracion del hijo.

La balanza cedió al punto. Las lágrimas de sus *dos madres*, salvaron el alma del hijo extraviado.

.....  
Un trueno horrible despertó entónces al Conde. Á dos pasos de su lecho, vió inerte en el suyo y carbonizado por un rayo, el cadáver de su amigo.







## LA PASCUA FLORIDA Y EL CUARTO AYUNAR.

---

La observacion y el trato con los desgraciados, descubre á menudo humildes héroes á quienes el mundo desconoce y áun desprecia. Fórmalos el espíritu religioso, y constituyen el heroísmo segun Dios, tan distinto del heroísmo segun los hombres.

(Anónimo.)

Oh la belle statue ! Oh le beau piédestal !  
Les vertus sont à pied : le vice est à cheval.

(¡Oh qué bella estatua ! ¡Oh qué hermoso pedestal !  
Las virtudes están á pié : el vicio está á caballo.) (1)

N una de las calles más solitarias de Z\*\*, hermosa y rica ciudad de Andalucía, hallábase situada una casita, cuyo humilde portal coronaba un escudo guarnecido de castillos y leones, rematado por una corona real ; debajo de esta noble enseña, que imponía respeto, leíase este caritativo letrero, que conmovía el corazón :

*Escuela gratuita de María Inmaculada.*

Porque si el que practica la grande obra de misericordia de enseñar al que no sabe, recoge en el

---

(1) Epigrama á la estatua ecuestre de Luis XV, cuyo pedestal está formado por un grupo que representa á las Virtudes.

cielo copiosos frutos, no los proporciona escasos al pobre á quien da una educacion, que es en él manantial y raiz de la vida laboriosa y honrada.

Despues de atravesar un pequeño patio y subir una no muy ancha escalera, llegábase á una puerta coronada á su vez por un cuadro con marco de caoba, en que se leian estos versos, escritos con unos floreos que colocaban á su autor en parangon con Iturzaeta :

¡ Oh qué malo que sería ,  
 Si el que en esta clase entrare ,  
 Por desdicha se olvidare  
 De decir : *Ave María !*  
 Como si , despues de oida  
 Palabra tan celestial ,  
 No se responde puntual :  
 ¡ *Sin pecado concebida !*

Aquella puerta daba entrada á la clase, salon largo y proporcionadamente ancho : á la izquierda, á la derecha y á los piés, veíanse bancos con sus carpetas para escribir ; en el testero , una tarima; sobre ella, una mesa, una silla que ocupaba el maestro, y colgado de la pared un cuadro de la Purísima Virgen, bajo un dosel de percalina celeste. Sobre los bancos de la izquierda habia un cartelon en que se hallaba escrito con colosales letras, *Roma*; sobre los de la derecha se leia *Cartago*, y sobre los del fondo veíase otro tercer cartel con este letrero : *Ínsula Asnaria*. Colgaba de un

clavo sobre el bando romano, una corona de laurel, digna de ceñir las sienes del mismo Augusto; y frente por frente de ella, una cabeza de asno, hecha de carton, extendia sus descomunales orejas, como si cobijase al bando cartagines, sobre que se hallaba.

Los alumnos que tenian su asiento en el lado de Roma, luchaban de continuo con los del pabellon cartagines, y al fin de la semana el bando vencedor conquistaba la corona de laurel y los elogios del maestro, quedando para el vencido las censuras de aquél y la cabeza de asno. Los desapplicados, tanto del uno como del otro bando, eran desterrados á la Ínsula Asnaria, especie de lazareto donde guardaban cuarentena aquellos apestados intelectuales.

Este sencillo y curioso método de enseñanza, que despertaba de una manera pasmosa la emulacion de los muchachos, era el que empleaba en su humilde templo de Minerva, D. Justo Cucaña, maestro, hacia treinta y cinco años, de la escuela gratuita de María Inmaculada.

Veíanse representados en aquel modesto recinto los dos crepúsculos de la vida: por un lado la niñez, crepúsculo de la mañana, ligera como los pájaros, bulliciosa como una fuente, alegre y risueña como todo lo que empieza; por otro el de la tarde, D. Justo, pesado como el que lleva sobre sí la carga de la experiencia, silencioso como el que conoce el valor de las palabras, serio y triste como todo lo que se acerca á su fin. Pero dentro

de aquellas humildes paredes formaban un solo cuerpo el viejo y los niños, la alegría y la tristeza, el silencio y el bullicio, el eco de la cuna y el preludio de la tumba: así era que al rezar la Salve á la Virgen, que como prólogo de las explicaciones abria diariamente la clase, mezclábase la cascada voz de D. Justo con las argentinas de sus discípulos, y ambas oraciones subian al cielo apoyándose la una en la otra, como si la inocencia sostuviese á la virtud cansada, y ésta guiase á aquélla, que es ciega y nada ve.

Así pasaron los dias de D. Justo, uniformes y tranquilos como un estanque de aguas claras; pero al estallar la revolucion de setiembre de 1868, el inofensivo maestro de escuela fué señalado como un peligroso reaccionario, por no haber colgado su balcon en señal de regocijo con la colcha colorada que solia poner en las fiestas del Corpus y de la Purísima, titular de la escuela, y por fomentar en sus discípulos las rancias ideas tradicionalistas, narrándoles de continuo el diálogo que habia sostenido el año veinte con S. M. el rey D. Fernando VII.

Hallábase D. Justo en Madrid, y deseoso de conocer al monarca, fué un sábado á la Salve de Atocha, adonde segun la tradicional costumbre asistia la Corte. Colocado D. Justo junto al mismo coche regio, hacíase todo ojos para contemplar á la salida al Rey de las Españas. Al poner Fernando VII el pié en el estribo; miró al cielo encapotado, y dijo á un gentil hombre:

— Me parece que nos va á llover...

D. Justo alargó entónces al monarca su colosal paraguas de algodón encarnado, y dijo respetuosamente:

— Si su Real Majestad quiere aceptar el paraguas del más fiel de sus súbditos...

El Rey se echó á reir, y le contestó entrándose en el coche:

— Gracias, amigo; sentiria que V. se mojase.

— Ved aquí, hijos míos, añadía D. Justo enterrecido, cada vez que por amanecer nublado encontraba ocasion de referir esta historia á sus discípulos; ved aquí el amor que nos tienen nuestros monarcas... El Rey de España y de sus Indias me llamó su amigo, y no permitió que yo me mojase!...

## II

Era D. Justo bastante feo: su rostro formaba una continuacion de ángulos agudos, y por donde quiera que se le miraba parecia vérsese de perfil. Su cabeza calva en la parte superior, habia pedido auxilio á los pelos de la nuca, que encaramados sobre la frente y las sienes, formaban tres vistosos pompones, semejantes á las potencias de un Niño-Dios.

Su traje diario nada notable ofrecia; pero en las grandes solemnidades sacaba D. Justo un frac híbrido, que mostraba las calvas debidas á los años y al cepillo con el mismo noble orgullo con que

muestra un hidalgo sus amarillentos pergaminos; venerable antigüedad que habia sufrido, al filo de tijeras y al hervor del palo de campeche, todas las metamorfosis de Ovidio, y acerca de la cual corrian en el barrio tradiciones de cuya autenticidad no respondemos, por ser tan difícil poner en claro la verdad de estos hechos en la hiperbólica tierra de Andalucía. Decíase que un ingles excéntrico habia ofrecido por aquel frac fósil más de quinientas libras esterlinas; pero D. Justo, que consideraba la ingratitud, como hija del interes y de la vanidad, propia sólo de almas bajas y ruines, rechazó indignado las proposiciones del hijo de Albion, y bautizó á su querida prenda, teniendo en cuenta todos los oficios que habia desempeñado, con el honorífico nombre de *capi-levi-frac*.

Un gran triunfo estaba reservado para D. Justo: al dar su mano de esposo á D.<sup>a</sup> Tomasa Cordero, poco despues de su amistoso diálogo con el señor rey D. Fernando VII, el Himeneo y el Amor cerraron el templo de Jano, y en union de la Concordia fueron á reinar pacíficamente bajo el humilde techo de la escuela gratuita de María Inmaculada. Despues de treinta y cinco años de matrimonio, habíanse identificado ambos esposos en ideas, en sentimientos y hasta en instintos; pero á medida que sus almas se fundian en una sola, sus cuerpos alejábanse progresivamente, hasta ofrecer un notable ejemplo de la poderosa ley de los contrastes.

D. Justo, alto, seco, delgado, era llamado en el barrio, *El Cuarto, Ayunar*. D.<sup>a</sup> Tomasa, pequeña, encarnada, rolliza, tan sólo era designada con el nombre de *La Pascua Florida*.

Pero tanto bajo el sumido pecho de D. Justo, como bajo el abultado de D.<sup>a</sup> Tomasa, latía uno de esos corazones á que la humildad oculta su propio mérito; que son buenos por instinto, porque la bondad es su atmósfera; que son heroicos sin esfuerzo, sin violencia, sin darse cuenta de ello, sin pasiones que vencer, porque allí no corren vendabales, sino la brisa que en la primavera hace nacer las flores, que en ellos produce los sentimientos de piedad más dulces, las obras de caridad más grandes, los sacrificios en pro de otros que entre los hombres no tienen premio ni recompensa, porque los sublima el silencio, pero que de Dios merecen, no coronas de soberbios laureles que se secan, sino de suaves siemprevivas que no se marchitan nunca!...

Y aquella pobre mujer, cuyo corazón hubiera latido á sus anchas en el pecho de una Teresa, era reputada, hasta por las comadres del barrio, tan sólo por una *bendita*! Y aquel pobre viejo, cuyos sentimientos de honor é hidalguía hubieran realzado al más leal tipo de caballeros de la edad media, era á los ojos de todos un ridículo *Quijote*!...

¡Triste mundo, que pasa distraído á lo que *vale*, y se queda deslumbrado ante lo que *reluce*! ¡Triste egoísmo de nuestra época, que por llevar el corazón

en la cabeza, se rie de los que lo dejan latir dentro del pecho! ¡Triste positivismo de este siglo, que sólo tiene para D. Quijote la risa de la burla, porque no acaba de comprender que ni lo grande, ni lo heróico, ni lo santo, están en el *resultado* obtenido, sino en la *idea* sustentada!...

¡Bendito D. Quijote! Para nosotros, que sabemos prescindir de tus risibles hechos, para admirar tus buenos propósitos, cada porrazo que llevaste es una hoja de laurel de tu corona; cada palo que te dieron, una página sublime de tu historia; y más queremos ennoblecer lo pequeño, haciendo como tú de una vacía de afeitar un yelmo de Mambrino, que rebajar lo grande haciendo una bandera, como los hombres de nuestro siglo, de una vara de medir y un lienzo de cañamazo!...

### III

En cierta ocasion, el Gobierno, cosa en él muy frecuente, no tenia dinero, y cosa más frecuente todavía, á nadie pagaba. La Pascua Florida iba perdiendo sus carnes, y El Cuarto, Ayunar se vió precisado á observar como regla ordinaria, el precepto que le daban por apodo. Un dia volvió don Justo de la calle pálido y desencajado, y se dejó caer en una silla con muestras del más profundo abatimiento.

— ¿Qué hay? exclamó asustada D.<sup>a</sup> Tomasa.

— Que el Gobierno no paga á los hospitales, ni

á la Casa-cuna... ¡y van á cerrarse! contestó don Justo con voz cavernosa.

— ¡Ay Jesus, qué herejía! exclamó D.<sup>a</sup> Tomasa entre compadecida é indignada; y fijándose su tierno corazon en los más desamparados, los niños expósitos, que ni áun quejarse podian, añadió:

— ¿Y qué les espera entónces á esos angelitos de Dios, que no tienen amparo en la tierra?...

— ¡Morir de hambre!

D.<sup>a</sup> Tomasa rompió á llorar á trapo tendido, y de los ribeteados ojitos de D. Justo brotó una lágrima, que entrando y saliendo en las cavernas que su anguloso rostro formaba, vino á confiar á su venerable corbatin de seda negra no sé qué cosas de esa sublime caridad impotente que guarda el pobre hácia el pobre, á quien sólo puede dar sus lágrimas de compasion; lágrimas que Dios recoge y bendice, y que en su infinita justicia ha puesto en los ojos del indigente, como compensacion á la limosna santa que en manos del rico pone, para que con ella abra las puertas del cielo.

— ¿Y no hay remedio? preguntó D.<sup>a</sup> Tomasa.

— ¡Ninguno! contestó D. Justo, limpiándose los ojos con un pañuelo colorado, de los llamados de fraile.

Y La Pascua Florida y El Cuarto, Ayunar, sentados frente á frente, silenciosos, anonadados, sintiendo arder en sus corazones la llama de la caridad, que estérilmente los consumia, ofrecian, no ya el espectáculo tierno y conmovedor de la

bondad que sufre, sino el admirable y heróico de la bondad que olvida sus sufrimientos para compadecer los ajenos. De repente rompió aquel silencio, interrumpido sólo por los ruidosos sollozos de D.<sup>a</sup> Tomasa, la voz de un ciego que pregonaba billetes de la lotería. D.<sup>a</sup> Tomasa se levantó como impulsada por una idea repentina; saca de su profunda faldriquera dos pesetas — ¡las únicas que tenía! ¡con las que contaba para comer hasta que la Providencia le deparase otras! — y compra un décimo de billete, que fué á sujetar en un cuadrito de la Virgen del Cármen, miéntas murmuraba con el acento de la fe más sincera, del dolor más amargo, de la esperanza más caritativa:

— ¡Prémialo, Madre mia, prémialo, que esos inocentitos no tienen que comer!...

Á los dos dias vendian los ciegos *La Correspondencia de España*, con la lista de la lotería: D.<sup>a</sup> Tomasa compró un número, y sin la menor sorpresa, porque su acrisolada fe así lo esperaba, encontró premiado con veinte mil reales el billete que la Virgen del Cármen custodiaba. D. Justo cobró aquella suma en hermosas y sonoras monedas de cinco duros, y con su capi-levi-frac majestuosamente abrochado, sus potencias atusadas como nunca, y cubiertas por un sombrero de copa alta, de colosal altura y forma cilíndrica, fué á poner los mil duros en manos de la Superiora de la Casa de expósitos, sin que le ocurriese siquiera la idea de aliviar sus apuros pecuniarios con una sola de

aquellas monedas que, en la rectitud de su alma, consideraba sagradas como un depósito. El billete habia sido comprado para los niños de la Cuna, y suyo era el premio.

Agradecida la Superiora, le preguntó, sin poder disimular la sorpresa que aquella cuantiosa limosna le causaba en una persona al parecer tan pobre:

— ¿Y quiere V. decirme á quién hemos de agradecer esta caridad tan grande y tan oportuna?

D. Justo no habia contado con esto: enrojeció hasta el blanco de los ojos, sus potencias cayeron lácias sobre su cráneo, y luchando entre su modestia, que le mandaba callar, y su horror á la mentira, que jamas manchó sus labios, guardó silencio, anonadado como el reo que ve descubierto su crimen. Mas de repente vínosele á la memoria el cuadrito de la Virgen del Cármen, guardiana del billete, y con aquel aire de satisfaccion y desembarazo del que sale triunfante de un grande apuro, contestó á la atónita Superiora:

— ¡Á la Virgen del Cármen, señora, á la Virgen del Cármen!...

Y aquella noche dormian la *bendita* D.<sup>a</sup> Tomasa y el *Quijote* D. Justo, con la sonrisa en los labios y la paz en el alma, despues de haber tomado por alimento, en todo el día, un plato de pimientos asados!...

## IV

El día 22 de setiembre de 1868, notábase una extraña animacion en la escuela gratuita de María Inmaculada. Los romanos zumbaban como abejas, como abejarrones los cartagineses, y los de la Ínsula Asnaria parecían imitar á sus titulares. Don Justo habia bajado de su empinado solio, y paseábase con la palmeta en la mano, dirigiendo amenazadoras miradas de Roma á Cartago, y de Cartago á la Ínsula Asnaria.

La revolucion de setiembre habia estallado: cerrados toda clase de establecimientos, las músicas transitaban por las calles tocando el himno de Riego y la Marsellesa, y un *entusiasmo oficial* reinaba por todas partes. Algunos que claramente habian manifestado su desagrado, se llenaron de una espontánea, voluntaria y sincera alegría, ante los persuasivos argumentos con que amenazaban algunos oradores liberales que, colocados por las esquinas, abrian sus negras bocas sobre cureñas férreamente claveteadas.

Sólo la escuela gratuita de María Inmaculada conservaba abiertas sus puertas; y allí, firme como una roca D. Justo, ayudado de su elocuente palmeta, esforzábase por mantener el orden entre sus subordinados, que, poseidos de un patriótico entusiasmo, parecían dispuestos á tomarse por fuerza las vacaciones que de grado no se les daban. Pero

¿cómo había él de tomar parte en el regocijo público?... ¡Él, que había oído gritar á aquellas turbas ¡Muera Pio IX!... ¡Él, que había visto arrastrada por el suelo la corona de Fernando VII, el monarca de España y de sus Indias que le llamó un día su amigo, y no quiso permitir que el más fiel de sus súbditos se mojase por su culpa!...

Romanos, cartagineses y asnarios habíanse aliado para llevar á cabo una conspiracion en contra del anti-revolucionario D. Justo. El plan era bien sencillo: un nudo de la madera desprendido de la mesa del maestro, formaba un hoyito en que éste, sumamente apegado á sus hábitos, solía introducir el dedo índice de la mano con que accionaba; clavaron en él los conspiradores una aguja con la punta para arriba, y relleno el hueco de acíbar, esperaron á que el inocente D. Justo encontrase allí el castigo de su tiranía. Distraído éste, hacia leer á uno de los cartagineses las máximas de Martinez de la Rosa.

— ¡Lea V. con sentido, que eso no es un romance de ciego, decia; ha de leerse así!...

Quien maltrata á un animal,  
No muestra buen natu...

— ¡Canastos! se interrumpió el buen maestro, al sentir un terrible pinchazo en la punta de su dedo, que impulsado por la costumbre había ido á introducirse en el hoyito conspirador; y llevando naturalmente á los labios la parte lastimada,

murmuró atónito al sentir en la boca el amargor del acíbar :

— ¿Qué es esto, Dios mio ?

Una explosion general de malignas risas acogió la sorpresa de D. Justo, que en vano preguntó, indagó y quiso averiguar. Viendo la inutilidad de sus pesquisas, el ofendido maestro, haciendo hasta la magnanimidad honor á su nombre, perdonó ántes que exponerse á castigar á un inocente. No obstante este noble comportamiento, aquellas hor-das liliputienses siguieron agitadas, como si presagiasen alguna nueva borrasca.

— Vea V., se decia D. Justo, paseando de arriba abajo, lo que puede el mal ejemplo. Hasta en estas criaturas se refleja el espíritu revolucionario de esta pícara época.

De repente interrumpió sus reflexiones una atiplada vocecita, que, saliendo del bando cartagines, gritaba :

— ¡ Viva la libertad !

D. Justo se volvió ligero como una veleta, dirigiéndose con la palmeta levantada al punto de donde habia salido aquel grito subversivo ; pero sólo encontró ojitos bajos, caritas contritas, que con una mansedumbre evangélica no osaban levantar la vista del suelo. En aquel momento, otro grito salió de las huestes romanas ; y D. Justo, obligado por las circunstancias á adoptar la política de concesion y represion, resolvió levantar la clase media hora ántes de la de costumbre :

cantóse la Salve á la Virgen algo más desentonada que de ordinario, y desfiló la amotinada plebe.

Al dia siguiente, D. Justo, revestido de toda su gravedad, y envuelto en su capi-levi-frac como en las grandes solemnidades, se presentó en la clase armado con su palmeta acostumbrada y unas atroces disciplinas de extraordinario. Roma, Cartago y la Ínsula Asnaria temblaron ante aquel aparato de fuerza; se cantó la Salve con el mayor recogimiento, y concluida ésta, subió D. Justo á la tribuna, desde donde, con levantado acento y severo continente, dijo así:

— He llegado á sospechar, señores, que algunos de los individuos que concurren á este digno establecimiento tratan de introducir entre los demas el desórden que reina en el resto de la Península... Mas yo tengo medios, añadió mostrando al horripilado auditorio la palmeta y las disciplinas, para mantener el órden!... y si hay entre vosotros alguna lengua que se atreva á proferir un solo grito subversivo... ¡capaz soy...

Y D. Justo alzó el cerrado puño, miró á Roma, luégo á Cartago, á la Ínsula Asnaria despues, y dejando caer la mano sobre la mesa con la misma fuerza con que Juno debió golpear la tierra al nacer la serpiente Pyton, concluyó con el acento de Neptuno al pronunciar el famoso ¡*Quos ego!*...

— De echársela á mi gato!...

El más hondo silencio se apoderó de los revolucionarios. D. Justo disertó entónces sobre el amor

al altar y la fidelidad al trono ; y encontrando ocasion oportuna como nunca , refirió una vez más su familiar diálogo con el señor rey D. Fernando VII, cuando en el dia 16 de abril de 1820, al salir Su Majestad de la Salve de Atocha y estando el cielo encapotado , dijo que iba á llover , y llamó amigo al fiel súbdito que le ofrecia su paraguas de algodón encarnado.

— Y en aquellas palabras , prosiguió D. Justo, *Gracias , amigo ; sentiria que V. se mojase*, que me dirigió el monarca de España y de sus Indias , en cuyos dominios jamas se pone el sol...

El sol se puso en aquel momento en el rostro del maestro , al ver que la puerta se abria con estrépito , y un hombre entraba en la clase : de su cintura pendia un largo y corvo sable que arrastraba por el suelo ; en la manga de su levita , cuyo color indefinible recordaba el de ciertos hombres políticos , brillaban dos galones de oro problemático ; colorada era su corbata , colorada era la pluma que tremolaba en lo alto de su grasiento sombrero , y colorada era tambien la punta de su nariz , que no era indudablemente el pudor quien la habia enrojecido.

Aquel hombre era delegado de una de las muchas *Juntas Gubernativas* que , constituidas en aquel entónces por su propia virtud , ejercian sobre los pueblos , á quienes la sorpresa de tanta osadía no dejaba sacudir su yugo , una tiranía semejante á la del lacayo que por un momento se viera señor de su dueño.

Sin contestar al cortes saludo que, no obstante su estupor, le hizo D. Justo, puso aquel hombre en manos del atónito maestro de escuela un cartapacio, en que éste leyó en voz alta :

« De orden del señor Presidente de la Junta Gubernativa de Z\*\*, se advierte á todos los directores y maestros de escuelas gratuitas, que para solemnizar y conmemorar el glorioso alzamiento de setiembre de 1868, sustituyan la Salve, que á la apertura de las clases acostumbraba ántes cantarse, con el popular himno de Riego. Lo que, cumpliendo la orden del señor Presidente, se le notifica á V. para su gobierno.

Salud y fraternidad. — Z\*\*, 22 de setiembre de 1868. »

D. Justo dejó escapar el papel, y cayó en su sillón, elevando las manos al cielo.

Roma, Cartago y la Ínsula Asnaria prorumpiéron en un grito unánime de entusiasmo, y dando estrepitosos y atiplados vivas á la libertad, y mueras á D. Justo, precipitáronse por la escalera, cual ruidosa avalancha. Una vez en la calle, formáronse de cuatro en cuatro con su capitán al frente, sus tenientes á los lados, y sus cabos á la cola, y en esta forma recorrieron las calles de la población, cantando el himno de Riego.

Miéntas tanto D. Justo, vuelto en sí de su sorpresa, coge el primer papel que á mano encuentra, y empuñando la pluma, escribe, cual aquel moro Tarfe,

Con tanta cólera y rabia,  
Que donde pone la pluma  
El delgado papel rasga:

« Señor Presidente de la Junta Gubernativa de Z\*\*. He recibido el oficio que me dirige, y no permitiéndome mis sentimientos de *católico, apostólico, romano* — y D. Justo puso estas palabras en letra bastardilla y muy gorda — ni mi honor de caballero, ni siquiera de hombre honrado, cumplir su anticristiana orden, le suplico acepte la dimision que hago del cargo directivo de esta escuela gratuita de María Inmaculada, que durante treinta y cinco años he venido desempeñando.

Dios guarde á V. muchos años. — Z\*\*, 22 de setiembre de 1868.»

— Pero hombre, decia apurada La Pascua Florida, transige un poco, y que canten la Salve con la tonada del himno de Riego.

— ¡ Transigir!... No transige la conciencia.

— Dios quiera que no nos cueste la torta un pan, Justo: ni siquiera le das *usía* á ese señor *arcarde*...

D. Justo miró por primera vez en su vida á su mujer casi indignado.

— ¡ Yo! exclamó. ¡ Yo dar tratamiento á un poder revolucionario!... ¡ Yo, á quien S. M. el rey don Fernando VII llamó su amigo, y le dijo familiarmente que iba á llover aquel día!... es decir, se lo dijo al gentil hombre, y entónces fué cuando yo...

— ¡ Ay Justo! le interrumpió D.<sup>a</sup> Tomasa, que

no estaba en aquel momento para recordar las relaciones amistosas de su marido con el monarca de España y de sus Indias; con ese papel te llevas la llave de la despensa!

— ¡Tomasa! replicó severamente D. Justo, poniendo la mano sobre su corazón: de éste, es el hombre responsable... Y de éste, añadió bajándola á su estómago, Dios cuida!...

Algunos días despues, publicaba un periódico de la corte el siguiente suelto:

«Nos escriben de Z\*\* que ha sido inmenso el entusiasmo que allí ha producido el glorioso alzamiento del 18 de este mes. El juéves de la semana pasada recorrieron las calles de la poblacion un grupo de jóvenes de lo más ilustrado y principal, entonando el patriótico himno de Riego. Celebramos infinito este entusiasmo de la juventud, que es hoy la esperanza de la regenerada patria.»

## V

La dimision de D. Justo fué aceptada, y sobre los hombros de ambos ancianos se unió entónces, al peso de los años, el peso de la miseria. D.<sup>a</sup> Tomasa perdió la vista, y D. Justo murió á poco en el hospital. Al despedirse de su esposa, despues de recibir con fervor extraordinario los santos sacramentos, le repitió varias veces aquella máxima de *El libro de los niños*, en que enseñaba á leer á sus discípulos:

¿ Veis la virtud abatida ?

¡ Mas tambien hay otra vida !...

¡ Es cierto !... En ella es donde los héroes segun Dios obtienen su apoteosis ; en ella es donde las virtudes humilladas se elevan sobre el pedestal que les usurparon en el mundo los héroes del vicio ; en ella es donde , al contemplar éstos , á la inextinguible luz de la eternidad , lo que los hombres llamaron su gloria , claman rechinando los dientes : —  
*¡ Nos insensati , vitam illorum æstimabamus insaniam !*  
¡ Nosotros insensatos , teníamos su vida por una locura !

A. M. D. G.



## ÍNDICE.

---

PÁGINAS.

---

PRÓLOGO. <i>Á los señores suscritores del Mensajero del Corazon de Jesus.</i> . . . . .	v
<i>El primer baile. — Fantasmas verdaderos.</i> . . . . .	1
<i>Un milagro.</i> . . . . .	25
<i>Hombres de antaño</i> . . . . .	47
<i>Miguel</i> . . . . .	65
<i>La resignacion perfecta</i> . . . . .	85
<i>La primera Misa</i> . . . . .	99
<i>El Viérnes de Dolores</i> . . . . .	127
<i>Medio Juan y Juan y Medio. — Episodio de 1812</i> . . . . .	145
<i>Las dos Madres. — Á un antiguo discípulo en el dia de la suya. (Ejemplo)</i> . . . . .	173
<i>La Pascua Florida y el Cuarto, Ayunar.</i> . . . .	179



Este libro de *LECTURAS RECREATIVAS* se halla de venta en la *Administración del MENSAJERO DEL CORAZON DE JESUS, Plazuela de Santiago, 1, Bilbao ( Vizcaya ).*

PRECIO: UNA PESETA EL EJEMPLAR.

	I ejemplar al que compre	12
REGALO.	3 » » » »	25
	10 » » » »	50
	25 » » » »	100

Los portes son de cuenta del que hace el pedido, esto es, diez céntimos de peseta por cada ejemplar, si se ha de enviar por el correo; y setenta y cinco más por cada paquete, si se quiere el envío certificado.

## MENSAJERO DEL CORAZON DE JESUS.

REVISTA MENSUAL DEL APOSTOLADO DE LA ORACION,

DIRIGIDA POR PADRES DE LA COMPAÑIA DE JESUS.

SEGUNDA SERIE, QUE EMPEZÓ EN MAYO DE 1883.

Cada número mensual consta de 64 páginas, y los 12 forman al año dos tomos de 384 páginas cada uno.

Puede suscribirse al *MENSAJERO* en cualquier tiempo, á partir de enero ó de julio de cada año.

Quedan agotados los números correspondientes al primer semestre de 1884.

PRECIO DE CADA SUSCRICION, AL AÑO

Para *España*, Islas adyacentes, posesiones españolas del Norte de Africa, y *Portugal* . . . . .

Por medio de corresponsal. . . . .

Para las naciones que han entrado en la *Union Posta* y ademas *Cuba* y *Puerto Rico* . . . . .

Para *América* y *Filipinas* . . . . .

Precio de suscripción en *España*, por medio año, haciéndola directamente . . . . .

Dirección para las suscripciones:

*Sr. D. Pedro J. de Zuriurrain, Plazuela de Santiago, 1, Bilbao.*